André Parrot

EL GÓLGOTA Y EL SANTO SEPULCRO



NIHIL OBSTAT:
Pélix Puzo S.I.
Censor

IMPRÍMASE:
† Gregorio, Arzobispo-Obispo de Barcelona
13 septiembre 1963

El título de la edicclón original francesa, es el de
GOLGOTHA ET SAINT-SÉPULCRE
habiendo sido publicada por DELACHAUX & NIESTLÉ, S. A.
de Neuchâtel (Suiza) y París

Depósito Legal B. 22444 - 1963
Número de Registro 783 - 63

G.I.S.A. - Mallorca, 518 - BARCELONA

Preámbulo

Se entiende por Santo Sepulcro el edificio religioso de origen constantiniano (siglo IV D. C.) que en Jerusalén recubre los lugares donde la tradición sitúa la crucifixión y la sepultura de Jesús. Existen pocos problemas de arqueología bíblica que sean más complicados, debido a que la ciudad ha sufrido una tal superposición de construcciones, que su evolución sólo ha podido ser apreciada por algunos especialistas muy competentes en cuestiones de arquitectura antigua.

En realidad, los especialistas han coincidido generalmente en los puntos de vista de la tradición, tanto si eran católicos, como protestantes o agnósticos, y podemos estar seguros que tanto unos como otros han procedido con la única preocupación de llegar a la verdad y sin otro interés dogmático.

Hubo otros, que fueron o son hombres de fe, pero que no han sabido decidirse a buscar a «aquel que está vivo» bajo el moderno mármol de un edículo que constituye un desafío a la arquitectura y al buen gusto más elemental —nos referimos al «quiosco» que actualmente recubre el emplazamiento del sepulcro—, y lo han buscado y encontrado en otro lugar, como es el caso del de la *Tumba del Huerto*.

¿A quién creer? ¿A los arqueólogos o a estos hombres de buena voluntad? Para estos últimos, el Santo Sepulcro no les resulta convincente, no tanto por hallarse «en medio de la ciudad», sino a causa de las rivalidades confesionales que en él se dan libre curso. Se comprende

fácilmente que para unas almas sensibles, esta continua confusión tumultuosa alrededor de los altares haya terminado por hacérseles insufrible y que algunos de ellos, con la mayor buena fe, hayan tratado, durante esta peregrinación a las fuentes, de desprenderse de este ambiente de maleficio y hacerse con un pedazo de cielo, un poco de aire puro. Pero no es éste el problema. Lo que cuenta es establecer una decisión sobre un problema de topografía bíblica, y fijar un emplazamiento concreto. Y esto debe resolverse sin pasión alguna, y con la única preocupación de no apartarse nunca de la más completa objetividad.

A pesar de ello, ya desde un principio podemos decir que existe el riesgo de no poder alcanzar nunca una certidumbre y tener que quedarse con una probabilidad muy grande. Es evidente que entre la probabilidad y la certidumbre siempre habrá un márgen muy definido, y no nos vemos capaces de poder eliminarlo aquí. De todas maneras y, por fortuna, la Fe no depende de la seguridad con que podamos establecer o considerar ciertas localizaciones palestinenses. El recuerdo de Jesús no puede quedar vinculado solamente a unos lugares fijos. Esto no quiere decir que para un creyente pueda resultar indiferente el saber que en un momento dado y con las mayores garantías de certidumbre, se encuentra delante de las huellas de Aquél que con sus pies pisó el suelo de Jerusalén, y a quien durante la noche del Viernes Santo se le destinó la losa fría de una tumba judía para «descansar su cabeza».

CAPÍTULO PRIMERO

El problema arqueológico del Santo Sepulcro

Que existe un «problema» nadie lo discute, pero antes de tratar de afirmar o creer poseer la solución, conviene ante todo definir este problema lo más claramente posible. Para que la localización tradicional pueda ser defendida, resulta obligado que corresponda a un emplazamiento situado fuera de la ciudad de acuerdo con su disposición en la época de Jesús. Se sabe, en efecto, que Jesús fue crucificado a las afueras de Jerusalén [1], al parecer no lejos de una de sus puertas[2], y así mismo en la proximidad de un camino [3]. El lugar del suplicio era conocido en aquella época con el nombre de Gólgota o «del Cráneo» [4]. Había también un huerto y una tumba[5].

Indudablemente estos detalles limitan el problema. El emplazamiento tradicional ¿se encuentra verdaderamente fuera del recinto tal como era en tiempos de Jesús? ¿Cabe localizar una puerta en este sector? ¿Se trataba de un barrio de huertos y de tumbas? ¿Es posible dar una

[1] «El lugar donde Jesús fue crucificado se hallaba *cerca de la ciudad*» (Jn 19,20.).

[2] «Por lo cual también Jesús ... padeció *fuera de la puerta* (de la ciudad)» (Heb 13,12).

[3] «Y los que *por allí pasaban* le ultrajaban» (Mc 15,29; Mt 27,39).

[4] «Salió hacia el lugar llamado *el Cráneo*, que en hebreo se dice *Gólgota*, en donde le crucificaron» (Jn 19,17.).

[5] «Había *un huerto en el lugar* donde fue crucificado, y en el huerto un *monumento* nuevo, en el cual nadie todavía había sido puesto.» (Jn 19,41).

contestación afirmativa a estas tres preguntas? Esto es lo que ante todo trataremos de examinar aunque sea de manera breve.

LOS RECINTOS DE JERUSALÉN[1]. En el relato que el historiador judío Josefo nos da sobre el asedio de Jerusalén por los soldados de Tito (70 D. C.), explica en qué forma los soldados romanos tomaron, uno tras otro, los tres recintos de la ciudad. En realidad Jerusalén no estaba protegida por una triple muralla concéntrica. Únicamente la fachada septentrional quedaba defendida de esta forma mediante una barrera reforzada en dos lugares, constituyendo así una triple linea de defensa[1] (fig. 1). Esto es lo que en la arqueología de Jerusalén se ha convenido en llamar «primera» «segunda» y «tercera» muralla. En la época de Jesús sólo existían las dos primeras, ya que la última de ellas fue construida por el rey Herodes Agripa I (41-44 D. C.) y todavía en forma incompleta, como más adelante explicaremos. Así, pues, conviene que el trazado de la segunda y tercera murallas sea definido lo más exactamente posible, ya que, en el mejor de los casos, el emplazamiento del Calvario y del Santo Sepulcro, para ser válido — y no nos atrevemos a decir seguro — debe encontrarse entre estas dos. Como podrá comprenderse, no ha sido cosa fácil establecer este jalonamiento. La antigua Jerusalén, muy maltratada, reposa bajo toneladas de escombros, y por hallarse recubierta por edificaciones, no ha sido posible realizar excavaciones sistemáticas. Por lo tanto, ha sido necesario confiar en observaciones muy dispares, a menudo complicadas por alguna mala voluntad, cuando no ha sido una hostilidad más o menos declarada. Éstas son las comprobaciones que podemos situar frente al

[1] Véase un estudio exhaustivo en H. VINCENT, *Jérusalem de l'Ancien Testament*, I, págs. 51-174 (citado con las siglas *JAT*).

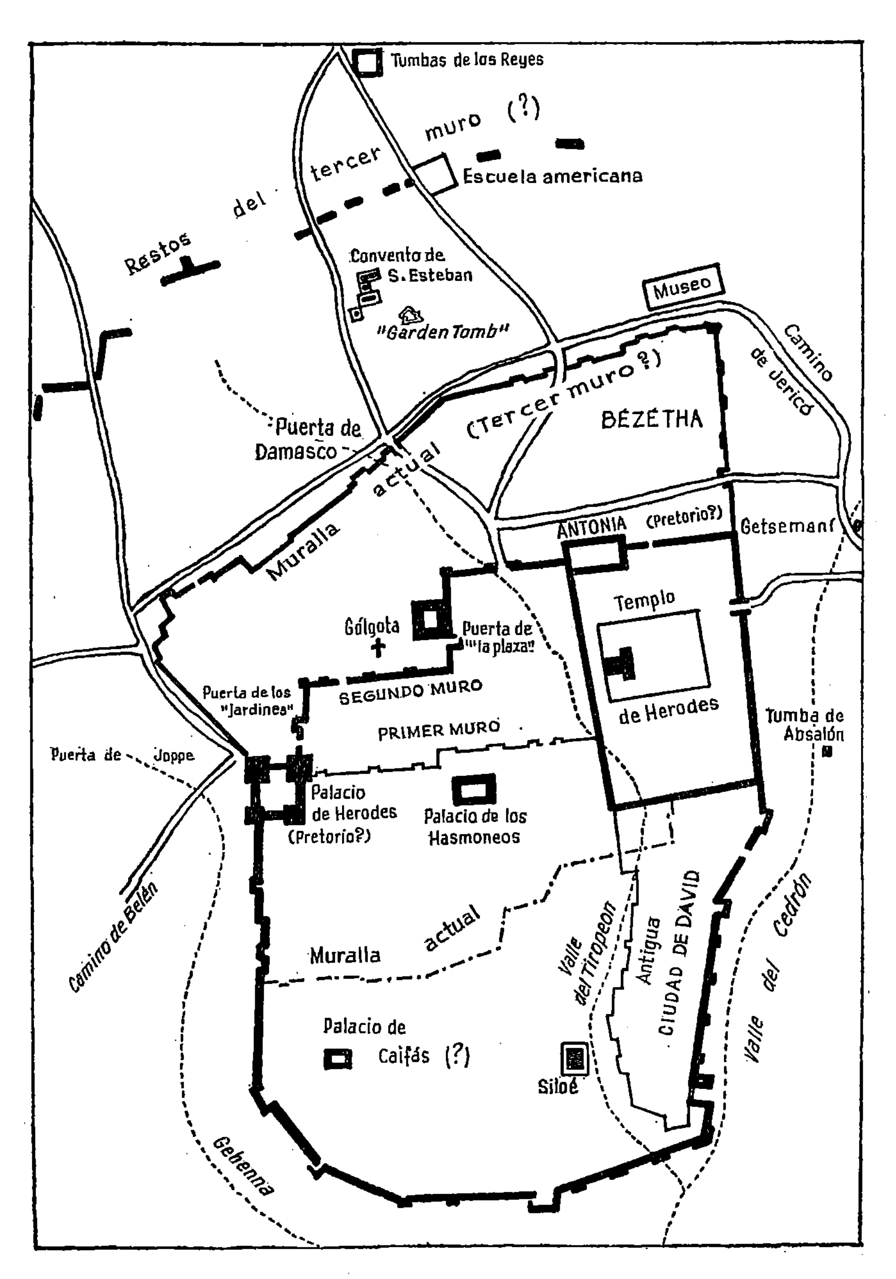


Fig. 1. Jerusalén con sus recintos

texto de Josefo, al cual sirven algunas veces de ilustración y otras de complemento.

Veamos a continuación lo que este autor nos dice a propósito de la «primera muralla»: *Teniendo su punto de partida en el flanco norte donde la torre llamada Hippico, se extendía hasta el Xisto*[1] *continuaba luego hasta la Curia y terminaba en el pórtico occidental del Templo.*[2] El informe es breve, pero, no obstante, no suscita dificultad alguna, y el trazado del recinto, cuyo origen se remonta a la época real, se impone en forma casi decisiva. Partiendo de la torre Hippico, que debemos situar en el emplazamiento de la ciudadela de la época turca, la muralla se dirigía hacia el eje oeste-este, para reunirse con el Templo, al que alcanzaba después de haber franqueado el Tiropeon mediante un viaducto imponente[3]. Debemos observar que en la actualidad la calle de Bab el-Silsilah, la puerta de este nombre que se abre sobre la explanada del Ḥaram, y el mismo minarete, «atestiguan realmente el recorrido de la vieja muralla, el lugar del baluarte que recubría su empalme con el atrio primitivo del santuario, y el emplazamiento de la puerta donde comunicaba el viaducto principal después de la ampliación herodiana del recinto sagrado»[4].

En lo que se refiere a la «segunda muralla», Josefo no resulta de mayor claridad, y se expresa en los siguientes términos: *La segunda muralla empezaba junto a la puerta llamada Gennat, que correspondía al primer recinto, y encerrando la parte septentrional, se prolongaba hasta la Antonia*[5]. De este informe se desprende que sólo poseemos detalles concretos sobre el punto de partida (puerta de

[1] El Xisto era una instalación dispuesta para los juegos atléticos.
[2] *La guerra judía*, V, 4², § 143.
[3] Otros detalles en VINCENT, *JAT*, I, págs. 51-64.
[4] VINCENT, *ibíd*, pág. 64.
[5] *La guerra judía*, V, 4², § 146.

Gennat) y el de llegada (fortaleza Antonia). Sabemos que esta última se encuentra en el ángulo noroeste del Ḥaram, pero, en cambio, la primera es más difícil de localizar, toda vez que en ninguna parte aparece referencia alguna sobre una puerta de los Huertos (Gennat). En este sector, que desde los tiempos de los reyes de Judá (siglo VIII A. C.) aparece protegido por una muralla, sólo se conocen las puertas de Efraím (o de la Plaza) y la del Ángulo [1]. Todo hace suponer que mediante esta designación se quería evocar un sector *extra muros*, caracterizado por unos «huertos» [2], es decir, una zona no edificada, plantada de árboles, y parcialmente ocupada además por unas tumbas cavadas en las rocas [3]. No obstante, todo permite creer asimismo que esta «puerta de los Huertos» corresponde a la «puerta del Ángulo» de los textos bíblicos, y que debemos buscarla no lejos de la torre de Hippico [4] y, por consiguiente, en el vecindario inmediato de la actual puerta de Jaffa.

Resulta mucho más difícil tratar de establecer, sobre un plano de la Jerusalén actual, el trazado de la «segunda muralla», entre la torre de Hippico y la fortaleza Antonia. La palabra κυκλούμενον empleada por Josefo incita a que algunos propongan un trazado en forma de arco de círculo [5] entre los dos puntos, lo que sin duda constituiría una interpretación excesivamente rígida de una terminología que seguramente no ha pretendido ser tan definitiva. Por otra parte, se hace difícil aceptar una línea

[1] 2 Re 14,13; 2 Cr 25,23. La «puerta del Ángulo» sin duda debe identificarse con la «puerta del Valle» de Neh 2,13; 3,13.

[2] Ésta es una ocasión para recordar la cita del «huerto» en Jn 19,41.

[3] Sin referirnos a las que todavía aparecen visibles en el interior del Santo Sepulcro, y sobre las cuales volveremos a tratar, citemos cuando menos el hipogeo de los Herodes y la necrópolis instalada en el reborde occidental del barranco de *el-Rabābi*. Cf. VINCENT, *JAT*, I, págs. 342-3461.

[4] VINCENT, *JAT*, I, págs. 93-94.

[5] Así aparece en *The Westminster Historical Atlas to the Bible*, lám. XVII, B, con una línea distendida que sitúa al Santo Sepulcro en el interior de la ciudad, con lo cual se demuestra *ipso facto* su falsedad.

defensiva tan teórica, sin apoyo alguno en la realidad, es decir, en las necesidades de la estrategia más elemental y en las características del perfil del terreno.

Conviene asimismo tener en cuenta algunas de las múltiples afirmaciones que se han hecho, quizás disparatadas, pero, no obtante, sugestivas, desde el momento que han sido estudiadas y encajadas en el plano de la ciudad. Ocurre también que con motivo de ciertos trabajos de construcción o de reconstrucción, han aparecido algunos restos de murallas, cuyas alineaciones no pueden atribuirse al azar [1] y que presentan una succesión de jalones que dejan al Santo Sepulcro completamente fuera, es decir, al exterior (fig. 2). Allí donde actualmente se levanta la iglesia luterana alemana *Erlöser-Kirche,* la muralla, que durante doscientos metros se dirigía oeste-este, tuerce bruscamente en ángulo recto y se extiende hacia el norte. En 1898, Guillermo II, que presidía la consagración del edificio, declaró «el considerable interés que suponía que el altar de la iglesia renovada se hallase situado precisamente sobre el muro de la ciudad contemporánea de Cristo» [2]. Es evidente que esta afirmación se apoyaba en los informes autorizados de los arquitectos que habían trabajado en este sector [3]. Otros restos no menos impresionantes de la muralla, que a partir de entonces sigue la dirección sur-norte, han sido localizados en el hospicio ruso Alejandro, donde aparecía una puerta antigua practicada en el viejo murallón [4], mientras que en la trastienda de un zoco de Jān el-Zayt [5] todavía se puede ver una alineación

[1] Estas observaciones aparecen detalladas en VINCENT, *JAT,* I, págs. 96-108.

[2] Mencionado por VINCENT, *loc. cit*, pág. 103, refiriéndose al informe publicado en 1899, *Das deutsche Kaiserpaar im Heiligen Land*, pág. 182.

[3] No obstante, a DALMAN, que fue director del Instituto Arqueológico Alemán de Jerusalén, nunca le fueron facilitados estos planos: *Les Itinéraires de Jésus,* pág 490, nota 5.

[4] VINCENT, en *JAT,* I, lám. XXV. Más adelante volveremos sobre ello.

[5] Hemos podido contemplarlo reiteradas veces durante nuestros viajes a Jerusalén en 1927 y 1928.

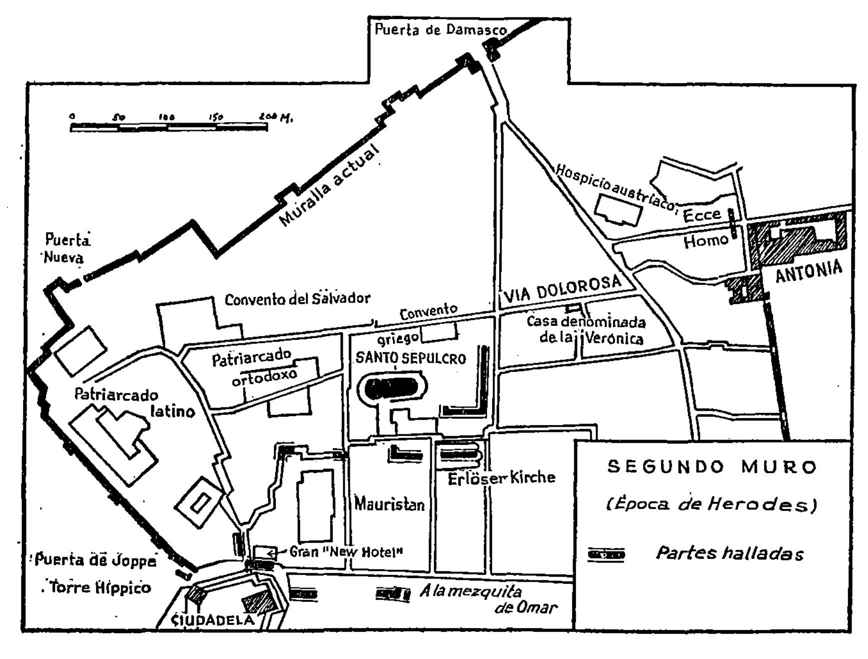


FIG. 2. La segunda muralla

de hermosos bloques herodianos. Todo ello da la impresión de un poderoso macizo, donde fácilmente se reconoce una torre o mejor un baluarte, cuya razón de existir queda fácilmente justificada por su emplazamiento: cubre una puerta y contribuye a la defensa de un sector peligroso debido al corte perpendicular de la línea de la muralla [1].

Unos 140 metros más allá de la *Erlöser-Kirche*, donde como hemos visto sigue la dirección sur-norte, la muralla debía de desviarse cara al este para unirse con la Antonia. Los detalles arqueológicos son mucho más limitados en este sector, y, por lo tanto, nos vemos obligados

[1] VINCENT, en *JAT*, I, pág. 107.

a proponer un trazado hipotético [1] mayormente inspirado en las curvas de nivel que en los restos arquitectónicos, que además de ser muy escasos son de datación muy incierta. Además, en lo que al Santo Sepulcro se refiere, este detalle tiene muy poca importancia debido a lo muy separados que quedamos de él.

A título de conclusión podemos considerar que todos los indicios arqueológicos coinciden en sugerir un trazado coherente, que, además de corresponder con los informes de Josefo, responden perfectamente a las necesidades militares de aquel momento [2]. Sin discusión posible, la «segunda muralla» deja al Gólgota y al Santo Sepulcro [3] fuera de lo que era la ciudad en la época de Jesús.

Como ya hemos indicado, fue Herodes Agripa I (41-44 D. C.) quien construyó la tercera muralla. Veamos lo que dice Josefo: «*La tercera muralla empezaba en la torre Hippico. Por la parte norte se extendía hasta la torre Psefina, llegaba frente al monumento de Helena — reina de Adiabene, hija del rey Izates — y, prolongándose a través de las cuevas reales rodeaba primero la torre angular, hacia el monumento del Batanero y luego, empalmando con el antiguo períbolo, iba a terminar en el valle llamado Cedrón* [4].»

Al soberano judío [5] no le fue posible terminar su proyecto, y el mismo Josefo nos facilita unas explicaciones

[1] Esta perplejidad se aprecia en los planos de todos los especialistas, sean quienes sean. Cf. por ejemplo, VINCENT, *JAT*, I, lám. XXIV y XXIV bis.

[2] Este último aspecto de la cuestión ha sido estudiado por un oficial inglés, el capitán C.-T. NORRIS, en *New Reasoning Concerning the Fortification of Jerusalem in the First Century A.D.*, en *PEQ*, 1946, págs. 19-37, citado por VINCENT, en *JAT*, I, pág. 111, nota 2.

[3] G. DALMAN, *Les itinéraires de Jésus*, pág. 353, nos da un trazado más esquematizado de la muralla, según el cual el Gólgota queda en el exterior.

[4] *La guerra judía*, V, 4[2], § 147.

[5] Es el que aparece citado en Act 12,1. Era el nieto de Herodes el Grande, mencionado en Mt 2,1.

contradictorias sobre la interrupción de los trabajos. ¿Fue denunciado el soberano a Roma por el gobernador de Siria, y le obligaron a suspender la construcción? ¿O quizás, temiendo disgustar al emperador Claudio, tomó espontáneamente la decisión de paralizar las obras? ¿Y no podría ser su muerte, ocurrida después de unos años de reinado, el verdadero motivo de esta suspensión? Lo que está fuera de toda duda es que esta muralla, imponente por su arquitectura y por los materiales que intervenían en su construcción, permaneció inacabada hasta los días de la insurrección, cuando los judíos se apresuraron a levantarla más para poder servirse de ella contra los romanos. Sin embargo, éstos vencieron, pero no atacándola de frente, sino dirigiendo su asalto hacia un punto cuya debilidad se había puesto enseguida de manifiesto: allí donde la primera muralla enlazaba con la segunda, precisamente en la parte oeste, en el sector de Hippico, es decir, en la puerta llamada de los Huertos.

Josefo define el trazado enumerando varios puntos de referencia que en su tiempo constituían una serie de jalones de todos conocidos y cuya localización no ofrecía seguramente dificultad alguna. No podemos decir lo mismo ahora, ya que excepto el monumento de Helena [1] que con la máxima seguridad podemos identificar con la «Tumba de los Reyes», existen las mayores discrepancias en cuanto al emplazamiento de la Psefina, de la torre Angular y del monumento del Batanero, a través de los cuales se extendía precisamente la línea defensiva.

Dos teorías se oponen en forma irreductible. La primera es la del P. Vincent, quien considera que la muralla de Agripa «corresponde virtualmente al trazado de la muralla septentrional actual» [2] es decir, la que es visible

[1] A tres estadios (185 × 3 = 555 m) de la muralla, según Josefo, *Antigüedades*, XX, IV, 3, § 95. En cualquiera de las hipótesis (VINCENT o SUKENIK-MAYER, cf. más adelante) sobre el emplazamiento de la muralla, la cifra es inexacta, o si se prefiere, muy aproximada.

[2] VINCENT, *JAT*, I, pág. 145.

hoy en día (fig. 3) y que puede franquearse por tres puertas: Nueva, de Damasco y de Herodes. Las ruinas de la torre Pséfina debieron hallarse en el ángulo norte-oeste en el Qasr Ğălud [1], las «cuevas reales» debían identificarse con esa zona de canteras próxima a la puerta de Damasco, donde debió extraerse piedra muy apreciada [2], y en el ángulo nordeste la muralla se replegaba en dirección sur-sudeste para enlazar con el ángulo del Ḥaram, es decir, del Templo.

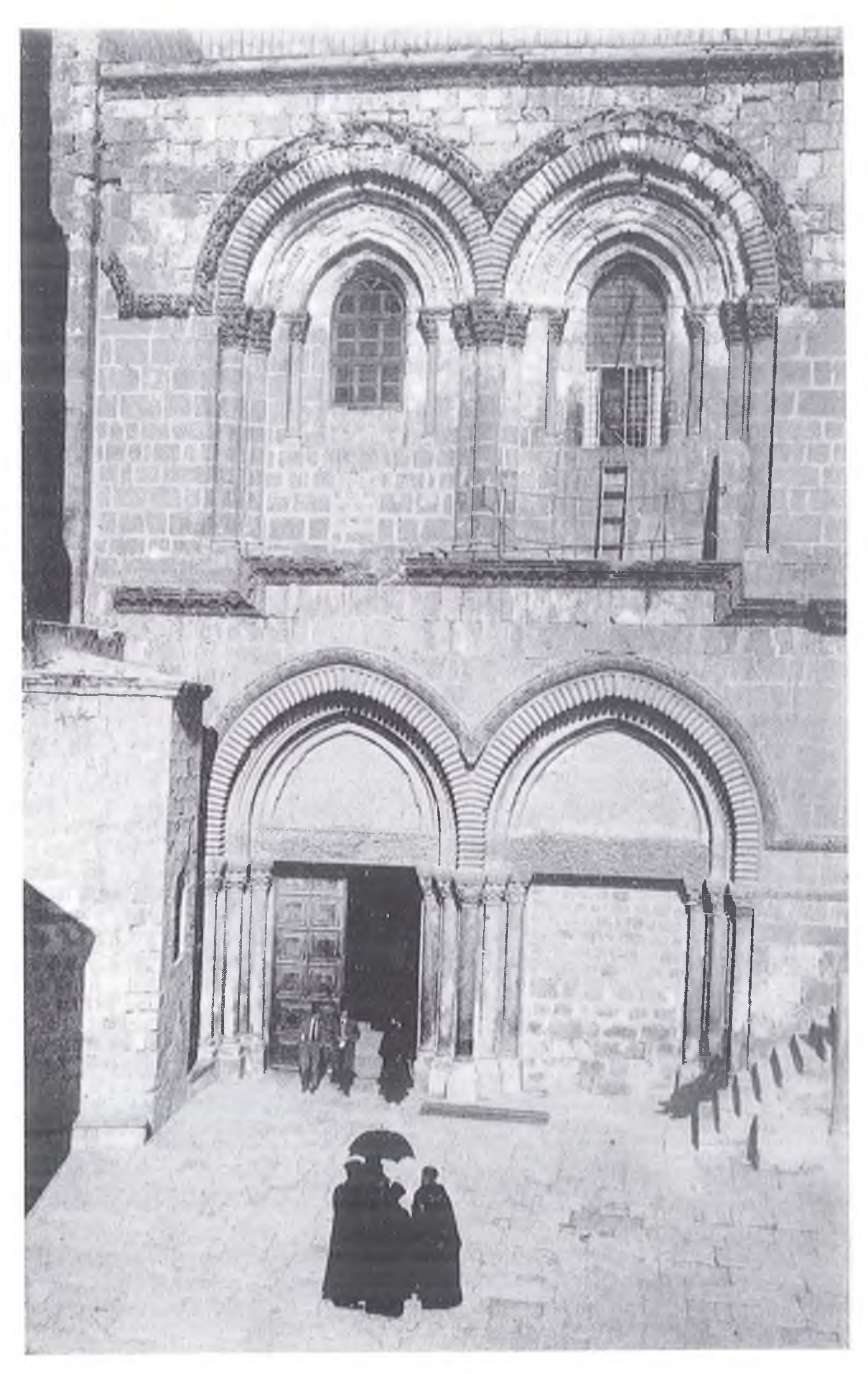
De acuerdo con la segunda teoría, la muralla de Agripa debió de levantarse mucho más al norte, junto al barrio ocupado actualmente por el hospital italiano. Este trazado extensivo, propuesto por primera vez en 1838 por Ed. Robinson [3] y luego adoptado también por los americanos Selah Merril y L. B. Paton, no había logrado mayor crédito por parte de los arqueólogos contemporáneos, hasta que un hallazgo casual dio lugar a una serie de sondeos que se efectuaron entre 1925 y 1941. Éstos, dirigidos por Sukenik y Mayer descubrieron un alineamiento defensivo, por cierto de un aspecto muy mediocre, en la prolongación de la «muralla Robinson» y que finalmente se extiende en una longitud de unos 800 metros [4]. Parece ser que los excavadores han logrado atraer a una mayoría de los arqueólogos palestinenses, a su punto de vista, que consiste en aceptar que era allí donde se hallaba el muro de Agripa, es decir, la «tercera muralla» de Josefo. También según ellos, los bloques

[1] VINCENT, *JAT*, I, págs. 123-126, lám. XXVI y XXVII.

[2] *Ibid.*, pág. 134. Todavía en la actualidad, a cierta piedra calcárea se le da el nombre de *malakī* (real).

[3] EDWARD ROBINSON, *Biblical Researches in Palestina*, I (1841), págs. 314-315.

[4] E. L. SUKENIK y L. A. MAYER, *The Third Wall of Jerusalem. An Account of Excavations; A New Section of the Third Wall*, en *PEQ*, 1944, págs. 145-151; W. ALBRIGHT *New Light on the Walls of Jerusalem in the New Testament Age*, en *BASOR*, 81 (1941), págs. 6-10; C. S. FISHER, *The Third Wall of Jerusalem*, en *BASOR*, 83 (1941), págs. 4-7; M. SOLOMIAC, *The Towers and Cisterns of the Third Wall of Jerusalem*, en *BASOR*, 84 (1941), págs. 5-7; *The Northwest Line of the Third Wall of Jerusalem*, en *BASOR*, 89 (1943), págs. 18-21; VINCENT, *Autour d'un rempart mouvant*, en *JAT*, I, págs. 146-170.



Lám. I. Fachada del Santo Sepulcro. *Págs. 50-51*



LÁM. II. Campanario y cúpula del Santo Sepulcro. *Pág. 53*

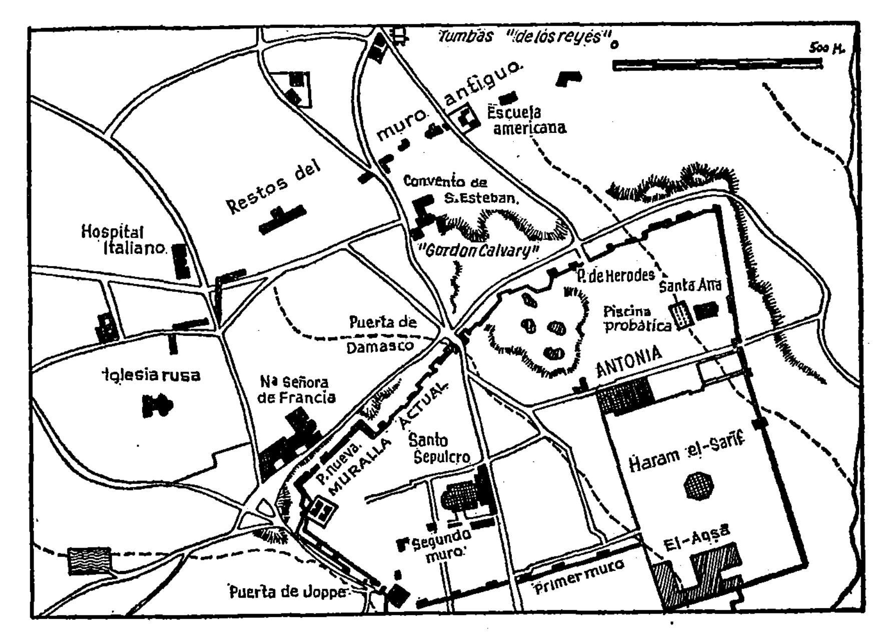


FIG. 3. La tercera muralla

antiguos encontrados bajo la actual muralla de Solimán y especialmente en el sector de la puerta de Damasco, debieron de pertenecer a una edificación obra de los arquitectos de Adriano, de los tiempos de la Aelia Capitolina o quizá incluso de una fecha inferior (siglos II-IV D. C.) [1]. El P. Vincent ha replicado a esta interpretación [2] diciendo que la nueva línea aparecida de 1925 a 1941 correspondía a «una muralla construida apresuradamente» por los insurrectos del segundo levantamiento

[1] Esto fue como consecuencia de una excavación dirigida por R. W. HAMILTON en 1937-1938, *Excavations against the North Wall of Jerusalem*, 1937-1938, en *QDAP*, X (1940), págs. 1-53.

[2] L. H. VINCENT, *Encore la troisième enceinte de Jérusalem*, en *RB*, 1947, págs. 90-126; *JAT*, I, págs. 129-134.

de 131-135 D. C.[1] Con toda objetividad hemos de manifestar nuestra sorpresa ente unas convicciones tan categóricas y al mismo tiempo tan diametralmente opuestas, sostenidas por especialistas de mérito reconocido, que no sienten otro impulso que el de la búsqueda de la verdad histórica. Sea cual sea la solución que aceptemos, no influirá en el problema del Santo Sepulcro, cuya autenticidad depende únicamente del trazado de la «segunda muralla». Pero al tratar del conjunto de los diversos recintos, hemos creído conveniente dar aquí, aunque fuese de una manera muy sumaria, un resumen del estado actual del problema.

LAS PUERTAS DE LA SEGUNDA MURALLA. Ya hemos dicho antes que si aceptamos que Jesús fue crucificado fuera de la ciudad y por lo tanto en la parte exterior de la muralla, el hecho debió de ocurrir también no lejos de una puerta. Sea como sea, tuvieron que franquear *una*. ¿Qué sabemos respecto a las puertas del segundo recinto, cuando menos en la fachada norte de Jerusalén, que en este caso es la única que nos interesa? Los libros bíblicos no nos dan una descripción detallada de los recintos de la ciudad, pero a los informes de Josefo se les pueden añadir para completarlos, ciertos datos desperdigados que no obstante permiten formarse una idea del aspecto del barrio septentrional de la capital. En la época de los reyes de Judá, y antes del exilio, fue necesario tener cuidado con las dimensiones de las viviendas, que de una manera natural y como consecuencia de la topografía, iban aumentando continuamente en dirección al norte y más allá del primer recinto. Había allí un «segundo barrio»[2] que Ezequías (716-687 A. C.) hizo proteger ante

[1] Véase también el artículo *Jérusalem*, en el *Dictionnaire de la Bible, Supplément*, XXI, cols. 959-965.

[2] 1 Re 22,14; 2 Cr 34,22.

la amenaza asiria, con un muro [1] que nosotros identificamos con la «segunda muralla». Todos estos trabajos resultaron inútiles ante los soldados de Nabucodonosor, y la ciudad fue conquistada (586 A. C.) y luego destruida. No obstante, en medio de esta desolación, el profeta Jeremías recibía la promesa de que «será reedificada la ciudad para Yahweh, desde la torre de Ḥănan'ēl hasta la puerta del Ángulo» [2]. Esta referencia nos indica cuáles son los dos puntos extremos de la segunda muralla, y por otra parte también sabemos que esta línea podía ser franqueada a través de varias puertas.

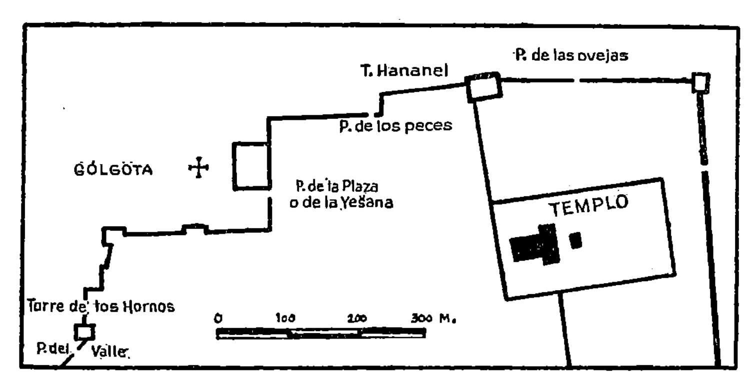


FIG. 4. Puertas de la segunda muralla

Estas aparecen citadas en Nehemías, precisamente con motivo de los trabajos de restauración de la muralla de Jerusalén, trabajos autorizados por el soberano aqueménida Artajerjes I (465-424 A. C.) cuya política liberal se manifestaba más generosa aún, toda vez que en aquellas circunstancias los judíos no podían constituir la más insignificante amenaza para el mayor imperio oriental del momento. Nehemías nos da una enumeración topográfica

[1] 2 Cr 32,5.
[2] Jer 31,37.

detallada con motivo del reconocimiento del lugar, su reconstrucción y su consagración. Es allí donde encontramos las indicaciones que nos interesan[1], los cual no quiere decir que sean de una absoluta claridad.

A continuación las transcribimos, relacionándolas con las fuentes:

Neh 3,1-13 Reconstrucción	Neh 12,38-39 Dedicación
	39. *Puerta* de la Cárcel
1. Puerta de las Ovejas	39. *Puerta* de las Ovejas
1. Torre de los Cien	39. Torre de los Cien
1. Torre de Ḥănan'ēl	39. Torre de Ḥănan'ēl
3. Puerta de los Peces	39. *Puerta* de los Peces
6. Puerta de la Yĕšānāh (= vieja)	39. *Puerta* de la Yĕšānāh
	39. *Puerta* de Efraím
8. Muralla ancha (o muralla de la plaza, según Vincent)	38. Muralla ancha (o muralla de la plaza)
11. Torre de los Hornos	38. Torre de los Hornos
13. *Puerta* del Valle	

Inmediatamente se aprecia una terminología diferente según sean los autores. La «*puerta del Ángulo*», a pesar de estar bien atestiguada[2] no aparece por ninguna parte en Nehemías. Cabe pensar que pueda estar situada en la inmediata proximidad de la Torre de los Hornos (fig. 4), pero consideramos que existe también la posibilidad de tener que identificarla también con la puerta «de los huertos», citada más tarde por Josefo[3]. La

[1] M. BURROWS, *Nehemiah 3,1-32, as a Source for the Topography of Ancient Jerusalem*, en *AASOR*, XIV (1934), págs. 115-140; *The Topography of Nehemiah*, XII, 31-43 en *JBL*, LIV (1935), pág. 29 y sigs.; VINCENT, *JAT*, I, págs. 237-259.

[2] 2 Cr 26,9; Jer 31,38; 2 Re 14,13.

[3] *Supra*, pág. 11.

«*puerta de la Yĕšānāh*» es más difícil de localizar. ¿Qué era lo que entendían con esta denominación? ¿Puerta de la ciudad *vieja*? ¿Puerta de la muralla *vieja*? ¿o quizás y simplemente, puerta *vieja*? [1] Aun cuando cada una de estas interpretaciones sea defendible, estimamos que el P. Vincent ha encontrado una solución mejor al proponer, a base de una corrección mínima justificada por un posible error del escriba, que se identifique como «puerta de la *Mišneh*» [2], es decir, del *barrio nuevo*, cuya construcción, según ya hemos indicado antes, había motivado la creación de un segundo recinto. Esta puerta ¿debe identificarse también con la «*puerta de Efraím*» frente a la cual había una plaza? [3]. Esto es lo que también opina el P. Vincent [4] quien trata de localizar una y otra en el emplazamiento actual del hospicio Alejandro, al este del Santo Sepulcro, donde han aparecido importantes elementos arquitectónicos que han podido ser estudiados cuidadosamente [5].

Quedan las puertas *de los Peces* y *de las Ovejas*. Su localización sólo puede hacerse de una manera aproximada, toda vez que no cabe basarse en el menor vestigio arqueológico. Quedaban separadas por la Torre de Ḥănan'ēl [6] que amparaba al Templo en el ángulo noroeste de la explanada sagrada, aproximadamente donde más tarde se construirá la Antonia. Si la puerta de las *Ovejas* [7] se

[1] *Bible du Centenaire*, nota *a* de Neh 3,6. En Zac 14,10 también se menciona una «puerta vieja o antigua».

[2] VINCENT, *JAT*, I, pág. 252. Esta suposición puede apoyarse en un pasaje de Sof 1,10, donde precisamente aparecen mencionados uno junto a otro, *Mišneh* y puerta *de los Peces*.

[3] Según Neh 8,16.

[4] VINCENT, *JAT*, I, pág. 252.

[5] VINCENT-ABEL, *Jérusalem*, II, especialmente láms. III-V.

[6] Además de Nehemías, aparecen también mencionadas en Jer 31,38; Zac 14,10. Se trata quizás del «castillo contiguo al Templo» de Neh 2,8.

[7] Las indicaciones en Nehemías (3,1 y 32; 12,39) permiten situarla no lejos del ángulo nordeste del recinto del Templo. Su nombre procedía del hecho de que por ella entraban las ovejas destinadas a los sacrificios del culto judío. Esta denominación se había conservado incluso en la época de Jesús, según puede apreciarse en Jn 5,2.

abría al este de la torre, la puerta de los *Peces*[1] debía quedar en alguna parte de la depresión del Tiropeon, suposición natural tanto para una entrada a la ciudad, como para la instalación de una vía de penetración norte-sur.[2]

¿Es posible saber por qué puerta pasó el cortejo del Viernes Santo para trasladarse desde el pretorio de Pilato —donde Jesús fue condenado— hasta el lugar del suplicio donde fue crucificado? Aceptando como demostrada la veracidad del emplazamiento tradicional del Gólgota[3], es evidente que no puede anticiparse ninguna hipótesis antes de resolver el problema del emplazamiento en Jerusalén del pretorio del emperador romano[4]. En realidad de allí fue de donde partieron los supliciados, y es a partir de allí que conviene seguirlos por esta *vía dolorosa*, desaparecida desde hace largo tiempo bajo toneladas de escombros.

La vía tradicional, que los peregrinos actuales han pisado cuando menos una vez en el curso de su viaje a Tierra Santa, arranca de la Antonia, es decir la fortaleza erigida por Herodes el Grande en el ángulo noroeste del Templo[5]. Es allí donde algunos autores sitúan la residencia de Pilatos en los momentos de la Pasión, y es también allí donde sitúan la comparecencia y la condena de Jesús[6]. Según otros, la basílica conocida con el nombre de *Ecce Homo*, corresponde al lugar exacto

[1] Además de los pasajes de Nehemías, véanse también 2 Cr 33,14; Sof 1,10. Seguramente era allí donde los tirios vendían su pescado (Neh 13,16).

[2] Allí se encontrará una de las vías de la Aelia Capitolina, y todavía en la actualidad puede apreciarse el trazado de la calle Bab el-ᶜAmud (Plano detallado del Jerusalén moderno en VINCENT-ABEL, *JN*, II, lám. III).

[3] Volveremos sobre ello más adelante.

[4] L. H. VINCENT, *Le Lithostrotos évangélique*, en *RB* 1952, págs. 513-530; *JAT*, I, págs. 218-221; P. BENOIT, *Prétoire, Lithostroton et Gabbatha*, en *RB*, 1952, págs. 531-550.

[5] VINCENT, *JAT*, I, págs. 193-216. El mismo autor defiende también la teoría de *L'Antonia, palais primitif d'Hérode*, en *RB*, 1954, págs. 87-107.

[6] VINCENT, *JAT*, I, págs. 216-221.

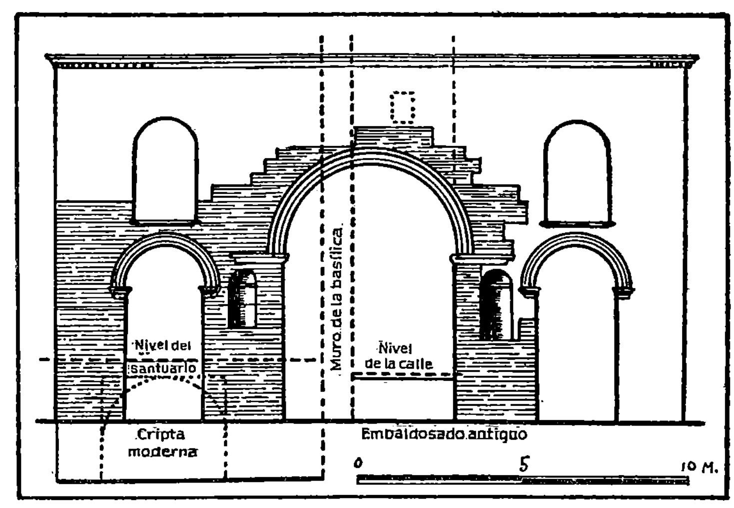


FIG. 5. Puerta y arco del *Ecce Homo*

donde el procurador romano entregó a los judíos, para crucificarlo, al «Hombre» arrastrado ante su tribunal. A decir verdad, el arco del *Ecce Homo* (fig. 5) no existía en la época de Jesús, pero con toda seguridad pertenece a una puerta de tres umbrales, de la época de la Aelia Capitolina, que data también del siglo II de nuestra era, [1] y, por lo tanto, consideramos que no cabe tratar de vincularlo con ninguno de los recuerdos de la Pasión. En cambio, el magnífico enlosado que ha aparecido bajo el santuario, en una extensión de unos 1900 m², se remonta como mínimo a Herodes Agripa II [2] y al examinar las figuras grabadas (fig. 6) en algunos trozos del pavimento y que se refieren a ciertos juegos, es posible evocar a los soldados de la guardia del Templo dedicados a distraer sus ocios empujando los peones o echando

[1] VINCENT y ABEL, *Jérusalem,* II págs. 25-30; VINCENT *JAT* I págs. 214 y 216. No obstante C. WATZINGER, *Denkmäler Palästinas* II pág. 57, indica una fecha más alta.

[2] VINCENT *JAT,* I lám. XLIV págs. 207-208.

los dados sobre estos tableros torpemente dibujados [1]. Quizás no serían los soldados de Pilatos pero posiblemente los del tribuno que detuvo a Pablo el apóstol (Act 21,32-34).

A esta localización de la residencia de Pilatos en la torre Antonia se oponen algunas objeciones que parecen de gran peso. En efecto [2], el P. Benoit considera que cuando el procurador de Judea subía de Cesarea a Jerusalén necesariamente debía habitar el antiguo palacio de Herodes, emplazado donde actualmente se halla la «Torre de David», no lejos de la puerta de Jaffa. Con el gobernador-procurador instalado en el Palacio, y el tribuno en la Antonia, la ciudad podía quedar vigilada en mejores condiciones. La residencia del procurador se convertía pues en el pretorio, que todos los evangelistas, excepto Lucas, han citado con el mayor cuidado [3]. En él compareció Jesús ante Pilatos, quien le interrogó. Pero los relatos mencionan un continuo ir y venir del gobernador, del cual se dice que sale o que entra en el pretorio, y es que en realidad el tribunal (βῆμα) estaba instalado fuera, frente al palacio [4]. El IV Evangelio, cuyas sólidas fuentes históricas y geográficas en que se apoya son debidamente apreciadas, nos proporciona una serie de detalles concretos que es único en poseer: el tribunal de Pilatos estaba instalado «en un lugar llamado *Listóstroto,* y en hebreo *Gabbata*» [5]. Nada de lo que sabemos de la antigua Jerusalén nos permite identificar este emplazamiento, del cual únicamente sabemos que estaba recubierto con losas [6] y se hallaba situado en una altura [7]. En la Jerusalén antigua, y comparándolo, por

[1] Un dibujo de estos «juegos» aparece en VINCENT *JAT*, I, lám. LIV.
[2] *RB*, 1952, págs. 531-550.
[3] Mc 15,16; Mt 27,27; Jn 18,28; 19,9.
[4] Sobre este particular véase P. BENOIT, en *RB*, 1952, págs. 535, 539-545.
[5] Jn 19,13. Gabbata es en realidad una palabra aramea.
[6] La palabra *litóstroto* no significa necesariamente un mosaico.
[7] La raíz *gab* significa «joroba», «saliente».

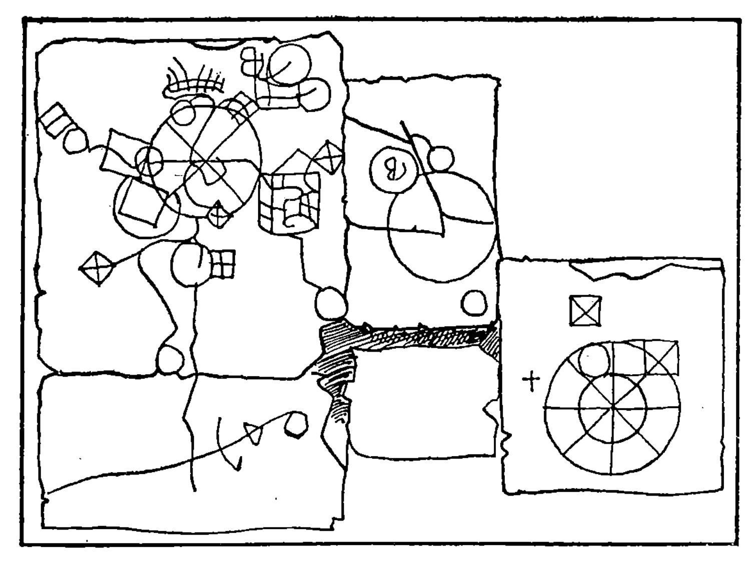


FIG. 6. Juegos romanos grabados sobre las losas del pavimento

ejemplo, con el Templo, el palacio de Herodes dominaba con su mole toda la ciudad «baja», y es allí donde nos inclinamos a ubicar el pretorio [1], y, por lo tanto, el punto de partida para el lugar del suplicio.

Al releer atentamente las diferentes narraciones, puede comprobarse el laconismo de las versiones. Es evidente que los evangelistas no tienen por costumbre entretenerse describiendo los itinerarios recorridos la víspera por Jesús, entre la última cena y su comparecencia ante Pilatos. No obstante, en esta ocasión fueron recorridos muchos kilómetros. El IV Evangelio es el más breve: «Se apoderaron, pues, de Jesús, para que llevase a cuestas

[1] Por nuestra parte nos adherimos a la teoría y a los argumentos del P. BENOIT. El P. ABEL también defendía esta identificación en *Histoire de la Palestine*, I, pág. 425, nota 4. Es también el punto de vista de DALMAN en *Les itinéraires de Jésus*, pág. 491; y el de J. JEREMIAS, en *Golgotha*, pág. 4.

la cruz, *salió* hacia el lugar llamado el Cráneo, que en hebreo se dice Gólgota» (Jn 19,16-17). A lo cual, añade Marcos: «Y lo *sacaron* para crucificarlo» (Mc 19,20), añadiendo el detalle importante, que también encontramos en Mateo y Lucas, sobre el requerimiento a Simón de Cirene «que venía del campo» para que lleve a cuestas su cruz (Mc 15,21; Mt 27,32; Lc 23,26).

Este requerimiento ¿tuvo lugar fuera de la ciudad? Aunque no venga indicado, parece plausible. Desde el pretorio a la ubicación tradicional del Gólgota, la distancia en línea recta no es muy larga, unos 400 metros aproximadamente. No obstante cabe preguntarse si no se hizo seguir a los condenados un itinerario más largo[1], a través de algunas calles de la ciudad occidental, paseo que era tradicional para con ello impresionar mayormente a la población, al hacerle contemplar de cerca a los condenados.

Por esta misma razón las ejecuciones se hacían en público y en un lugar fácilmente accesible. Para esta circunstancia se había elegido, pues, el lugar llamado «el Cráneo», en arameo «Gólgota». En la onomástica de Jerusalén es la única ocasión en que aparece mencionado, y no disponemos de ninguna otra indicación que pueda ayudarnos a su identificación. Han habido muchas dificultades para interpretar esta denominación: cráneos de los ajusticiados por tratarse de un lugar de ejecución (san Jerónimo), cráneo de Adán [2]... debido a que quizás el cráneo del primer hombre fue providencialmente escondido bajo el montículo donde se levantó la cruz (Basilio de Cesarea, † 379) [3]. Parece preferible admitir la opinión del P. Vincent [4] quien considera que este

[1] Así lo afirma Jeremias, *loc. cit.*, pág. 4, quien aporta algunas referencias sobre esta costumbre tanto judía como romana.

[2] Para la iconografía sobre este tema véase W. Staude, *Le crâne-calice au pied de la Croix*, en *Revue des Arts*, 1954, págs. 137-142.

[3] Referencia facilitada por J. Jeremias, en *Golgotha*, pág. 1, nota 6.

[4] Vincent y Abel, *JN*, pág. 93.

nombre fue dado simplemente a una protuberancia rocosa —que era también la ubicación tradicional— debido a formar un saliente, de la misma forma que todavía en la actualidad en Oriente se da el nombre de *raʾs* (cabeza) a ciertos salientes naturales que no tienen absolutamente nada que ver con una apariencia humana [1].

El Gólgota estaba situado fuera de la ciudad y próximo a varias de sus puertas: a 80 metros la puerta de la *Yĕšānāh* (o de Efraím) [2] y a 250 metros la puerta de *Gennat* (de los huertos). Debido a que la narración evangélica no nos proporciona detalles concretos, no nos es posible precisar a través de qué puerta fue llevado Jesús [3], a pesar de lo cual resulta importante comprobar que su localización tradicional está rigurosamente de acuerdo con todo lo que sabemos de la topografía de Jerusalén y con los datos de los evangelios [4].

TUMBAS Y HUERTOS. Según nos explica el IV Evangelio [5], «había un huerto en el lugar donde Jesús fue crucificado, y en el huerto un monumento nuevo, en el cual nadie todavía había sido puesto». Aquello que sabemos de la antigua Jerusalén, y lo que ha podido comprobarse en el emplazamiento del Santo Sepulcro, ¿está de acuerdo con las indicaciones evangélicas? La primera impresión, la que sorprende al viajero que por primera vez llega a Jerusalén, es totalmente desfavorable, y la cosa se explica fácilmente. ¿Cómo es posible tener ac-

[1] Resultaría engorrosa la enumeración de todos los lugares cuyo nombre empieza por *raʾs*, y que tanto abundan a lo largo de la costa fenicia: Raʾs el Naqūrah, Raʾs el-Šaqqah, que los griegos llamaban... *Theou prosopon* (cara de dios), Raʾs Shamrah, etc.

[2] En el caso de admitir que estos dos nombres han sido dados a la misma puerta. Recordemos que *Yĕšānāh* es quizás un error en lugar de *Mišneh*, *supra*, pág. 21.

[3] J. JEREMIAS, *Golgotha*, pág. 6, opta por *Yešana*.

[4] Jn 19,20: «pues estaba *cerca de la ciudad* el lugar donde fue crucificado Jesús».

[5] Jn 19,41.

tualmente otra reacción al penetrar en una iglesia donde todo el aspecto natural parece haber sido encubierto o disimulado, y que se levanta en medio de la ciudad (lam. II), rodeada de campanarios y minaretes, a su vez encerrados en un magnífico recinto? Es comprensible que algunos peregrinos, después de ciertas decepciones y a falta también de conocimientos básicos, con la mejor intención y la máxima buena fe se hayan inclinado con el mayor entusiasmo por el «calvario de Gordon» o la «Tumba del Huerto» [1] que cuando menos aparecían al margen de toda arquitectura sagrada y podían contemplarse en su cuadro natural, milagrosamente conservado después de dos mil años. Los desinteresados adeptos de este nuevo lugar santo confundían ciertamente el recinto de Jerusalén donde Jesús fue crucificado, con la muralla actualmente visible y de la cual se puede decir que es «moderna» [2]. Ignoraban que la muralla de la época de Herodes, tal como ya hemos explicado, dejaba precisamente fuera al Santo Sepulcro, y seguramente ningún intérprete les había mostrado en el mismo interior de la iglesia (fig. 7), en un reducto asignado a los jacobitas sirios, los restos de un hipogeo antiguo, con varias tumbas de tipo *kōkīm* [3], que son del más puro estilo judío. Con ello queda demostrado que la iglesia del Santo Sepulcro ha sido construida en un sector que en los tiempos de Jesús estuvo socavado por tumbas [4]. Nunca insistiremos bastante sobre la importancia de esta comprobación, que es de capital importancia para la argumentación tradicional.

Como ya hemos destacado antes, el que en este sector hubiesen «huertos» queda demostrado por la existencia

[1] Lo estudiamos más adelante en página 43.

[2] La muralla procede del tiempo de Solimán (siglo XVI D. C.).

[3] Planos y fotos en VINCENT y ABEL, *JN*, II, págs. 192-193.

[4] Éstas se hallan exactamente a 20 metros al oeste del edículo actual del sepulcro. En nuestros días se las considera como el hipogeo de José de Arimatea, y se encuentran algunos otros más hacia el norte.

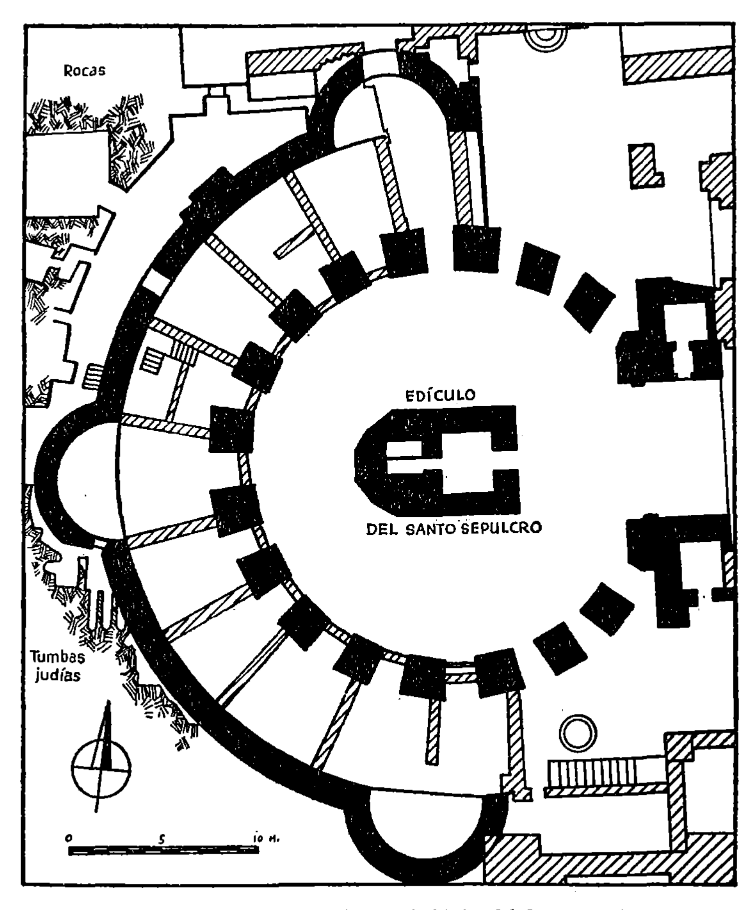


FIG. 7. Tumbas judías en las proximidades del Santo Sepulcro

de una puerta llamada «de los huertos». Bajo esta denominación no se designaban precisamente unos cultivos bien alineados según la costumbre occidental, sino un espacio [1] prácticamente libre de viviendas, salpicado

[1] Evidentemente hubieran podido construirse en ellos algunas casas aisladas, pero habría sido contrario a las costumbres de aquellos tiempos antiguos en que se prefería amparar a los ciudadanos tras la protección de una muralla.

con algunos árboles y chumberas, y que por ser de naturaleza roqueña estaba perforado por tumbas. Una de ellas era muy conocida y pertenecía al «gran sacerdote Juan», el Juan Hircano († 104 D. C.), y Josefo se refiere a ella en distintas ocasiones con motivo del asedio de la ciudad, como punto de referencia destacado. Esta sepultura no debía de hallarse muy lejos de la actual [1] puerta de Jaffa, precisamente en el suburbio oeste de Jerusalén, fuera de las murallas.

Disponemos de abundante documentación en lo que se refiere a los tipos de tumba corrientes en la época herodiana, y quizás sea conveniente dedicarle algunas palabras para mejor apreciar y comprender lo que nos cuentan los evangelios referente a la sepultura de Jesús. Aun cuando en algunos casos el cuerpo se colocaba en un sarcófago de piedra que a su vez se depositaba en la cámara sepulcral [2], era más corriente envolverlo en un sudario y colocarlo directamente sobre la losa de la tumba. Por lo general, no quedaban aisladas, sino que por el contrario formaban parte de un conjunto que constituía el hipogeo y que permitía efectuar diferentes inhumaciones (fig. 8). Se acostumbraba colocar el cuerpo ya sea en una cavidad excavada perpendicularmente en el grueso de la roca (tumba del tipo *kōkīm*), o sobre una losa dispuesta lateralmente bajo una especie de arco abovedado (tumba de tipo *arcosolium*). El conjunto funerario más simple se componía, además de una antecámara también socavada en la escarpadura (lám. VI), de una pieza bastante cuadrada a la cual se penetraba a través de una puerta baja, con un sistema de cierre que explicaremos más adelante. Según fuese el tipo del hipogeo, los tres lados de la cámara [3] estaban provistos ya fuese

[1] VINCENT, *JAT*, pág. 91, en sus referencias a Josefo.

[2] En Mc 16,6, este lugar aparece designado con la palabra τόπος. H. INGHOLT, en *Parthian Sculptures from Hatra*, pág. 15,l o asimila con DKT' que aparecen en Palmira y Hatra para designar una instalación funeraria.

[3] El cuarto es utilizado como paso.

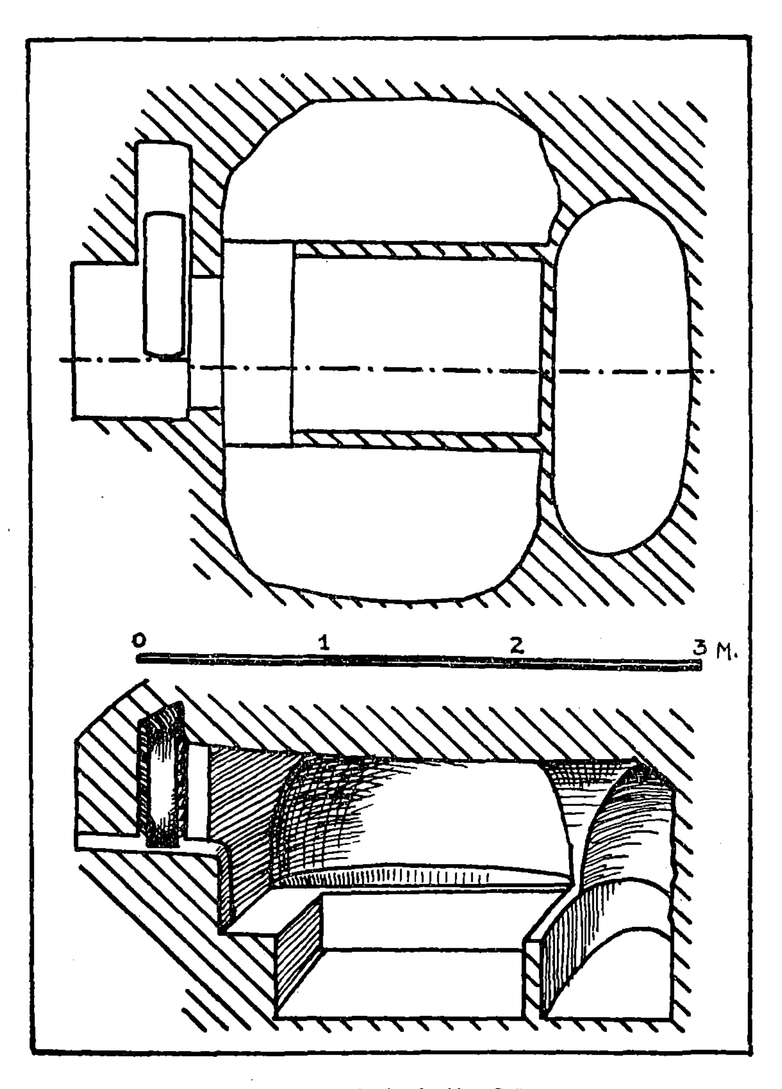


FIG. . Tumba de Abu Goš

de tres losas en forma de *arcosolium*, o de tres huecos perforados en *kōkīm*, dispuestos ligeramente por encima del nivel del suelo, y en algunos casos en doble hilera, con lo cual se aumentaba considerablemente la cantidad de cuerpos reunidos[1]. Esta instalación daba lugar a diferentes variaciones (en algunos casos el mismo hipogeo reunía *arcosolia* y *kōkīm*) y se prestaba a ampliaciones considerables[2] en función de las familias que se reagrupaban a su alrededor después de la muerte.

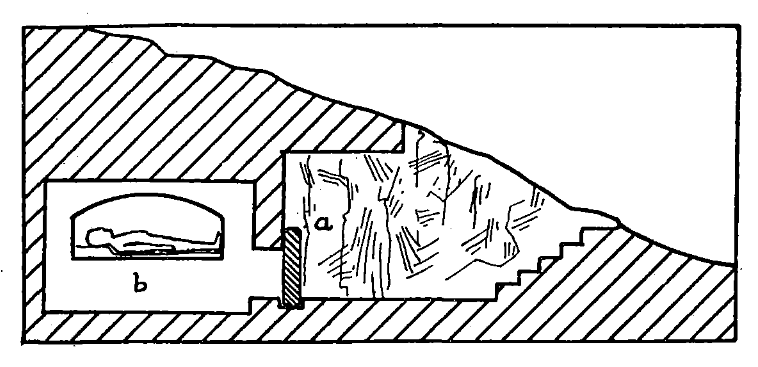


FIG. 9. La tumba de Jesús según los detalles evangélicos

La tumba a la cual Jesús fue llevado la noche del Viernes Santo corresponde perfectamente a estos ejemplos (fig. 9), y una vez más nos es dable comprobar la exactitud de algunos de los detalles evangélicos. El sepulcro de José de Arimatea estaba excavado en la roca (Mt 27,60; Mc 15,46; Lc 23,53). Debió componerse de una antecámara abierta en la escarpadura[3] (lám. VI) a la cual se

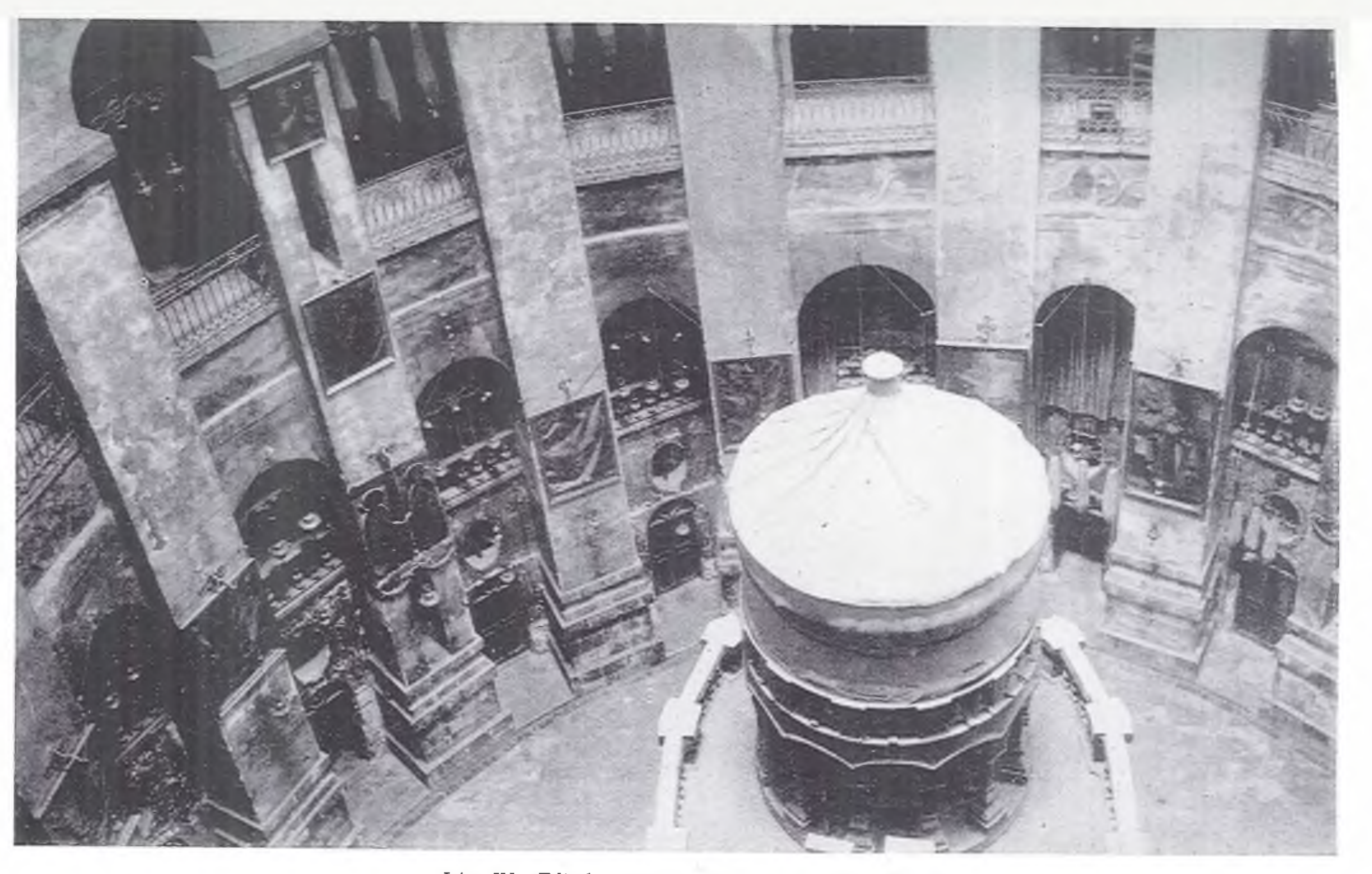
[1] Un ejemplo impresionante lo constituye la «tumba de los Jueces» cuyas fotografías pueden contemplarse en VINCENT, *JAT*, I, pág. 365.

[2] Éste es el caso de las tumbas «de los Reyes» y de «los Jueces», esta última con seis cámaras detrás del vestíbulo.

[3] Puede apreciarse muy bien en una tumba judía en el suburbio norte de Jerusalén, VINCENT, *JAT*, pág. 364, fig. 105 (= nuestra lám. VI *a*). En nuestra reconstitución (fig. 9) de la tumba evangélica, nos apartamos del P. Vincent, quien admite



LÁM. III. Portales del Santo Sepulcro. En el frontis de la izquierda: resurrección de Lázaro, entrada de Jesús en Jerusalén e institución de la Cena. *Págs. 50-51*



LÁM. IV. Edículo y rotonda del Santo Sepulcro. *Pág. 62*

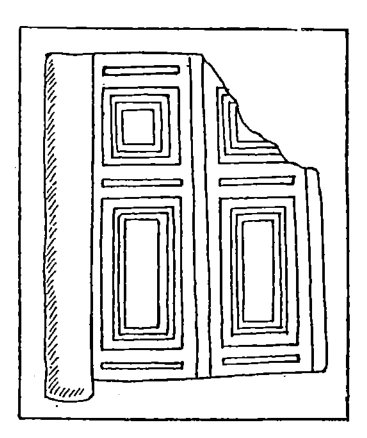


Fig. 10. Puerta de piedra que cierra una cámara interior en las «tumbas de los Reyes»

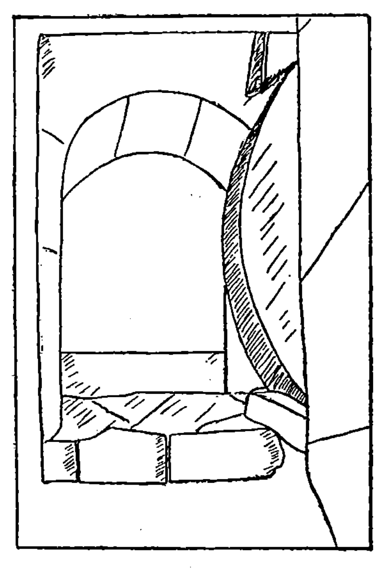


Fig. 11. Muela de piedra de la «tumba de los Herodes»

podía pasar, sin necesidad de entrar en la tumba. Esto corresponde a lo que se nos explica en forma muy concreta, a propósito de que Juan, uno de los primeros testigos de la Resurrección, no entró directamente, y que tuvo que agacharse para mirar hacia el interior del sepulcro (Jn 20,55) [1]. Este detalle resulta particularmente notable debido a que las puertas de los hipogeos acostumbran a ser tan bajas [2], que, por lo general, es necesario agacharse para franquearlas, y el campo visual de un hombre que permanezca de pie queda totalmente por encima de la abertura.

una sepultura compuesta de dos cámaras (*Jérusalem Nouvelle*, pág. 96, fig. 53). Esta instalación no es aceptada por G. Dalman, *Les itinéraires de Jésus*, pág. 485, nota 3, con quien coincidimos en cuanto a este detalle.

[1] Según Jn 20,6, Pedro penetró en el sepulcro, lo que parece estar en contradicción con Lc 24,12.

[2] Dalman, en *Les itinéraires de Jésus*, pág. 481, da las siguientes dimensiones: 0,82 × 0,71 m; 0,64 × 0,58 m; 0,56 × 0,47 m; 0,55 × 0,49 m. Excepcionalmente 1,75 × 1,13 m.

La mayoría de las veces esta entrada baja, se cerraba con una puerta de piedra [1] de uno o dos batientes (fig. 10), y en algunos casos especiales también se cerraba con una losa en forma de muela plana (fig. 11) que indudablemente corresponde a la losa «que rueda» de los Evangelios [2]. Se conocen varios ejemplos muy característicos de este tipo [3], que demuestran en qué forma se efectuaba esta clase de maniobra que desde luego requería la fuerza de un hombre [4].

Indudablemente la tumba de Jesús era del tipo de losa con *arcosolium*, ya que en una sepultura del tipo *kōkīm* no se comprende como hubiera podido sentarse en ella (Mc 16,5; Jn 24,12). Fue también sobre la losa de piedra donde fueron depositados el sudario y los lienzos que sirvieron para envolver el cuerpo (Lc 24,12; Jn 20,7). Incluso sin penetrar en la tumba se podían contemplar desde el vestíbulo (Jn 20,5) [5] y fue este espectáculo insólito, sumado al de la losa desplazada, lo que hizo comprender a los primeros testigos que un milagroso acontecimiento acababa de producirse: ¡el sepulcro de José de Arimatea, convertido en el de Jesús en la noche del Viernes Santo, en la mañana del domingo de Pascua no era más que un sepulcro vacío!

[1] En el Museo del Louvre existen muy buenos ejemplares, procedentes de la tumba de los Reyes (donde cerraba un paso interior), de Ṣūr Baher, poblado cerca de Belén, y de Kefr Yāsif, cerca de San Juan de Acre, R. DUSSAUD, *Les Monuments palestiniens et judaïques*, págs. 47, 58 y 88; ANDRÉ PARROT, *Le Département des Antiquités orientales* (2.ª edición, 1954) págs. 14-15.

[2] Mt 28,2; Mc 15,46; 16,3-4; Lc 24,2.

[3] G. DALMAN, *Les itinéraires de Jésus*, pág. 482, nota 1, habla de «solamente cinco casos». Personalmente conocemos cuatro: en la tumba de los Reyes, en el hipogeo de los Herodes, en Abu Goš (*RB*, 1925, pág. 275, lám. XIII) y en Nāblus (*RB*, 1922, pág. 1, lám. III). Un cierre idéntico aparece en un fortín de la región de Hebrón, en Ḫ. el-Deir (*RB*, 1946, pág. 573) y también en la región de Harīs (*RB*, 1910, pág. 117). Enumerados en ABEL, *RB*, 1925, pág. 278.

[4] Detalle admirablemente destacado en Mc 16,3, cuando las mujeres que se dirigían al sepulcro la mañana de Pascua se preguntaban: «¿Quién nos correrá la losa de la entrada del monumento?»

[5] Numerosas traducciones hablan equivocadamente del sudario que estaba *en el suelo*. El texto griego no permite en absoluto esta precisión.

Capítulo II

Tradición y acotación topográfica

Fue en el año 326 d. c., cuando el emperador Constantino dio orden de poner los cimientos para un edificio «con una magnificencia digna de su opulencia y de su corona», para «poner a la vista y a la veneración de todos, el muy santo lugar de la resurrección del Salvador» [1]. Desde la muerte de Jesús hasta el reinado de Constantino habían transcurrido cerca de tres siglos. Este lapso de tiempo no puede menos de provocar cierta reserva al tratar de imaginarse en qué forma el recuerdo de determinados emplazamientos pudo conservarse y transmitirse a través de un período durante el cual en Jerusalén no reinó precisamente la calma. En realidad, ¿cómo era posible acordarse en la época de Constantino del lugar donde Jesús fue crucificado y de la tumba donde fue sepultado?

En primer lugar es totalmente inexacto que los primeros cristianos se hubiesen desinteresado por completo de los lugares que les recordaban ciertos acontecimientos de la vida de su Maestro y Señor. Como primer eslabón de la cadena tenemos el emocionante detalle facilitado por Lucas el Evangelista, cuyos escrúpulos en cuanto a facilitar noticias [2] nos son bien conocidos, quien nos

[1] Eusebio, *Vie de Constantin*, III, 25-40. Textos en Vincent-Abel, *JN*, páginas 206-207.

[2] «Muchos han emprendido el trabajo de coordinar la narración de las cosas ocurridas entre nosotros ... he resuelto yo también, después de haberlas investi-

informa que «las mujeres que habían venido con él desde Galilea», «inspeccionaron el monumento y cómo había sido colocado su cuerpo» (Lc 23,55). Éstos fueron los primeros testigos.

Resultaría increíble que en un ambiente donde siempre se habían preocupado de conservar el recuerdo de las tumbas de personajes notables [1], se hubiese hecho una excepción con la del crucificado, tanto más cuando ésta había sido escenario de un milagro prodigioso. En la época de Jesús, e incluso más tarde, en Jerusalén se mostraban las sepulturas de Alejandro Janeo, de Juan Hircano, y la de Helena de Adiabene y sus hijos [2]. Cuando bajo Herodes Agripa I, el barrio de Bezeta quedó encerrado dentro de una fortificación (la «tercera muralla») se agregó a la ciudad una zona repleta de tumbas, y se comprende fácilmente que a los ojos del más estricto rabinismo, este sector fuese considerado como impuro [3]. A partir de este momento, la tumba de Jesús pasó a quedar *intra muros*, y debido a estar excavada en la roca no sufrió el menor menoscabo. Así mismo continuó en el barrio del Gólgota, ya que esta denominación era anterior a ella. Los cristianos residentes en Jerusalén no tenían motivo alguno para olvidar su recuerdo, como asimismo para no comunicarlo a los extranjeros adeptos a la nueva religión, que llegaban por vez primera a la ciudad santa. Lucas el médico, compañero de Pablo el apóstol, de acuerdo con lo que escribió, es indudable que tuvo el deseo de contemplar con sus propios ojos,

gado todas escrupulosamente desde su origen, escribírtelas por su orden ...» (Lc 1,1-3).

[1] De los Patriarcas, en Makpēlāh (Gn 25,9-10; 50,13); José, en Siquem (Jos 24,32); Josué en Timnat-Sérah (Jos 24,30); Sansón entre Ṣŏrʿāh y ʾEštāʾōl (Jue 16,31), etcétera. La lista sería interminable.

[2] Esta se encuentra con toda probabilidad en la «tumba de los Reyes», *infra* pág. 72.

[3] JEREMIAS, *Golgotha*, pág. 9, con los textos.

aquello que las mujeres de Galilea habían visto cierto día de desolación y de aparente derrota.

Durante la primera insurrección judía (66-70), la comunidad cristiana huyó a Pella [1], pero buena parte de ella regresó tan pronto se restableció la calma. Hasta la segunda insurrección (131-134) no se produjo la menor discontinuidad y, por lo tanto, no había motivo alguno para que la tumba fuese destruida [2] u olvidada [3]. Después de la represión del movimiento de Bar Kōkĕbā, la situación política y religiosa de Jerusalén sufrió un cambio radical. Judíos, árabes y samaritanos fueron expulsados, con la prohibición absoluta de regresar. La comunidad cristiana, en su mayoría de composición judeo cristiana, indudablemente debió quedar afectada por tal disposición y tuvo que marcharse.

Por añadidura, Jerusalén se convertía en una ciudad romana, *Aelia Capitolina*, con la ordenación y los monumentos de una ciudad occidental, y asimismo el emperador Adriano parece que de una manera sistemática quiso reemplazar los antiguos santuarios o los lugares venerados por los vencidos, por otros edificios paganos: el culto de Adonis fue instaurado donde se situaba la Natividad; en el terebinto de Mamrē' se instaló un mercado; la piscina de Siloé fue consagrada a las Ninfas; en el emplazamiento del Santísimo en el Templo se erigieron dos estatuas, la de Júpiter y la del emperador

[1] Ciudad de Perea, más allá del Jordán.

[2] Conviene no aceptar sin ciertas reservas los relatos que nos narran la destrucción de Jerusalén. ¡Una «ciudad arrasada» constituye una frase cuyo alcance nos es ya conocido! Por otra parte, las tumbas del Cedrón (cf. más adelante, página 63) todas ellas anteriores al año 70 D. C., han subsistido hasta nuestros días.

[3] En cuanto a la de Santiago, «hermano» de Jesús, muerto en el año 62 D. C, Hegesipo explica que todavía existía en sus tiempos (175 D. C.) en el lugar de su martirio, junto al Templo. Antes de la segunda insurrección se conocía asimismo la ubicación del sepulcro de los reyes David y Salomón. Según testimonio de Josefo (*Antigüedades* 16, 7, 1, § 182), Herodes el Grande había restaurado el monumento. Su hundimiento, ocurrido precisamente poco antes de la sublevación de Bar Kokeba, fue considerado como un mal presagio para el pueblo judío (DION CASSIUS, *Historia Romana*, 69,14). Para todo ello, cf. JEREMIAS, *Golgotha*, pág. 12.

Adriano. ¿Fue únicamente como consecuencia de un trazado ritual, por lo que el foro de Aelia Capitolina fue instalado en la plataforma del Gólgota, no lejos de *la Plaza* que se extendía delante la puerta de la antigua muralla?[1] Esto ocasionó importantes trabajos de relleno para recubrir las asperezas del promontorio y las sepulturas, que al quedar así cubiertas quedaban al mismo tiempo protegidas. El Capitolio con sus divinidades, Júpiter, Juno y Venus, ponía su sello sobre esta conmoción, creando al mismo tiempo un punto de referencia visible sobre aquello que quedaba sepultado.

No obstante, incluso en los tiempos de la Aelia Capitolina, Jerusalén no había quedado abandonado. Existía una comunidad pagano-cristiana, cuyo primer obispo fue un tal Marcos[2]. Con esto bastó para que la tradición topográfica fuese conservada, tanto interior como exteriormente, debido a que las peregrinaciones empezaron de nuevo. El peregrino más antiguo del cual tenemos constancia es el obispo Melitón de Sardes, quien llegó hacia mediados del siglo III D. C. y al cual siguieron muchos otros[3]. La cantidad de santos lugares, auténticos o no, pronto resultó imponente y es curioso observar que ni en *un solo caso* se observan señales de veneración cristiana en los emplazamientos del Gólgota y del Santo Sepulcro, pero la explicación no ofrece dificultad alguna debido a que uno y otro quedaban disimulados y recubiertos por edificios paganos. Y resulta muy sintomático que ni siquiera para satisfacer la piedad de los peregrinos, se hubiesen atrevido a crear, fuera de Jerusalén y en ciudades accesibles, un Gólgota o un Santo Sepulcro ficticios, tal como se hizo por ejemplo, con las tumbas de David y de Salomón, la de Adán ... «transferidos»

[1] *Supra*, pág. 21.

[2] J. JEREMIAS, *Golgotha*, pág. 19.

[3] Alejandro de Capadocia (hacia 212), Pionio de Esmirna († 250), Firmiliano de Cesarea (entre 231 y 250), todos ellos citados con referencias en J. JEREMIAS, *op. cit.*, pág. 20, nota 1.

los primeros a Belén y el último a Hebrón.[1] Esto nos demuestra que en este caso la tradición era muy sólida y la autenticidad tan bien establecida, que a pesar de las mejores intenciones, nadie se atrevió a proponer un Gólgota o un Sepulcro totalmente imaginados y sin ninguna garantía escriturística.

Resulta sumamente importante que en el momento en que bajo Constantino el cristianismo se convirtió en religión oficial, y que en Jerusalén hubo las mayores facilidades para posesionarse de nuevo de los santos lugares, fuese en un lugar donde todo parecía contraindicado donde se reconoció la existencia del Gólgota y del Santo Sepulcro; la ubicación parecía hallarse en plena ciudad, y eran necesarios unos trabajos de descombro, esta vez muy considerable, para volver a encontrar cierta colina y cierta roca en su estado natural. Esto demuestra cuan apremiante era la tradición, y que, por lo tanto, era *allí* y *no en otra parte*.

El testimonio más antiguo que poseemos sobre este particular, es el de Eusebio, obispo de Cesarea, quien en su *Vida de Constantino* (escrita entre 337 y 340 D. C.) nos da un relato de los acontecimientos, al principio bastante reticente. Veamos en qué términos se expresa [2]: «Con sus asuntos debidamente arreglados, el piadoso (emperador) construyó otro importante monumento en el país de los palestinenses ... Consideró que era un deber suyo exponer a la vista y a la veneración de todos, el muy santo lugar de la resurrección del Salvador, que se halla emplazado en Jerusalén. Con este objeto dio orden de erigir una casa para la oración... Anteriormente, unos hombres impíos [3], o mejor dicho, gracias a su in-

[1] JEREMIAS, *Golgotha*, págs. 20-21.

[2] *Vie de Constantin*, III, 25 y sigs. Texto y traducción en VINCENT-ABEL, *Jérusalem*, II, págs. 206-208. A. GRABAR, en *Martyrium*, págs. 234-244, acepta la versión dada por Eusebio.

[3] Alusión al emperador Adriano y a los romanos.

tervención, toda la raza de los diablos, se habían ingeniado para sepultar en la oscuridad y en el olvido este divino monumento de la inmortalidad... Así fue como unos ateos e impíos trataron de esconder a la vista de los hombres esta gruta de salvación...[1] Mediante mil maniobras trajeron tierras de las afueras (de la ciudad) y con ella cubrieron todo el lugar. Una vez el terraplén estuvo a cierta altura, lo embaldosaron con losas, quedando así escondida la divina gruta[2] bajo un enorme montón de escombros... A continuación dispusieron encima del piso una verdadera tumba de las almas (de los ídolos muertos) al construir para un demonio impuro el refugio tenebroso de Afrodita...»

No obstante, el emperador dio orden de eliminarlo todo y proceder a una limpieza general: «Como un nuevo orden de cosas que sucediera a otro, el suelo (primitivo) reapareció de las profundidades de la tierra, y con ello el venerable y muy santo testimonio de la resurrección del Salvador se manifestaba contra toda esperanza, y la cueva, (nuevo) Santísimo, reflejaba de manera deslumbrante, el retorno a la vida del Salvador...» A continuación sigue la descripción del santuario que seguidamente fue construido[3] por orden del príncipe.

Probablemente el lector se habrá dado cuenta de que Eusebio no se refiere en absoluto al Gólgota, cuya existencia y situación le es sobradamente conocida[4]. Esta omisión se explica fácilmente por el hecho de que lo que interesa al memorialista es, ante todo, la reaparición del Santo Sepulcro, dejando todo lo demás en segundo término[5]. No obstante, cuando en el año 333 D. C., el

[1] El sepulcro de Jesús.

[2] La tumba de José de Arimatea estaba excavada en la roca.

[3] Lo describiremos más adelante.

[4] «Gólgota: lugar del Cráneo donde Jesús fue crucificado; se le muestra en Aelia, en el norte de la colina de Sión», *Onomasticon*, 74,19-21. Escrito hacia el año 335 D. C.

[5] G. DALMAN, *Les itinéraires de Jésus*, págs. 457 y 462; J. JEREMIAS, *Golgotha*, pág. 19.

Peregrino de Burdeos visitó Jerusalén, se refirió de manera concreta a «la pequeña colina del Gólgota donde el Señor fue crucificado, y a un tiro de piedra de allí, la cripta donde fue depositado su cuerpo y donde resucitó al tercer día [1]».

Durante esta visita, el edificio constantiniano a pesar de hallarse en plena construcción, todavía dejaba vislumbrar lo más importante de la configuración del lugar, que posteriormente la acción del tiempo debía ocultar más y más. Así se comprende mejor que antes de transcurrir veinte años, en el 350 D. C., Cirilo de Jerusalén se viese obligado a investigarlo a fondo [2], y su testimonio no deja de ser muy interesante, pues pone en evidencia las objeciones que los extranjeros y los no iniciados debían empezar a formularse en cuanto al emplazamiento «en el centro de la ciudad». En el siglo IV D. C., se tenía una idea muy vaga de lo que era Jerusalén en tiempos de Jesús, y Cirilo para poder defender su ubicación tradicional se veía obligado a argumentar... ¡a base de el Cantar de los Cantares! Al mismo tiempo se le agregó una moraleja milagrosa, que nos abstendremos de intentar justificar arqueológica o históricamente, pero que demuestra cierta progresión hacia lo sobrenatural sobradamente conocida en la elaboración y desarrollo de las leyendas. En este caso se trata del ciclo de la Invención de la Cruz, con el cual se mezcla el nombre de Helena, madre de Constantino [3]. No solamente se ha encontrado de nuevo el verdadero Gólgota, sino también las mismas cruces en las cuales fueron clavados Jesús y, según los Evangelios, sus dos compañeros de suplicio. No obstante ¿cómo es posible reconocer la

[1] GEYER, *Itinera Hierosolymitana*, 20-23. Actualmente hay cuarenta metros desde el Calvario al Santo Sepulcro.

[2] *Catequesis*, con textos adecuados en VINCENT-ABEL, *Jérusalem*, II, págs. 208-210

[3] Esta progresión hacia lo milagroso ha sido estudiada por J. JEREMIAS, en *Golgotha*, págs. 30-33, con referencias a sus autores. La leyenda se originó entre 395 y 400 D. C. Véase tambián VINCENT-ABEL, *Jérusalem*, II, págs. 191, 202-203.

cruz de Jesús y diferenciarla de las otras dos? También esto se logró aclararlo: una mujer mortalmente enferma recuperó inmediatamente la salud en el mismo momento en que fue puesta en contacto con la verdadera cruz. Pero este milagro queda superado por otro: un muerto que fue colocado sobre la cruz, resucitó.

Estas pinceladas legendarias [1] equivalen a una capa de espuma, que en ningún caso puede hacer desaparecer la historicidad de los acontecimientos y su abono real y verdadero. El destino de la tradición, es el de hacerse más y más firme, pero lo importante es saber despojarla de todos estos aditamentos y encontrarla de nuevo bajo este inútil ropaje. Un estudio crítico de todos los testimonios literarios, realizado en forma independiente por especialistas tan diversos y tan competentes como son el P. Vincent, G. Dalman y J. Jeremias, les lleva a la conclusión de poder afirmar que resulta plenamente justificado que la tradición busque el Gólgota y el sepulcro de Jesús en la actual iglesia del Santo Sepulcro. Y toda vez que la arqueología no sólo no se opone a ello, sino que refuerza en todos sus aspectos las identificaciones tradicionales, no nos parecen posibles nuevas objeciones. A pesar de ello, tampoco podemos afirmar rotundamente que la cosa esté definitivamente resuelta, y que sea absolutamente cierto que el sepulcro de Jesús se encuentre debajo del edículo que actualmente lo domina. Lo que si consideramos perfectamente establecido es que existen las máximas probabilidades de que se encuentre allí y no en ningún otro lugar de esta Jerusalén tan profundamente transformada desde los tiempos de Pilato. La parte de incertidumbre que pueda subsistir es mínima, a pesar de lo cual no parece posible eliminarla. En cambio podemos eliminar sin la menor vacilación tanto el

[1] Existen muchas otras: descubrimiento del *titulus*, de los clavos de la crucifixión, etc. En cuanto a la madera de la verdadera cruz, según declara Cirilo, «¡todo el universo está lleno de sus fragmentos!»

«Calvario de Gordon» como la «Tumba del Huerto» que luego le fue asignada. Debido a que son muchos los que se han dejado atraer por este espejismo, creemos necesario manifestar con la mayor firmeza, que los títulos que en ciertas ocasiones se han forjado para autenticar o tratar de autenticar este nuevo santo lugar, sólo se apoyan en la arena y que la arqueología no puede ofrecerles la menor ayuda, sino al contrario. La arqueología los condena sin apelación.

CALVARIO DE GORDON Y TUMBA DEL HUERTO[1]. En el año 1867, un vecino de Jerusalén, propietario de un terreno en las proximidades de una gruta conocida con el nombre de «gruta de Jeremías», en ocasión de efectuar ciertos trabajos de descombro, puso al descubierto la entrada a una especie de cueva, llena de osamentas, en una de cuyas paredes había una cruz pintada en encarnado. El hombre quiso documentarse cerca del arquitecto Schick, una de las eminencias en el Jerusalén de entonces. Éste, al ser consultado, no vio en ello más que una sepultura bastante vulgar. Poco después la sepultura fue vaciada por completo, sin que apareciese el menor documento escrito, y Schick la consideró con tal indiferencia que no estimó necesario redactar ni un mínimo informe. El propietario del terreno falleció poco después, y durante algún tiempo nadie se preocupó de este insignificante descubrimiento.

En 1883, llegó a Jerusalén el general inglés Gordon, que dos años más tarde debía destacarse por la heroica defensa de Jartum. Al igual que muchos neófitos, estaba preocupado por las cuestiones bíblicas, y creía que le sería posible hallar en la topografía de la ciudad el rastro

[1] L. H. VINCENT, *Garden Tomb*, en *RB*, 1925, págs. 401-431.

de las etapas de la Revelación. Le había llamado la atención cierta colina ubicada al norte de Jerusalén y a 150 metros de la muralla actual, conocida con el nombre de *el-Ẓāhira*[1]. Debido a las huellas que habían dejado algunas canteras y los restos de algunas grutas todavía visibles, ofrecía al observador cierto parecido con la *facies* de una cabeza de cadáver. Sin embargo, no era este aspecto lo que había llamado la atención del general[2], sino la circunstancia de que la antigua Jerusalén, representada por un esqueleto[3] tumbado sobre un costado, tenía sus pies en la piscina de Siloé, y su asiento en la Cúpula de la Roca, es decir en el Templo, en tanto que su cabeza descansaba precisamente sobre una de las colinas de Bezeta, fuera de las murallas. No se necesitaba más para situar allí el Calvario (fig. 12), y para que el general exteriorizara su convencimiento de que en sus alrededores inmediatos se encontraría la tumba de Jesús y la iglesia conmemorativa levantada por el emperador Constantino. ¿Qué fue lo que pensó a propósito de la sepultura puesta al descubierto al pie y en la cara occidental de su Calvario? Sobre este punto nos enfrentamos con dos testigos contradictorios: según Schick, Gordon estimó que se trataba del sepulcro de Cristo, mientras que según Wilson, su amigo íntimo «no hizo alusión directa alguna sobre tal identificación[4]. Para todos aquellos que ya militaban o que en lo sucesivo debían militar contra el Santo Sepulcro tradicional[5], sólo era válida la afirmación de Schick: al *Calvario de Gordon* debía agregársele en lo sucesivo la *Tumba de Gordon.*

[1] G. DALMAN, *Les itinéraires de Jésus*, pág. 452.

[2] En lo sucesivo otros peregrinos se dejaron impresionar también, especialmente algunos de nuestros correligionarios poco experimentados en los problemas de la arqueología neotestamentaria.

[3] WILSON, *Golgotha and the Holy Sepulcre*, pág. 201, fig. 12.

[4] SCHICK en *Quarterly Statement*, 1892, pág. 122; WILSON, *Golgotha...*, pág. 199. Estas dos referencias aparecen en VINCENT, *loc. cit.* pág. 414.

[5] Uno de los primeros fue el pastor alemán Otto Thenius, quien a partir de 1842 buscaba el Calvario en la misma colina, G. DALMAN, *op. cit.*, pág. 451.

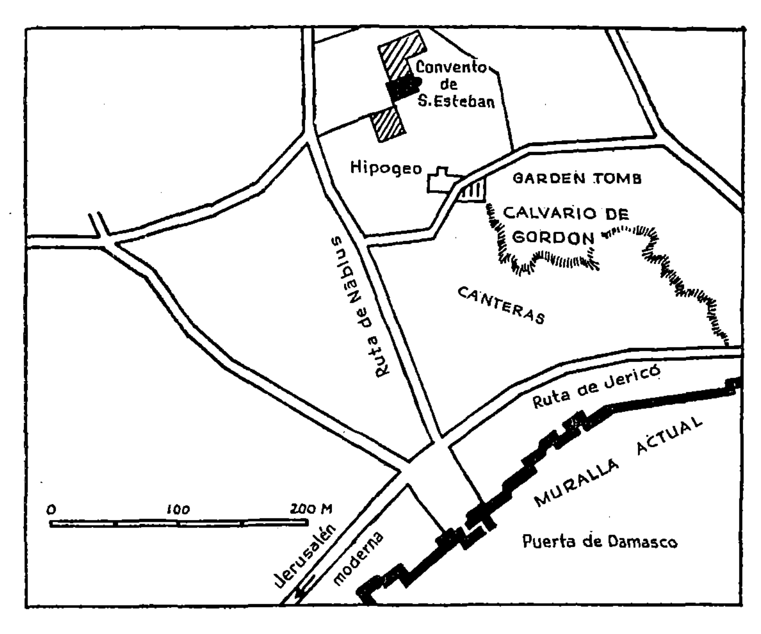


FIG. 12. Situación de la «Tumba del Huerto»

El mismo año de la llegada del general Gordon a Jerusalén, en 1883 [1], los padres dominicos habían comprado un terreno en la misma zona, empezando unas excavaciones que se prolongaron hasta el año 1893, y que pusieron al descubierto por una parte, los restos de la iglesia erigida en el siglo V D. C. por el patriarca Juvenal y la emperatriz Eudocia en el lugar de la lapidación de Esteban, y por otra parte, además de algunas sepulturas aisladas, un gran hipogeo excavado en la roca. Éste se extendía en dirección a la tumba de Gordon, con lo cual dejaba de estar aislada, y en cambio, pasaba a formar parte de un conjunto funerario importante, quizás de origen herodiano, pero en el mejor de los casos

[1] LAGRANGE, *Saint Etienne et son sanctuaire à Jérusalem*, pág. 106.

transformado hacia los siglos V-VI D. C., o sea en plena época bizantina, y con todas las características de aquel tiempo: sepultura con pilares recubiertos por losas horizontales, cruces grabadas en las paredes, lámparas cristianas, epitafios, etc.

Se recogieron cuatro inscripciones. Una de ellas, en el hipogeo, estaba redactada como sigue: *Tumba particular del diácono Eutimio Pindiris;* la segunda, procedente de una fosa ubicada al norte de la basílica eudociana, rezaba textualmente: *Tumba particular del diácono Nono Onésimo, de la santa Anastasia de Cristo y de este monasterio* [1].

La interpretación no ofrecía la menor duda: se trataba de la sepultura de un sacerdote perteneciente a una comunidad monástica y que al mismo tiempo oficiaba en la iglesia de la Resurrección, es decir, en el Santo Sepulcro [2]. Es difícil explicarse el porqué este texto produjo tal sensación; en algunos quizás fue por defecto de formación epigráfica, y en otros a causa de ciertas ideas preconcebidas, la más apremiante de las cuales era la necesidad de facilitar una base escriturística al nuevo santo lugar. A partir de entonces pudimos asistir a una evidente falsificación de los acontecimientos a base de una serie de estudios, algunos firmados y otros no, y lo más grave de ellos consiste en afirmar que en una de las inscripciones se dice que el difunto fue «sepultado en la proximidad de su Señor» [3]. Nadie ha podido presentar jamás ni una fotografía ni una reproducción de este texto sugestivo, lo que por otra parte no es extraño ya que nunca ha existido. No obstante, ha constituido la base sobre la cual se ha montado todo el enredo, y ha

[1] Hay un facsímil en VINCENT, *loc. cit.*, pág. 409.

[2] Resultaba tan sorprendente como lo fue el hallazgo en el monte de los Olivos y en Getsemaní de las tumbas de un diácono y dos porteros de la misma Anastasia. A pesar de ello, ¡a nadie se le habría ocurrido buscar el Santo Sepulcro en el Monte de los Olivos o en Getsemaní! Véanse textos y referencias en VINCENT, *loc. cit.*, pág. 409, nota 1.

[3] VINCENT, *loc. cit.*, pág. 410, 418, 422-423.

sido bajo esta pobre garantía con la que algunos peregrinos bien intencionados se convirtieron en abogados de esta mala causa. En un momento dado el clero anglicano le dio su aval y compró el terreno de la Tumba de Gordon, que se convirtió en el Huerto de Gordon, pero hemos de hacerles justicia reconociendo que después de esta llamarada el fuego decayó, y que, mejor informados, los representantes en Jerusalén de la Iglesia de Inglaterra hicieron marcha atrás en este callejón en cuyo fondo no había más que superchería y falsificación. La «tumba del huerto» dejó de ser un lugar santo, quedando relegada a un simple objeto de curiosidad [1].

No obstante, la opinión de los arqueólogos no había faltado y pocas veces se había manifestado con tanta unanimidad [2]. Como ya hemos dicho antes, la Tumba del Huerto forma parte de un conjunto funerario, que caso de pertenecer a la época herodiana — lo que todavía está por demostrar — no ha conservado nada de su antigua y primitiva disposición: las sepulturas con pilares, las cruces pintadas en las paredes, con las letras A y O pintadas en los ángulos, indudablemente corresponden a los tiempos bizantinos (siglo V y VI D. C.). Existen además vestigios medievales (canales, comederos, y ranuras) [3] que demuestran que la tumba fue transformada en abrigo para seres vivientes. El ciclo no había terminado: la tumba debía convertirse de nuevo en osario,

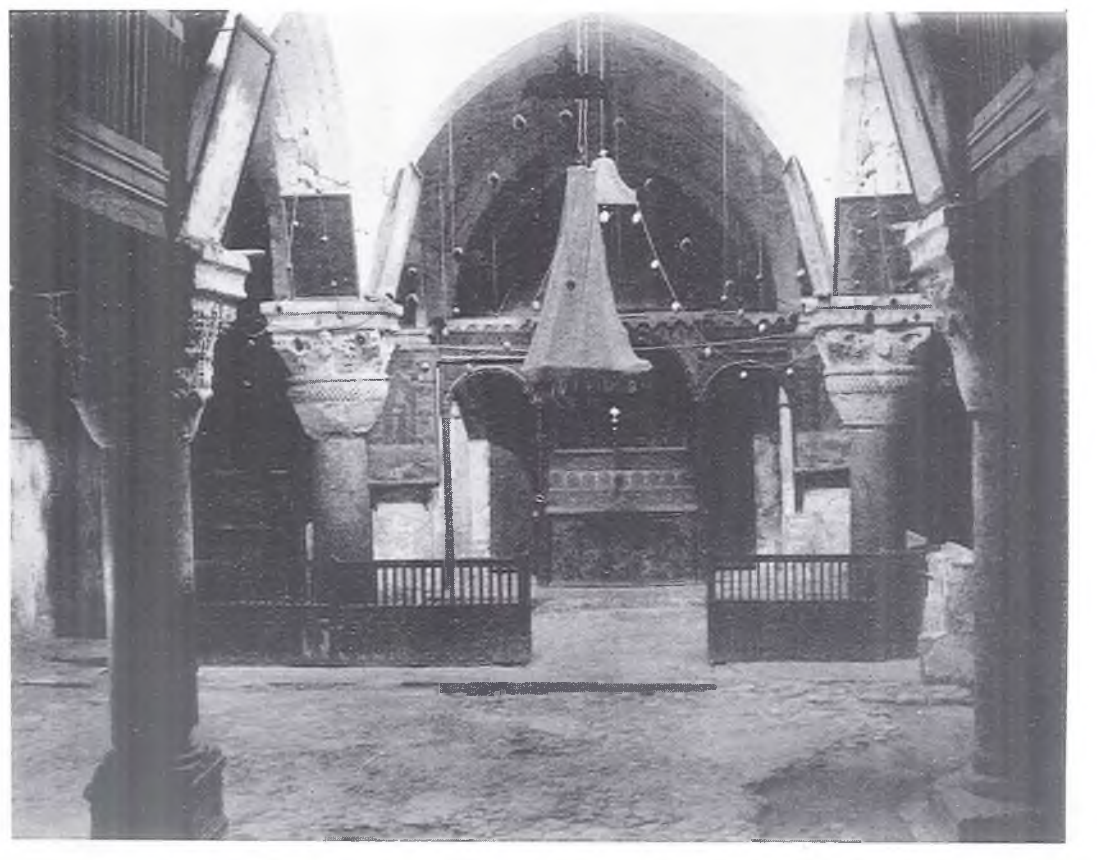
[1] En la puerta de hierro del recinto se puede leer el siguiente letrero: «The Garden Tomb. Believed by many to be where the body of our Lord lay. I am the Resurrection and the Life». Algo más abajo, y en caracteres más discretos, pero no por ello menos visibles: «All visitors are requested to contribute 5 piastres (unas 65 pesetas) to the maintenance fund.»

[2] Sólo citaremos aquí los veredictos más autorizados que se han pronunciado: «No hay nada que se pueda aducir en su favor» (MACALISTER, *QS*, 1907, pág. 232); «A los sueños de Gordon y de Conder ¿porqué hacerles el honor de tomarlos en serio?» (CLERMONT-GANNEAU, *RAO*, VIII, pág. 24); «La Tumba del Huerto es una de las más insignificantes de la gran necrópolis» (CH. WILSON, *Golgotha*, pág. 117); «Una tumba en la roca ... no puede ser tomada seriamente en consideración como judía» (CH. DALMAN, *Les itinéraires de Jésus*, pág. 452, nota 1).

[3] VINCENT, *loc. cit.*, pág. 419.

que de hecho es lo que reapareció en 1867. Nadie hubiera podido sospechar entonces el destino que iba a darse a esta «insignificante» sepultura. Si aquí le hemos dedicado cierto espacio, ha sido por la necesidad de declarar con la mayor energía, que sobre este particular la seguridad jamás ha sido más absoluta: la *Tumba del Huerto* es un mito, y confiamos que ningún hombre sensato nunca se deje seducir por él [1].

[1] Convendría releer lo que sobre este particular escribió hace veinte años el malogrado Jean Laroche a propósito de un fascículo que había aparecido, y que bajo el título de *Le Calvaire et la tombe du Christ,* nuevamente defendía la teoría de Gordon: «Con mayor motivo el texto resulta sospechoso y es capaz de provocar vivas reacciones en aquellos espíritus que después de haber creído hallar la información segura que pretendía sostener, tuvieron ocasión de comprobar su endeblez al proseguir sus investigaciones» (*Journal des Écoles du Dimanche,* abril 1935). Si no hemos citado nombre alguno, ha sido por consideración a hombres venerados y respetados, cuya buena fe y sinceridad habían sido burladas.



LÁM. V. Capilla de santa Helena en la iglesia del Santo Sepulcro. *Pág. 60*

LÁM. VI *a)* Tumba judía, con antecámara tallada en las rocas. Región norte de Jerusalén. *Pág. 30*

b) Tumba judía con la fachada adornada. Región norte de Jerusalén. *Pág. 32*

Capítulo III

La iglesia del Santo Sepulcro

Si con la mayores probabilidades de verosimilitud hemos de aceptar que la tradicional ubicación del Gólgota y de la tumba de Jesús es la que aparece como auténtica, también hemos de reconocer que es muy poco lo que actualmente puede verse bajo la arquitectura que los recubre y los esconde. Se comprende fácilmente la sorpresa, para no decir la angustia de ciertos peregrinos que confiaban en ver «alguna cosa» y a quienes únicamente se muestra una vieja iglesia cuya disposición y características no se aprecian a primera vista [1], y que no ha conservado ni la nitidez ni la majestad que tiene por ejemplo la de Belén. Aquí, por el contrario, entre esta profusión de altares, capillitas y pilares, frente a estos dorados, estas lámparas y estos íconos ¿cómo es posible vislumbrar la colina del Cráneo y el sepulcro nuevo de José de Arimatea? ¿Cómo es posible revivir el relato del Viernes Santo, y el de la victoria de Pascua? Nuestra intención no es la de hacer un recuento de todas las decepciones, de todas las desilusiones sino tratar de ayudar a aquellos que buscan para que comprendan en qué forma la naturaleza ha podido modificarse hasta tal punto y cuáles han sido las etapas arquitectónicas que la han motivado.

[1] «La primera impresión que se manifiesta al contacto con el monumento es una agobiante sensación de laberinto y de caos», Vincent, en *Jérusalem*, II, página 105.

El edificio tal cual aparece en la actualidad, es la obra combinada de varios períodos, entre los cuales deben apreciarse sucesivamente y por orden cronológico: una creación constantiniana (siglo IV D. C.), dos restauraciones, en primer lugar la del patriarca Modesto (siglo VII D. C.) después del incendio provocado por los persas (614 D. C.), y a continuación la de Constantino Monómaco (siglo XI D. C.) al tratar de reparar las depredaciones del califa al-Ḥākim (1009 D. C.), y finalmente la obra considerable de los cruzados, quienes emplearon medio siglo (1099-1149 D. C.) para tratar de devolver a los deteriorados monumentos cuando menos la máxima dignidad, a falta del esplendor de que habían gozado en tiempos de Constantino. Prescindiendo de todas las modificaciones, reparaciones y consolidaciones que luego hayan podido producirse, y limitándonos exclusivamente a las fases decisivas, podemos decir, resumiendo, que el Santo Sepulcro constituía y sigue constituyendo el doble testimonio de una marca *bizantina* y de una tradición *romana*. Si la segunda se aprecia ya desde el primer examen, tanto por su estilo arquitectónico como por la decoración que la adorna, la primera es mucho menos visible y se requiere un estudio muy cuidadoso para definirla con seguridad y apreciar su originalidad [1].

Después de haber franqueado la doble puerta romana (lám. I) [2] con su umbral muy ornamentado [3] con escenas

[1] En todo aquello que indicamos a continuación nos referimos siempre a una autoridad indiscutible, la del P. Vincent, quien ha hecho la disección del monumento desde el remate hasta los cimientos, y cuyo estudio exhaustivo establece continuamente la discriminación entre certeza e hipótesis. ¡Difícilmente puede rehacerse un trabajo similar! y cualquier intento procedente de otra persona no podría ser sino una repetición.

[2] La puerta de la derecha actualmente está emparedada.

[3] En la puerta del norte, se ve, de izquierda a derecha: la resurrección de Lázaro, la entrada en Jerusalén el día de Ramos y la Cena.

En la puerta del sur, aparece una diversidad de ramajes entre el cual se mezclan hombres, pájaros y seres fantásticos. Reproducidos en VINCENT, *Jérusalem*, II, lámina XXIX (nuestra lám. III).

que evocan la última semana de la vida de Jesús, y torciendo hacia la izquierda (fig. 13) el visitante llega bajo una rotonda (A) que por su lado este se une con una iglesia (B) que no tiene nave alguna, sino simplemente un crucero y un coro con deambulatorio, flanqueado en la parte de oriente por unas capillas radiales [1]. Al examinarlo se aprecia enseguida que existen dos períodos

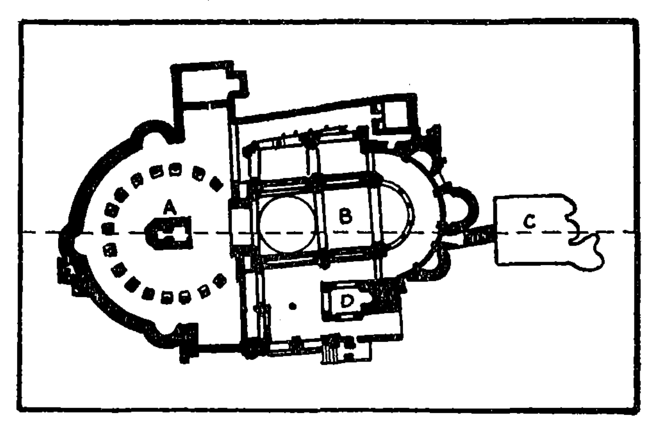


FIG. 13. Iglesia del Santo Sepulcro

arquitectónicos separados por un considerable lapso de tiempo, y que corresponden a dos conceptos muy diferentes; efectivamente, la rotonda es de origen constantiniano, en tanto que la iglesia se remonta a los cruzados. Estos últimos, en lugar de proceder a una reconstrucción de los edificios anteriores, los rehicieron completamente, y esta innovación fatalmente debía producir este adefesio que llama la atención de aquellos que no están suficientemente informados.

Los arquitectos de Constantino habían tenido otras ambiciones, y los planos que levantaron y realizaron de-

[1] Plano muy completo en VINCENT, *op. cit.*, lám. XIII.

mostraban al mismo tiempo audacia y buena ordenación. ¿Cuál era su finalidad, o mejor dicho la del emperador, a cuyos deseos debían atenerse? Nuestra más antigua fuente de información continúa siendo la que hallamos en Eusebio, obispo de Cesarea [1], pero es de lamentar que su ampulosidad esté por encima de una descripción más ajustada como quisiéramos, en la cual nunca se indican cifras y que continuamente aparece desbordada por los panegíricos y las alabanzas. No obstante, si aplicamos al texto una crítica razonada [2], sin necesidad de forzar nada, es posible obtener algunas indicaciones cuya importancia no puede ser subestimada, y que sin necesidad de recurrir a la arqueología, permite hacerse una primera idea de la obra completa. Efectivamente, ésta debía basarse en la yuxtaposición en un mismo eje longitudinal orientado oeste-este, de cuatro elementos: una rotonda, una iglesia, y dos patios con pórticos que la enmarcaban [3] (fig. 14).

Es evidente que Eusebio insiste de una manera especial sobre la «gruta sagrada», es decir la tumba, pero ateniéndose a lo que sobre el particular ha escrito se hace imposible saber *en qué forma* fue edificado este santuario «alrededor de la gruta de la salvación» y «con una magnificencia digna de su opulencia y de su corona» [4]. No obstante, todas las observaciones de los arquitectos y de los arqueólogos están de acuerdo: la roca en la cual había sido excavada la tumba de José de Arimatea fue ampliamente despedregada con objeto de que quedase

[1] *Vie de Constantin*, textos en VINCENT, *op. cit.*, págs. 206-208.

[2] Véase la que le dedica VINCENT, *op. cit.*, págs. 155-164.

[3] En VINCENT, *op. cit.*, pág. 155, aparece un esquema de la construcción basado exclusivamente en la descripción de Eusebio. Para A. GRABAR, *Martyrium*, pág. 252, los *heroa* suministraban al *martyrium* de Jerusalén, el tema de los dos edificios religiosos (basílica y sepulcro) próximos en el mismo recinto, uno de los cuales era especialmente un *monumento conmemorativo*, y el otro, un *salón* destinado *a las grandes reuniones cúlticas.*

[4] Opulencia y corona de Constantino.

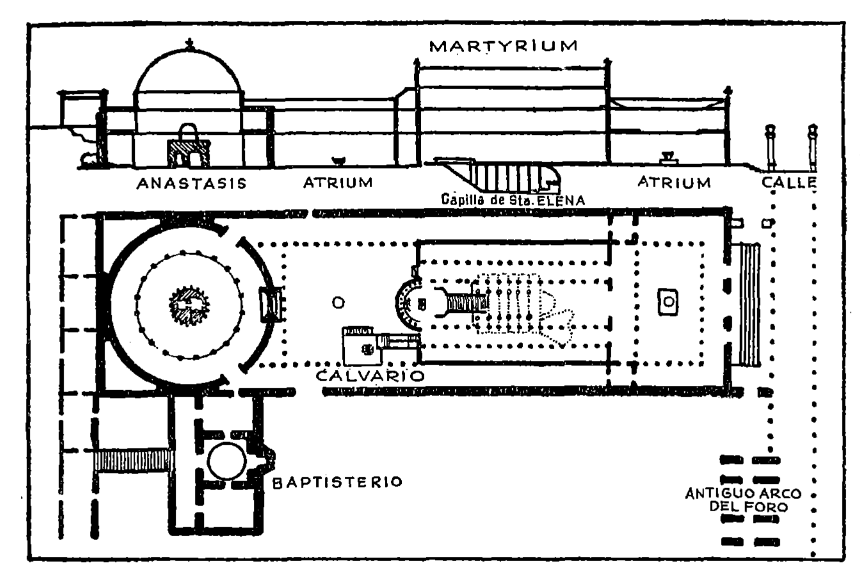


FIG. 14. El Santo Sepulcro constantiniano

perfectamente aislada [1]. Luego se transformó en un edículo (fig. 7) «elemento principal del conjunto», que «la magnificencia del emperador» decoró «con columnas escogidas y una abundante ornamentación» y que, instalado en el centro de una rotonda [2], quedó dominado por una cúpula (lám. II). Más adelante se la llamará la *Anastasis* (Resurrección).

La segunda parte de este complejo recibió el nombre de *Martyrium*. Se trataba de una basílica con cinco na-

[1] Lo que Cirilo de Jerusalén pone ya en evidencia: «la protección de la roca... ha desaparecido actualmente, ya que este vestíbulo ha quedado alisado para destacar la bella disposición de la construcción actual».

[2] En un radio de 18,26 m, VINCENT, *op. cit.*, pág. 171, fig. 107. Según A. GRABAR, *op. cit.*, pág. 279, el *edículo* era de planta cuadrada. Este autor hace remontar a Constantino muchos de los elementos arquitectónicos que se consideraban posteriores a la invasión persa del año 614 (esto en desacuerdo con Vincent y Abel).

ves [1], terminada por un sólo ábside, cuya entrada no estaba por el lado oeste (del lado de la Anastasis) sino del este (en dirección al antiguo *cardo maximus,* de la colonia de Aelia). En efecto, todo este conjunto arquitectónico estaba dispuesto partiendo de dicha antigua vía flanqueada con columnatas. En la fachada del *témenos* había una triple puerta [2], a la cual se ascendía por una escalera monumental, y a continuación se penetraba en un atrio con pórticos. Después de haberlo cruzado se llegaba ante la triple puerta de la basílica que no había sido construida para valorizar el Gólgota [3], como hubiera parecido indicado y lógico, sino al contrario para cubrir una cripta («capilla de santa Helena» y cueva de la Invención de la Cruz), verdadera iglesia subterránea con tres naves y una cúpula central [4]. Allí podía apreciarse el origen de la basílica constantiniana de Belén, construida asimismo encima de la gruta de la Natividad.

No obstante, los fieles, partiendo del *Martyrium,* podían pasar indistintamente al Calvario y a la *Anastasis*. Es evidente que el primero quedaba aislado, como puede apreciarse por el relato de la peregrina Silvia Eteria (en Jerusalén hacia 395 D. C.) quien deslinda netamente los tres emplazamientos: Anastasis, Martyrium y *ad Crucem* (= el Calvario). Entre este último y el nivel de la basílica del Martyrium, ha podido estimarse que debía haber

[1] Según VINCENT, *op. cit.*, pág. 172 la longitud era de 45 metros. Es necesario hacer constar, siempre según el mismo autor, que «no subsiste el menor vestigio aparente» del *Martyrium*.

[2] Dos de los vanos son todavía visibles actualmente en los establecimientos del hospicio Alejandro y del convento copto. Elevación de esta fachada en VINCENT, *op. cit.*, lám. VI.

[3] Según ya hemos hecho observar, Eusebio no cita nunca el Gólgota. Para A. GRABAR, *op. cit.*, pág. 253, la presencia del Gólgota en aquel lugar «indujo a los constructores constantinianos a darle una característica arquitectónica particular, diferenciándolo de los monumentos del Santo Sepulcro propiamente dicho y de la basílica primitivamente destinada a los sinaxos pero luego fue destinada también a albergar la gruta sagrada de la invención de la cruz».

[4] Puede verse el plano, en corte y elevación, en VINCENT, *op. cit.*, págs. 132-134, figs. 84-87.

un desnivel de 4 á 4,50 metros [1]. Por lo tanto, «se ascendía», y el P. Vincent considera que el acceso se efectuaba por dos escaleras: una de ellas arrancaba del fondo de una de las naves meridionales de la basílica, y la otra desde el atrio interior [2], que se extendía desde la cabecera del *martyrium* y la puerta de la rotonda de la *Anastasis*.

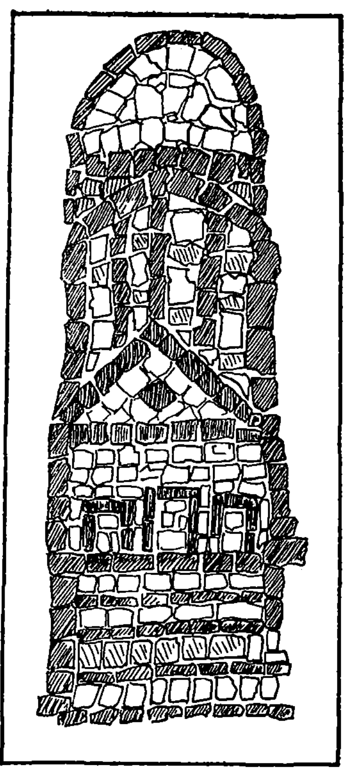


FIG. 15. El Santo Sepulcro en el mosaico de Mádaba

Un documento de valor inestimable nos brinda una reproducción esquemática de la construcción constantiniana. Se trata del «mapa de Mádaba», magnífico mosaico hallado en Transjordania en 1884 y luego estudiado en 1897, que se remonta al siglo VI D. C. [3] Entre otras cosas hay en él un plano de Jerusalén donde está reproducido el Santo Sepulcro [4]. A pesar de la sencillez del dibujo (fig. 15) se aprecian perfectamente los escalones de acceso al santuario, la

[1] VINCENT, *op. cit.*, pág. 173; cf. también pág. 100, «el enlosado del Calvario, como nivel medio está a 4,50 m por debajo del de la rotonda».

[2] De este atrio, Eusebio elogia «el enlosado de piedra brillante, rodeado en sus tres lados por extensas galerías con pórticos». Se accedía directamente desde el exterior a través de un portalón llamado «del atrio de la Santa Cruz» (pág. 185).

[3] Véase el último estudio de conjunto sobre el mapa de Madaba, por R. T. O'CALLAGHAN († 1954) en *Dictionnaire de la Bible, Supplément*, fascículo XXVI, artículo *Madaba (carte de)*, cols. 627-703, con bibliografía.

[4] VINCENT-ABEL, *op. cit.*, págs. 179-180, lám. XXXI-XXXII. Según A. GRA-

triple puerta de la fachada del atrio exterior, el tímpano de la fachada y la techumbre del *martyrium,* como también la semiesfera de la cúpula que recubría la rotonda de la *Anastasis* [1].

Incluso si el mosaísta «fusionó» dos fachadas, al suprimir con su perspectiva el atrio exterior, difícilmente se podría encontrar una mejor confirmación a la reconstitución propuesta para la obra constantiniana. Después de «haber devuelto a la contemplación y a la veneración de todos, el muy santo lugar de la resurrección del Salvador», el emperador había añadido «una casa de oración». No obstante, desde aquella época el aspecto del lugar había sufrido un cambio profundo: el sepulcro aislado del terraplén, la antecámara allanada, la roca que se nos dice resplandecía «bajo un embellecimiento cambiante», un Gólgota también allanado pero donde no obstante se dejó «un saliente de roca» [2] sobre el cual se había levantado una cruz conmemorativa; tales eran los elementos naturales que se ofrecían a la veneración de los fieles, quienes a pesar de todo, quedan mayormente atraídos por los edificios y las reliquias cuyos detalles sobrepasan la imaginación más exaltada [3]. Contemplar y orar en el sepulcro de Cristo constituyen en lo sucesivo la razón principal de esta corriente de peregrinos, que fue encabezada por el Peregrino de Burdeos en 333 D. C., y que a partir de entonces no se detendrá jamás.

BAR, *op. cit.*, pág. 236, en el mosaico de Mádaba se ha querido precisar que el fundador de la ciudad tenía su *heroon* en el corazón de Jerusalén. Según el mismo autor (pág. 256), se trataba de la *sepultura de Cristo,* que según el programa arquitectónico primitivo constituía el *martyrium* por excelencia (aun cuando no se le designase especialmente bajo este nombre), es decir, el monumento conmemorativo por excelencia de un lugar santo.

[1] Al mosaico de Mádaba debe añadirse un marfil de la Biblioteca Nacional de París (dibujado en VINCENT-ABEL, *op. cit.*, pág. 182, fig. 110) que a pesar de sus variaciones permite distinguir bien *Martyrium* y *Anastasis.*

[2] VINCENT-ABEL, *op. cit.*, pág. 188.

[3] Sortija de Salomón, cuerno de unción de David, bandeja donde se colocó la cabeza de Juan Bautista; cáliz de ónice de la Cena, caña y esponja, *titulus*, clavos y fragmentos de la verdadera cruz, etc.

Ya hemos indicado antes que el edificio constantiniano había sido incendiado en el año 614 por los persas, que habían logrado conquistar Jerusalén durante esa lucha secular que enfrentaba bizantinos y sasánidas y que a partir de los días de Roma no era más que un continuo movimiento de flujo y reflujo. Nos limitaremos a citar los trabajos de restauración, obra de Modesto, higomeno del convento de San Teodosio, quien concentró sus esfuerzos en la *Anastasis,* debido a que el sepulcro era lo que se quería conservar especialmente. Naturalmente éste quedó aislado, y según manifestaciones del peregrino Arculfo (en Jerusalén hacia 670 D. C.), a la derecha del visitante que penetra en la sepultura se halla la mesa funeraria, tallada en la roca y dominada por un *arcosolium*, de cuya bóveda cuelgan ocho lámparas que permanecen encendidas día y noche [1]. La piedra que había servido para cerrar la entrada de la tumba no se conserva entera. Los persas debieron romperla, y sus pedazos terminaron convirtiéndose en mesas de altar.

El atrio interior se ha transformado en el «Huerto Santo». El Calvario que cubre una iglesia, a su vez está recubierto por otra, convertida para ciertos peregrinos orientales en «iglesia y tumba de Adán»[2] mientras al pie del Gólgota se evoca todavía el sacrificio de Abraham, ¡con la tabla de madera sobre la cual Isaac estuvo a punto de ser inmolado! Finalmente y a través de una hermosa escalera, desde el *Martyrium* se desciende a la cripta «donde la venerable reina Helena halló la divina madera».

No obstante, en 1009 se produjo una nueva catástrofe.

[1] En VINCENT-ABEL, *op. cit.*, pág. 221 se encontrarán todos los detalles de la instalación interior y exterior del edículo.

[2] VINCENT-ABEL, *op. cit.*, pág. 229.

Jerusalén estaba en poder de los musulmanes desde el año 638 y durante todo este tiempo los actos de violencia habían sido frecuentes, pero ninguno pudo igualar a aquel que pasó a la historia con el nombre del califa Ḥākem. De acuerdo con sus instrucciones, el Santo Sepulcro fue derribado, pero su fin no había llegado todavía. Los sucesores de Hākem fueron más tolerantes y transigieron con los bizantinos. Poco después del advenimiento de Constantino Monomaco (1042) la iglesia de la Resurrección fue restaurada (1048). El *Martyrium* no fue reconstruido, y una vez más se preocuparon preferentemente del propio sepulcro. La *Anastasis* había sufrido considerablemente a causa de las piquetas demoledoras de 1009, y parece ser que fue muy poco lo que quedó a partir de entonces, tanto del sepulcro como de la roca [1]. Por lo tanto, se vieron obligados a reconstruir de «mampostería» una tumba sobre el emplazamiento de la primera, cubriéndolo todo con una «edificación resistente». A partir de entonces, la naturaleza quedaba definitivamente aniquilada. No obstante, en el Gólgota, dominado siempre por un oratorio adornado con mosaicos, la cima de la roca seguía permaneciendo al descubierto [2] emergiendo de un pavimento de losas de mármol. El 15 de julio de 1099, los cruzados entraban a su vez en Jerusalén, y al atardecer del mismo día subieron al Santo Sepulcro. «Se lavaron las manos y los pies, cambiaron sus vestidos ensangrentados por otros nuevos, y con los pies descalzos se trasladaron a los Santos Lugares [3]». «Los cristianos indígenas que habían acudido en procesión a su encuentro, los acompañaron al Santo Sepulcro, entonando himnos en acción de gracias. Una vez allí, todos se postraron con la cara en el suelo y los brazos en cruz». «Cada uno de ellos creía

[1] VINCENT-ABEL, *op. cit.*, pág. 253.
[2] *Ibid.*, pág. 254.
[3] RENÉ GROUSSET, *L'épopée des Croisades*, pág. 45.

ver delante suyo el cuerpo crucificado de Jesucristo, y les parecía estar ya en las puertas del cielo.»[1]

Los cruzados se enfrentaron con un problema concreto: ¿Iban a reconstruir en su totalidad el complejo constantiniano, que se hallaba en ruinas casi por completo, o se limitarían a reedificar la construcción más modesta de Constantino Monomaco? Se decidieron por una solución intermedia, que concentrando sus esfuerzos les permitía reunir en un mismo conjunto los lugares principales de la Pasión: la tumba y el Gólgota, haciéndolo de manera que quedase asegurado un acceso directo a la iglesia subterránea consagrada a la memoria de Helena, y a la Invención de la Cruz. Utilizando la frase de Guillermo de Tiro, incluyeron «en un mismo edificio», «los pequeños oratorios» que hasta entonces habían quedado *fuera* de la iglesia de la Resurrección. A pesar de su limitación, este proyecto no dejaba de ser ambicioso, y fue necesario medio siglo exactamente para poder realizarlo. Fue el día 15 de julio de 1149 cuando se festejó la terminación de los trabajos[2].

Completamente restaurado, el edículo de líneas redondas quedaba precedido por un vestíbulo rectangular, en el cual se había instalado un altar que contenía un fragmento que se creía procedente de la piedra de la puerta. La «sepultura» continuaba siendo la pequeña pieza rectangular, a la derecha de la cual había el lecho funerario donde no debía quedar gran cosa de la roca primitiva.

A la rotonda quedaba adosada la iglesia romana, reducida a un coro, un crucero, un deambulatorio y en

[1] RENÉ GROUSSET, *op. cit.*, pág. 46.

[2] Tomamos esta fecha de VINCENT-ABEL, *op. cit.*, pág. 280, de quien copiamos los datos que siguen a continuación. Informes más recientes en E. LAMBERT, *L'architecture des Templiers*, en *Bulletin monumental* (CXII [1954]), págs. 7-60 y un resumen de R. DUSSAUD, en *Syria*, XXXI (1954).

su cabecera tres capillas radiales. El conjunto, en lugar de conservarse en la misma línea del edículo, se hallaba ligeramente descentrado hacia el norte, debido a lo cual se desplazaba más allá del atrio interior de origen constantiniano. El centro del crucero estaba dominado por una cúpula [1], y en el suelo continuaba mostrándose el *omfalos* de la tierra. Se subía al Calvario por varias escaleras, una de las cuales arrancaba del atrio y otra del deambulatorio sur. La capilla que lo cubría, estaba totalmente recubierta de mármol, pero todavía podía verse al descubierto el saliente de la roca sobre la cual se había levantado la cruz. El santuario adornado con mosaico, a partir de entonces formaba parte del conjunto del edificio, aun cuando se hallase a un nivel superior [2]. En cambio, el santuario de santa Helena (fig. 16) se hallaba a un nivel más bajo [3], al cual se descendía por una escalera de unos treinta peldaños, que arrancaba al sur de la capilla central del coro de la iglesia. Cuatro columnas que sostenían unos capiteles bizantinos dispares actuaban de sostén de la techumbre de la cúpula (lám. V). En todo el Santo Sepulcro actual, es evidentemente el lugar más impresionante y emocionante. Apartado de la riada de turistas y poco iluminado, ningún lugar de esta iglesia multiforme incita más intensamente a la meditación.

Al situar al mediodía la entrada principal de su basílica, los cruzados no hicieron innovación alguna. En los tiempos de Constantino (fig. 14), por allí se podía entrar ya en el atrio interior y situarse rápidamente frente a la *Anastasis*. Habiendo renunciado los francos a reedificar el *Martyrium*, y debido a la situación que se atribuía a su edificio, los accesos por el lado sur se imponían casi de manera absoluta. Así pues, los peregrinos entraban

[1] La que aparece en nuestra lám. II a la derecha de la cúpula más oscura de la rotonda.

[2] 4,50 metros por encima del pavimento de la rotonda.

[3] 5,60 metros por debajo del mismo pavimento.

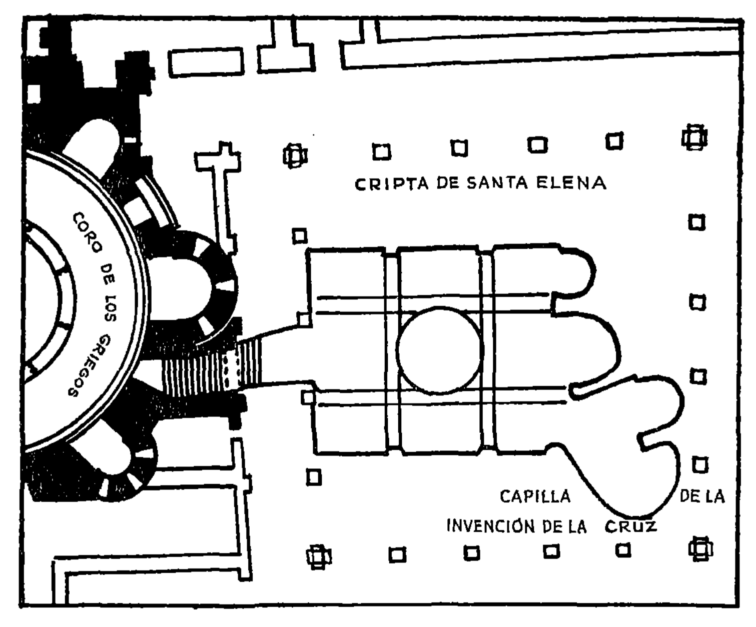


FIG. 16. La cripta de santa Helena en la iglesia del Santo Sepulcro

en el recinto sagrado a través de una doble puerta, y dejando el Gólgota a mano derecha, se encontraban de inmediato en plena Rotonda. Varios reyes francos habían querido dormir su último sueño al pie del Calvario: Godofredo de Bouillón († 18 julio 1100), Balduino I († 1118), Balduino II († 21 agosto 1131) y Foulques de Anjou († 15 noviembre 1144) fueron enterrados uno junto a otro. En 1810 sus sepulturas fueron destruidas. En el campanario [1], las campanas tocaron hasta 1187, cuando al vencer Saladino las hizo desmontar, si bien respetó el edificio.

Este permanece en pie desde hace unos ocho siglos. Aunque fue respetado por las guerras, no ocurrió lo

[1] A partir de 1154 aparece la referencia a un campanario, expuesta por el árabe Idrīsī, VINCENT-ABEL, *op. cit.*, pág. 285.

mismo con otros siniestros: temblor de tierra en 1545, violento incendio en 1808, y nuevos temblores de tierra en 1927 y 1937. El desgaste que se ensaña con los edificios poco o mal conservados, ha tenido plena ocasión de manifestarse. El edificio de los cruzados acusa estas muestras de envejecimiento, y asimismo los efectos de unas reparaciones escandalosas[1], que no sólo han modificado las líneas arquitectónicas de un monumento concebido y realizado por maestros y artesanos de prestigio, sino que han terminado destruyendo lo poco que quedaba de la roca o del terraplén del tiempo de Constantino, por no decir de los tiempos evangélicos. En 1809, el edículo de la tumba, del cual tan poco era lo que subsistía después de las vicisitudes que hemos explicado, fue totalmente arrasado, esta vez hasta la misma roca. Vale más que nos abstengamos de juzgar el espantoso quiosco que se eleva actualmente en el centro de la rotonda (lám. IV), donde ciertas confesiones rivales[2] diariamente están dispuestas a llegar a las manos intentando ser las únicas en adorarlo. Durante ciertos momentos lastimosos y durante determinadas fiestas, entre el tumulto y el estrépito de las procesiones, con el mayor entusiasmo haríamos nuestras las palabras de la mañana de Pascua[3]: «¿Porqué buscáis al vivo entre los muertos? *No está aquí...*»

[1] Como, por ejemplo, la que se hizo en 1810, y a la cual cierto Comnino el Calafate, griego de Mitilene, dedicó su nombre.

[2] En el siglo XVIII la distribución era la siguiente (sólo citaremos los lugares principales): los *griegos* disponían del coro de la iglesia de los Cruzados, la mitad norte del Calvario y la capilla de Adán; los *latinos* poseían el edículo de la tumba, la parte sur del Calvario y el lugar de la Invención de la Cruz; los *armenios* controlaban la capilla de santa Helena; los *coptos* tenían derecho a oficiar detrás del edículo de la tumba; los *sirios* celebraban en una capilla próxima al hipogeo llamado de José de Arimatea; los *abisinios*, si nuestros recuerdos son exactos, debían contentarse con las terrazas. La preocupación de cada una de las confesiones es la de conservar el *statu quo*, y cualquier mala interpretación en el horario de los oficios en las pocas zonas que quedan todavía indivisas, crea de inmediato un precedente que se le da sin esperar, *un valor* jurídico.

[3] Lc 24,5.

Capítulo IV

Tumbas y sepulturas de la Jerusalén antigua

La tumba de José de Arimatea donde la tarde del Viernes Santo fue depositado el cuerpo de Jesús, ya no existe, y las tumbas a que nos hemos referido en el interior mismo del Santo Sepulcro, sólo pueden dar hoy en día una idea muy imperfecta de los grandes hipogeos o de los ritos funerarios existentes en la época de Jesús. Creemos, pues, que será conveniente dar algunos detalles sobre estas instalaciones sepulcrales, que todavía permanecen visibles, y donde únicamente faltan los cuerpos que en otros tiempos habían sido depositados. Sólo nos referiremos aquí a aquellas que con razón o sin ella, están vinculadas a determinados recuerdos o a ciertos nombres bíblicos.

Entre los miles de sepulturas (lám. VII *a*) más o menos antiguas que actualmente se amontonan en el valle de Josafat [1] (= valle del Cedrón), hay cuatro de ellas que se distinguen y se imponen por su arquitectura. Son las conocidas con los nombres de tumbas de Absalón, de Josafat, de Santiago y de Zacarías [2] (lám. VII *b*).

[1] Según la tradición (Jl 3,2) el valle de Josafat es el del Juicio Final. Los judíos se aprestan en las laderas del monte de los Olivos y los musulmanes en las del Templo.

[2] C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas*, II, págs. 63-64; L. H. Vincent, *Jérusalem de l'Ancien Testament*, II, págs. 331-342; N. Avigad *Ancient Monuments in the Kidrom Valley* (1954).

A primera vista parece que en lugar de cuatro hipogeos, en realidad sólo hubieran dos, ya que los monumentos aparecen unidos en parejas [1]: Absalón-Josafat, Santiago-Zacarías. Cada hipogeo tiene su *nefeš*, es decir, su estela conmemorativa. Vamos a describirlos un poco sumariamente.

TUMBA DE ABSALÓN (fig. 17, B). Se trata de un monolito cúbico, tallado en la escarpadura, de 6 m de ancho por 6,50 de alto, decorado con columnas jónicas y pilastras cuadradas, que sostienen un entablamiento con friso dórico, coronado por una cornisa «egipcia» con ranura. Por encima del entablamiento se prolonga el monumento construido con grandes bloques de fábrica que terminan en un casquete esférico, recubierto con una especie de gran cáliz invertido, cuya cola se abre en un haz de hojas. El conjunto, cuyo carácter compuesto aparece muy evidente, tenía una altura total de 16,50 m.

Sobre la fachada meridional y por encima de la cornisa, había una abertura por la cual se podía entrar, y luego, utilizando una escalera de siete peldaños irregulares, se descendía a este extraño monumento. En esta forma se penetraba en una pequeña habitación casi cuadrada, provista de una banqueta tallada en la roca. Por lo tanto, se trataba de una tumba individual, pero su particular forma de acceso crea una serie de problemas y suscita tantas dificultades cuyo detalle no es posible profundizar aquí [2].

Su atribución a Absalón resulta evidentemente insostenible. Sólo ha podido prevalecer en el siglo XVI, basándose como única legitimación en el texto de 2 Sm 18,18: «Absalón se había hecho erigir en vida un mo-

[1] C. WATZINGER, *op. cit.*, pág. 63.

[2] Creemos que esta sepultura es muy anterior a la construcción del monumento, y que sólo fue por azar que quedó encerrada en el pedazo de escarpadura que se excavaba para aislarla. Si no nos equivocamos, parece ser que ésta es también la opinión del P. VINCENT, *op. cit.*, pág. 333.

LÁM. VII. *a*) Tumbas judías diseminadas por el «valle de Josafat». *Pág. 63*
Debajo, a la izquierda, tumba «de Zacarías».

b) Tumbas de Absalón, de Santiago y de Zacarías. *Pág. 63*

LÁM. VIII. *a)* Fachada de las «tumbas de los Reyes». *Pág. 74*

b) Tumbas de los Reyes: «la piedra que rueda». *Pág. 74*

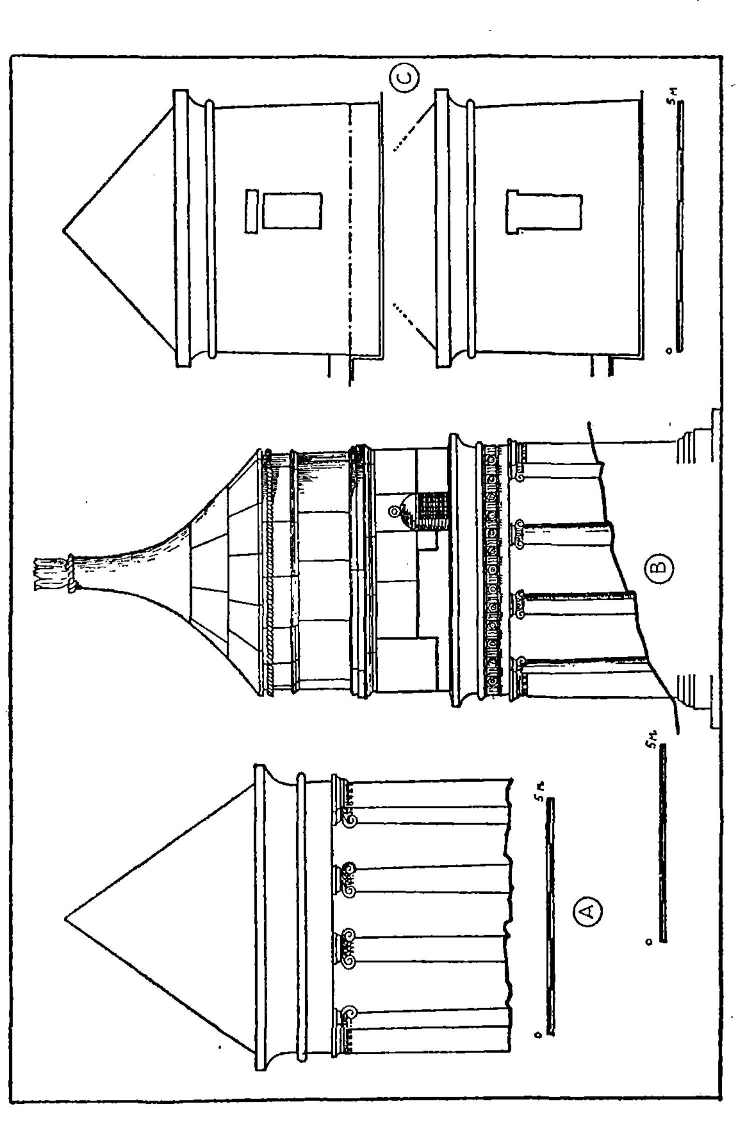


FIG. 17. Tumbas de Zacarías, de Absalón y monolito de Siloé

numento que se halla en el valle del Rey, pues pensó: Yo no tengo ningún hijo que conserve la memoria de mi nombre. Y denominó el monumento con su nombre, que hasta el día de hoy se le denomina, Monumento de Absalón» [1]. En todas las épocas esta curiosa instalación debió de llamar la atención, y nada tiene de particular que ya en el año 333 D. C. haya sido mostrada al Peregrino de Burdeos. En aquella época se creía que lo que se le enseñaba era la tumba de Ezequías, rey de Judá, o de su profeta Isaías [2].

Aislada de la roca por completo, esta pseudotumba de Absalón evidentemente debe ser considerada como un ejemplo arquitectónico simbólico, unido al hipogeo llamado de Josafat, cuya entrada se halla en el fondo y en el ángulo del pequeño patio artificial que allí se forma.

TUMBA DE JOSAFAT. Cegada durante mucho tiempo, fue abierta y limpiada en 1925, lo que permitió estudiarla correctamente y establecer un plano que difería sensiblemente de los bocetos anteriormente conocidos [3]. Se trata de un verdadero hipogeo (fig. 18), con ocho departamentos tallados en la roca. A través de una puerta de una anchura de 2,50 m se tenía acceso a una gran cámara oblonga (A) desde donde se penetraba a los departamentos sepulcrales: dos al este (B, C), uno al norte (D), y cuatro al oeste (E, F, G, H); la del centro (E) con tres *kōkīm* y las otras (F, G, H) con banquetas en

[1] El texto no es seguro, y a menudo se rectifica la versión masorética por la de los LXX, pero para el fin que nosotros perseguimos poco importa que haya sido David quien haya hecho construir el monumento para Absalón. La palabra utilizada es *yad* («mano»), que por otra parte corresponde a una estela puesta en pie.

[2] GEYER, *Itinera Hierosolymitana saeculi*, IV-VIII, pág. 23.

[3] Cf. por ejemplo el de BENZINGER, en *Baedeker*, *Palestine et Syrie* (1912) y el plano del P. VINCENT, hecho por SLOUSCH, en *Jérusalem de l'Ancien Testament*, I pág. 333, fig. 90.

arcosolium. Tres de los departamentos tenían ventanas reducidas (B, C, H) que comunicaban con el pequeño patio.

Uno de los aspectos más interesantes del hipogeo es la decoración de su fachada y particularmente la del

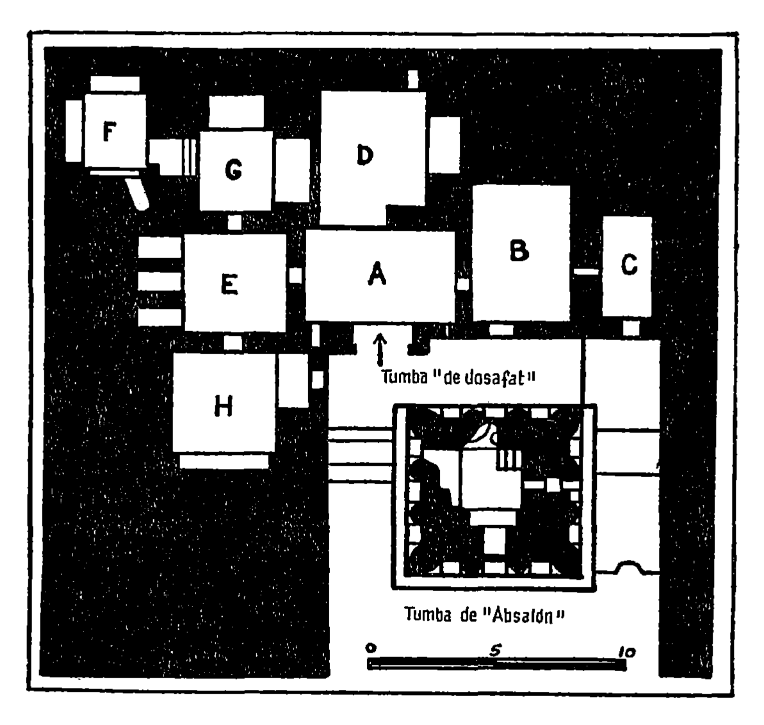


FIG. 18. Plano de las tumbas de Absalón y de Josafat

frontón triangular (fig. 19) que adorna la parte de encima del umbral: partiendo de un acanto central, muy estilizado, arranca una rama formando ruedas bastante rígidas que encierran motivos naturalistas: naranjas, limones, racimos de uva, ramas de olivo, etc. Espléndida muestra

de decoración sincretista, que respeta absolutamente la ley judía al eliminar toda representación humana [1].

Su atribución a Josafat, rey de Judá (siglo IX A. C.), no se apoya en base alguna y, por lo tanto, no existe forma de poder defenderla.

TUMBA DE SANTIAGO. Se trata asimismo de un hipogeo importante (fig. 20) en el cual hay una inscripción que permite identificarlo como el de los *Běnē Ḥēzīr*. Este conjunto sepulcral, totalmente excavado en la roca se destaca por un imponente vestíbulo-pórtico (*a*) en el cual se perfilan dos columnas dóricas y dos pilastras cuadradas. Estas sostienen un entablado bastante adusto, cuyo friso está adornado con triglifos. Desde el vestíbulo se penetra en un gran salón (*b*) desde el cual arrancan las comunicaciones con las cámaras funerarias provistas de *kōkīm* o de *arcosolios*.

La tumba tenía acceso mediante dos entradas que desembocaban en el vestíbulo-pórtico, una en el norte (e) y otra en el sur (e'), esta última destinada a facilitar la comunicación mediante un declive, entre el hipogeo y el mausoleo «llamado de *Zacarías*» [2], que resultaba mucho más practicable y se abría a cielo abierto.

La inscripción en hebreo cuadrado, grabada sobre el arquitrabe [3], durante mucho tiempo ha venido excitando la curiosidad de los epigrafistas, pero todo hace creer que los más recientes estudios han permitido llegar a una interpretación que difícilmente es susceptible de me-

[1] Una reproducción del tímpano de la tumba de Josafat figura en VINCENT, *op. cit.*, lám. LXXVI, y un vaciado de la mitad el mismo fue cedida al Museo del Louvre por De Saulcy en 1864 y que se exhibe en la cripta Sully, Departamento de Antigüedades Orientales.

[2] *Infra.*, pág. 70.

[3] Existe un vaciado del mismo, donación de De Saulcy (1870), en el Museo del Louvre, cripta Sully, Departamento de Antigüedades Orientales.

joramiento. A continuación damos la traducción que últimamente ha sido propuesta por el P. Vincent [1]:

«Esta es la tumba y la *nefeš* [2] de Eleazar, Haniah, Joʿazar, Iehudah, Šimeʿon, Iohannan, hijos de José, hijos de ʿOreb (así como) de José y Eleazar hijos de Haniah, sacerdotes (de la familia) de los Bĕnē Ḥēzīr» [3].

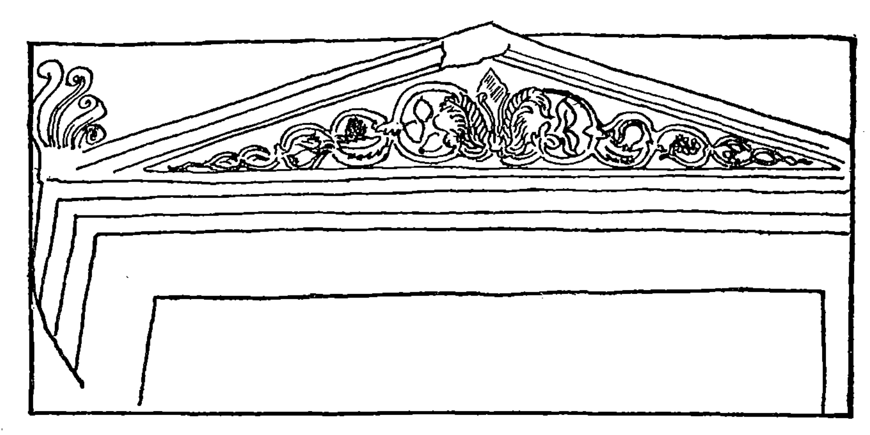


FIG. 19. Frontis de la tumba de Josafat

En 1 Cr 24,15 se menciona a un cierto Ḥēzīr, como jefe de una clase sacerdotal dedicada al servicio del Templo. Al regreso del exilio aparece también otro personaje con el mismo nombre que también parece dedicado a determinadas funciones rituales (Neh 10,20). Cabe en lo posible que el hipogeo que domina el Cedrón fuese propiedad de una familia de sacerdotes que podía vanagloriarse de una ascendencia lejana y que desde siglos

[1] VINCENT, *op. cit.*, pág. 336.

[2] Fue N. AVIGAD quien hizo posible la lectura de esta palabra, tercera de la inscripción, gracias a lo cual se hace necesario en el futuro el estudio de los mausoleos aislados.

[3] Sobre una traducción dada en 1912, cf. R. DUSSAUD, *Les Monuments palestiniens et judaïques*, págs. 54-55, con bibliografía.

atrás se dedicaba al servicio del Templo. La tradición cristiana se la apropió, atribuyéndola a Santiago el menor, «hermano» de Jesús [1], que fue martirizado no lejos de allí, ya que según Hegesipo, desde lo alto del «pináculo del Templo» fue precipitado en el barranco del Cedrón. Lo que sí resulta completamente cierto es que el venerable sepulcro se convirtió en el retiro de un ermitaño, un tal Epifanio [2] gracias a cuyas indicaciones el «diligente Anastasio» hizo algunas excavaciones y descubrió los cuerpos de Santiago, Simeón y Zacarías...

TUMBA DE ZACARÍAS. Al igual que en el monumento de Absalón, se trata de un monolito extraído de la roca (fig. 17, *A*), de 9 m de altura y 5,20 m de lado, ornamentado con pilastras cuadradas, columnas y medias columnas jónicas. El entablamiento rodeado por una cornisa egipcia con ranura, sostiene una pirámide que hace juego con la base. Por ningún lado aparece abertura alguna, y esto lo diferencia totalmente del «monolito de Siloé» (fig. 17, *C*) que es una tumba cuyo estudio ha provocado «una extraordinaria diversidad de opiniones en cuanto a su destino y su fecha» [3].

Nos parece perfectamente demostrado que el monumento de Zacarías es la *nefeš* de la inscripción de los Běnē Ḥēzīr [4], y, por lo tanto, debe de estar perfectamente

[1] Mc 6,3; 1Cor 15,7; Gál 1,19.

[2] ABEL, *La sépulture de Saint-Jacques le Mineur*, en *RB*, 1919, pág. 499.

[3] VINCENT, en *JAT*, I, págs. 328-331.

[4] Según el P. Vincent hace observar, CLERMONT-GANNEAU ha demostrado ciertamente, al estudiar una inscripción de Mádaba (*RAO*, II, págs. 189-191), que la *nefeš* aneja a la *tumba* representaba de una manera simbólica «la propia personalidad del difunto». No obstante, resulta totalmente inexacto pretender que existe «una relación constante y significativa entre la cantidad de difuntos y la de *nefeš*» (pág. 191) puesto que si la cantidad de *difuntos* se estima en función de la cantidad de *loculi* que hay en el hipogeo, resultaría muy difícil de interpretar la *nefeš* única de los hipogeos de «Josafat» y de los «Běnē Ḥēzīr». Quizá sería más exacto considerar que el monumento-nefeš representa *la* familia o el *antepasado* de la familia,

relacionada con el vecino hipogeo. Su atribución a Zacarías procede también del folklore: los cristianos invocan al hijo de Baraquías «muerto entre el santuario y el altar» (Mt 23,35)[1], y los judíos sueñan en el hijo del

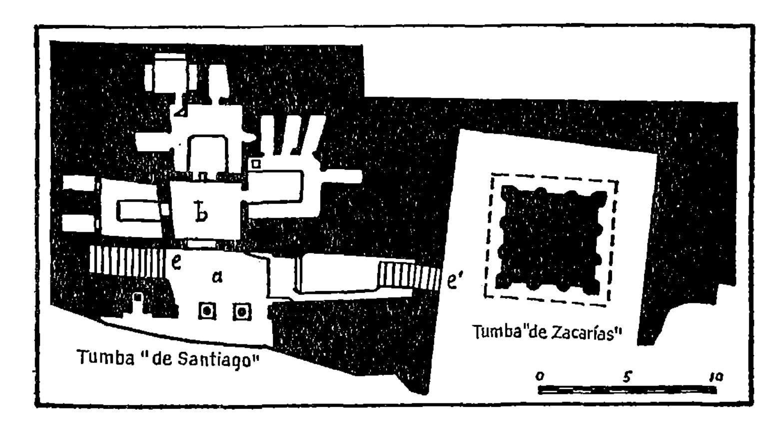


FIG. 20. Planos de las tumbas de Santiago y de Zacarías

sumo sacerdote Yĕhōyādāᶜ, asesinado por Joás (2 Cr 24, 21-22).

Ocurra lo que ocurra con estas atribuciones, todas ellas legendarias, resulta evidente que los *cuatro* monumentos del valle de Cedrón deben considerarse como *dos* conjuntos sepulcrales: Absalón-Josafat y Santiago-Zacarías. Tanto en un caso como en otro, el hipogeo aparece acompañado por su *nefeš*, es decir, su monu-

o incluso los *jefes* de la familia (como sería el caso de las *tres* pirámides de la «tumba de los Reyes» (véase más adelante pág. 78). En nuestros cementerios modernos, existe a menudo dentro del recinto familiar, la sepultura con varias tumbas pero con un solo monumento. Este sería exactamente el problema.

[1] Cf. el CUADERNO DE ARQUEOLOGÍA BÍBLICA N.º 5, *El Templo de Jerusalén*, pág. 72, nota 4.

mento recordatorio, visible para todos y situado al lado de la sepultura familiar [1].

La datación de estas instalaciones no está suficientemente asegurada ya que los especialistas difieren en sus apreciaciones. Por lo general, se piensa en la época herodiana, poco antes o después de la era cristiana [2], pero últimamente el P. Vincent no vacila en remontarse hasta el siglo III A. C. [3] Lo que sí nos parece completamente seguro es que todos estos monumentos existían ya en la época de Jesús, y nos inclinaríamos a suponer que debía pensarse en ellos cuando, discurriendo con los fariseos durante los últimos días de su vida terrestre, exclamaba: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos» (Mt 23,29). Lo que ocurre actualmente y resulta todavía más emocionante, es el hecho de saber y poder decirse al mirarlos ahora, que Jesús los contempló también al atardecer del Jueves Santo, cuando después de haber instituido la Cena, se trasladó con sus discípulos «más allá del Cedrón» [4].

LAS «TUMBAS DE LOS REYES». Este hipogeo está situado a 725 metros a vuelo de pájaro, al norte de la actual puerta de Damasco, en el borde del camino que va desde

[1] Una asociación similar existe en nuestros cementerios modernos, entre tumba y estela vertical.

[2] K. GALLING, *Die Nekropole*, pág. 90; C. WATZINGER, *op. cit.*, pág. 64; ALBRIGHT, en *BASOR*, 113 (febrero 1949), pág. 22, nota 62.

[3] VINCENT, *op. cit.*, pág. 342. E. WILL hizo un estudio de este tipo de monumentos funerarios en *Syria*, XXVI (1949), págs. 258-312. Es evidente que los monumentos de Absalón y de Zacarías pueden ser comparados con el de Amrith en Fenicia (*loc. cit.*, págs. 284-285).

[4] Getsemaní está 300 m escasos más allá de la «tumba de Absalón». Cualquiera que viniese de la ciudad, necesariamente tenía que pasar delante de ella.

Jerusalén a Nāblus. Hacia el año 1851 [1] fue excavado por F. de Saulcy quien estaba convencido de haber encontrado allí las tumbas de los reyes de Judá[2], lo que dio origen al nombre que han conservado, pero esta identificación provocó inmediatamente las más encarnizadas discusiones. Raoul Rochette sostuvo [3] por el contrario, que se trataba del hipogeo de Helena, reina de Adiabene[4], que en el año 48 D. C. se convirtió al judaísmo junto con Izates su hijo, y fue Monobazo, otro de sus hijos quien trasladó sus cuerpos a Jerusalén para enterrarlos allí. El historiador judío Josefo explicaba que el monumento, que se podía reconocer gracias a sus tres pirámides, se hallaba a tres estadios de la ciudad [5]. Las «pirámides» ya no existen, pero la instalación funeraria, que es una de las más imponentes del antiguo Jerusalén, permanece en un estado de conservación notable. Comprada en 1864 por Isaac Pereire, en 1886 fue cedida al Estado francés por sus herederos.

Una ancha escalinata de 24 peldaños tallados en la roca da acceso a un patio casi cuadrado (26,50 m de lado) [6] a su vez excavado en el talud a una profundidad

[1] Indicamos esta fecha con las mayores reservas, debido a que no nos ha sido posible hallar esta indicación cronológica en *ninguno* de los autores que han tratado de la «tumba de los Reyes» y a los cuales hemos consultado. Posteriormente hemos podido confirmarla gracias a las investigaciones que M. Michel Dansac ha tenido a bien hacer, consultando para nosotros las agendas de De Saulcy depositadas en la biblioteca del Instituto.

[2] DE SAULCY, *Voyage en Terre Sainte*, I, págs. 345-410; *Jérusalem*, págs. 224-241.

[3] RAOUL ROCHETTE, *Courtes observations sur les tombeaux des Rois a Jérusalem*, en *Revue archéologique*, IX (1852), págs. 22-37. Rochette rendía homenaje a todos aquellos especialistas que antes de De Saulcy habían estudiado el hipogeo: Pococke, Niebuhr, Cassas y Robinson.

[4] Provincia en la región del Alto Tigris.

[5] *Antigüedades judías*, XX, IV, 3, § 95. Sea cual sea el emplazamiento que se atribuya a la «tercera muralla», ya sea en el lugar de la muralla actual, o en la línea Sukenik-Mayer, la distancia indicada por Josefo (55 m) es inexacta. No obstante no por ello invalida la identificación.

[6] Cifras variables según sean los autores: Benzinger (26,5 × 24,5 m), Dussaud (28 × 25,3 m); Vincent (26,5 m de lado).

que oscila entre los 8,50 y 9 m [1]. Dando cara al oeste, nos encontramos ante un majestuoso portalón ancho de 12 m que da paso a un vestíbulo al cual se sube por unas gradas (lám. VIII *a*). El dintel, sostenido por dos columnas con capiteles jónicos [2], estaba adornado en forma de relieve apaisado con una guirnalda de follaje entremezclado con granadas y piñas. El entablamiento estaba realzado por un friso dórico, enmarcado en sus extremos con triglifos alternados con rosetas, mientras en el centro había un espléndido racimo de uvas y a ambos lados una corona y una triple palma [3]. Una cornisa con abundantes resaltes desbordantes coronaba el conjunto.

La entrada al hipogeo se halla en el interior del vestíbulo y en su lado izquierdo. Una puerta baja quedaba cerrada mediante una piedra rodante que se metía en un estrecho alojamiento [4] (lám. VIII *b*). Más allá del pasadizo se desembocaba en una antecámara bastante cuadrada (6 m de lado) que servía de comunicación con las cámaras sepulcrales.

Estas estaban dispuestas hacia el sur y sudoeste, extendiéndose en forma irregular, lo que hace suponer una serie de ampliaciones improvisadas [5]. Además, dos de los siete departamentos, están a un nivel inferior, y uno de ellos había permanecido tan bien disimulado que había logrado escapar a los antiguos violadores. Contenía un sarcófago que fue descubierto el 8 de di-

[1] Si le añadimos el volumen de la escalera, obtendremos la cifra de 7300 metros cúbicos de piedra extraída (cifras en VINCENT, *op. cit.*, pág. 347, nota 3, con indicaciones concretas sobre las dimensiones exactas e irregulares de' patio).

[2] Estos datos corresponden a la restauración efectuada por VINCENT, *op. cit.*, lám. LXXXVIII, pero según otros, los capiteles eran corintios. Durante el descombro del patio han sido halladas abundantes muestras de este tipo (*ibid.*, lámina XCIV).

[3] En el Museo del Louvre, cripta de Sully hay un vaciado de este friso, donación de De Saulcy.

[4] Es uno de los más hermosos ejemplos de piedra rodante citado en los evangelios.

[5] Izates, hijo de Helena, había tenido 24 hijos y 24 hijas.

ciembre de 1863 por De Saulcy. En uno de los costados más largos (fig. 21) podían distinguirse dos líneas de escritura, por cierto bastante mal grabada, en los que se leía en caracteres parecidos al antiguo sirio: «La reina Sad-

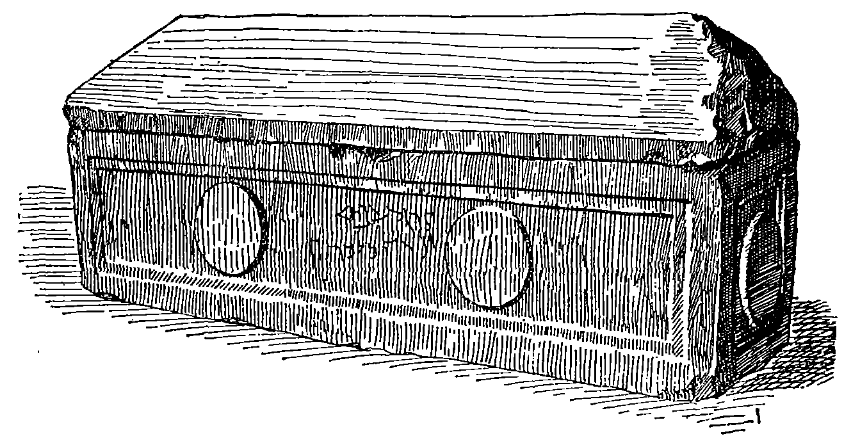


FIG. 21. Sarcófago de la reina Saddán

dán», y luego en caracteres arameos: «La reina Saddāh». [1] Cuando se levantó la tapa, apareció el cuerpo de la reina pero poco fue lo que quedó de él, al convertirse rápidamente en polvo. Clermont-Ganneau propuso identificar esta Saddah con Helena, reina de Adiabene[2] y esta identificación puede considerarse casi como cierta[3].

La reina no fue la única en disfrutar de un féretro de piedra, pues, se han recogido otros sarcófagos todavía mejor decorados, que probablemente deben de proceder

[1] Sarcófago que se conserva en el Museo del Louvre, en el pasaje hacia la cripta de Sully. En cuanto al monumento, véase DUSSAUD, *Les monuments palestiniens et judaïques*, págs. 43-44.

[2] CLERMONT-GANNEAU, *Une nouvelle dédicace à Baal Marcod*, en *RAO*, I (1888), pág. 107.

[3] Para todos los alegatos véase VINCENT, *op. cit.*, págs. 355-356.

del mismo hipogeo, a pesar de que, por lo general, los los cuerpos descansaban en el *kōkīm* o simplemente sobre la banqueta del *arcosolium*. El Museo del Louvre posee varias muestras de ellos [1], muy interesantes por sus adornos vegetales y florales [2] (fig. 22).

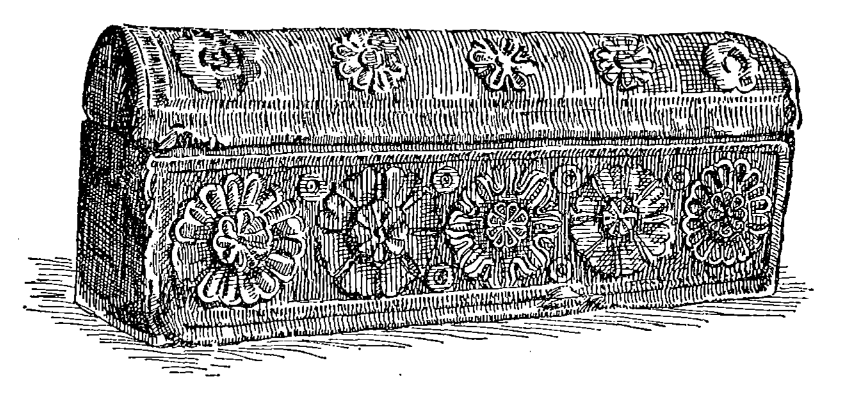


Fig. 22. Sarcófago de la tumba de los Reyes

Podemos agregar que aun cuando la entrada del hipogeo, tal como ya hemos indicado, quedaba bloqueada por una piedra redonda que se hacía rodar las cámaras sepulcrales se cerraban con unas puertas de piedra [3] formadas por pesadas losas de piedra incorruptible, que giraban fácilmente gracias a un «doble gozne sujeto a

[1] Se exhiben en la cripta Sully, en el Departamento de Antigüedades Orientales. Hay fotografías de estos sarcófagos en Dussaud, *op. cit.*, págs. 42-49; Vincent, *op. cit.*, lám. XCIII.

[2] Uno de ellos (AO, 5036) está adornado con grandes rosetas, sencillas o dobles, en algunos casos rodeadas de lises; en cambio, encima de la tapa (AO, 5057) aparecen, ramajes y guirnaldas muy apretados, mezcladas con los productos más diversos (lis, rosas, granadas, cidros, uvas, bellotas, etc.) y ramas de encina y olivo Este último adorno constituye el prototipo del que más tarde (siglos II y III d. c.) será reproducido en los sarcófagos de plomo.

[3] Existe un buen ejemplar en el Museo del Louvre, cripta de Sully.

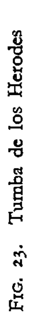


FIG. 23. Tumba de los Herodes

la mole». Se trataba principalmente de proteger los cuerpos contra la voracidad de los animales que pululaban alrededor de las necrópolis, ya que éstas no quedaban cerradas para los humanos. Si nos atenemos a las indicaciones de Josefo parece ser que su emplazamiento quedaba señalado por tres pirámides, lo cual nos hace suponer que se trataba de mausoleos muy parecidos al de Absalón [1].

El hipogeo de los Herodes. A 400 metros a vuelo de pájaro del ángulo sudoeste de la muralla actual, en el barrio conocido hoy en día con el nombre de Nikefuriyyah, en el año 1892 fue descubierto un hipogeo subterráneo (fig. 23) que unánimemente ha sido identificado como el monumento funerario indicado por Josefo, y que este autor atribuye a Herodes [2]. A pesar de estar totalmente excavado en la roca, su instalación difiere de todas las anteriores debido a que las paredes de los pasadizos y de las cámaras están hechas de espléndidos bloques de piedra calcárea, cuidadosamente unidos con cantos vivos, lo que da al monumento un carácter muy cuidado por no decir lujoso [3]. Asimismo no hay vestigio

[1] Véase una reconstitución en Vincent, *op. cit.*, lám. XCVII. ¿Por qué *tres* pirámides? ¿Será quizás en recuerdo de Helena y sus dos hijos Izates y Monobazo? Esta es la teoría que sostiene Clermont-Ganneau, *RAO*, II (1898), pág. 190, como anteriormente lo hizo también Raoul Rochette, *RAr.*, IX (1852), pág. 32. En la misma forma se interpretan los *siete* pilares erigidos en Modein en el hipogeo de los Macabeos, por Simón, como recuerdo de su padre, su madre y sus cuatro hermanos, reservándose el último para sí mismo (1Mac 13,28).

[2] Josefo, *La guerra judía*, V, 507. No obstante, ni Herodes el Grande, ni ninguno de sus hijos fueron enterrados allí. El primero fue trasladado al *Herodion* (entre Belén y el mar Muerto), y los últimos, lejos de Jerusalén, en el *Alejandreon* (Alejandro y Aristóbulo) o en *Hircania* (Antipater). El hipogeo de Jerusalén quizás recibió los restos de Herodes Agripa I, muerto en el año 44 d. c. Para todos estos detalles consúltese Abel, *Exils et tombeaux des Hérodes*, en *RB*, 1946, págs. 55-74.

[3] Esta forma de proceder se ha observado en otros casos, entre ellos en una tumba judía del valle del Cedrón, al sur de la población de Siloé, *RB*, 1925, páginas 255-256.

alguno de *kōkīm* o banqueta en *arcosolium* en ninguna de las cuatro cámaras funerarias (A-D) lo que hace suponer que los difuntos debían depositarse protegidos por sarcófagos de piedra u osarios. Dos sarcófagos, que evidentemente habían sido violados, todavía se hallaban en la cámara más alejada (D) al pie de una pared. Los grandes receptáculos [1] ostentaban muy diversos adornos. Sobre uno de ellos, había un simple recuadro moldeado; sobre otro, las volutas de un ramaje puntillado con rosetas, todas ellas partiendo de un acanto dispuesto en un soporte de boca ancha. Sobre los pedazos de una de las tapas aparecen los mismos motivos del follaje, las ramas y los acantos, únicos adornos permitidos por una estricta ortodoxia [2].

Como último detalle a destacar figura una imponente muela de piedra [3] que se desliza por un estrecho alojamiento (m) y que permite el cierre del hipogeo (fig. 11). Se trata del segundo ejemplo de piedra que rueda, que todavía es visible actualmente en Jerusalén.

En los demás conjuntos sepulcrales que se utilizaban en la época de Jesús o poco después de su muerte, no aparece nada que pueda modificar la idea que poseemos sobre las sepulturas judías. La tumba conocida con el nombre «de los Jueces» que se puede ver en la parte norte de las afueras de Jerusalén, sólo difiere de las anteriores por su abundancia de *kōkīm*, dispuestos en hileras superpuestas [4]. La puerta de la fachada aparece de-

[1] 1,80 × 0,50 m.

[2] VINCENT, *op. cit.*, láms. LXXXIV-LXXXV. Para otros temas decorativos véase *infra.*, pág. 82.

[3] ABEL, *loc. cit.*, pág. 64, da las siguientes dimensiones: 1,60 m de diámetro y 0,80 m de grueso.

[4] Fotografía en VINCENT, *op. cit.*, pág. 365. Salvo error, debieron de haber cerca de sesenta.

corada con un frontis triangular adornado con acroteras y de un tímpano recubierto mediante un ligero relieve, con ramas de hojas y de frutos. Encima de la puerta interior del hipogeo, el frontón encierra muy apretadamente un acanto de tres ramas. Bajo esta inspiración puede apreciarse la alianza entre los temas estilizados y naturalistas característicos de la técnica alejandrina del siglo I A. C.[1]

El hipogeo conocido con el nombre de *Retiro de los Apóstoles*[2] que se exhibe en la parte sur de Jerusalén, en el valle del Hinnom, lleva este nombre sin ninguna razón que lo justifique. La fachada del vestíbulo aparecía decorada por un friso compuesto de ocho metopas cada una de ellas adornada con un motivo distinto[3]: diferentes rosetones, guirnaldas, florones, racimos de uva, etc. Volveremos a tratar sobre este tema al ocuparnos de los osarios, que en la época de Jesús constituían uno de los procedimientos de conservación de las osamentas.

OSARIOS. A partir del siglo I A. C., los hipogeos judíos encerraban a menudo unos cofres pequeños de piedra, que contenían los huesos de uno o de varios cuerpos, y a los cuales se les ha dado en nombre de osarios[4]. De un tamaño mediano[5], estas cajas estaban

[1] En el Museo del Louvre existen vaciados de la fachada y del fronton interior, realizados por el arquitecto Mauss, y donados por De Sauley. En DUSSAUD, *op. cit.*, pág 53 hay una foto del frontón interior.

[2] Tradición que no va más allá del siglo XVI, y según la cual fue en esta tumba donde se refugiaron los discípulos después de la detención de Jesús en Getsemaní.

[3] Existen vaciados en el Museo del Louvre, donación de De Saulcy. Foto en DUSSAUD, *op. cit*, pág. 56. Actualmente estos vaciados tienen el valor de originales, ya que como consecuencia de la erosión, éstos han desaparecido en muchos de los casos o han sufrido considerables deterioros.

[4] En otras ocasiones menos frecuentes se utilizan osteotecas. El nombre griego es ὀστοφάγος.

[5] Longitud: 0,50 ó 0,80 m; anchura: 0,30 ó 0,80 m; altura: 0,25 ó 0,40 m.

siempre cubiertas por una tapa de piedra, de forma plana, con doble pendiente, o abombada. Quizás podamos ver en ello una imitación adaptada a las creencias judías, de los cofres donde los romanos conservaban las cenizas de los difuntos después de su incineración.

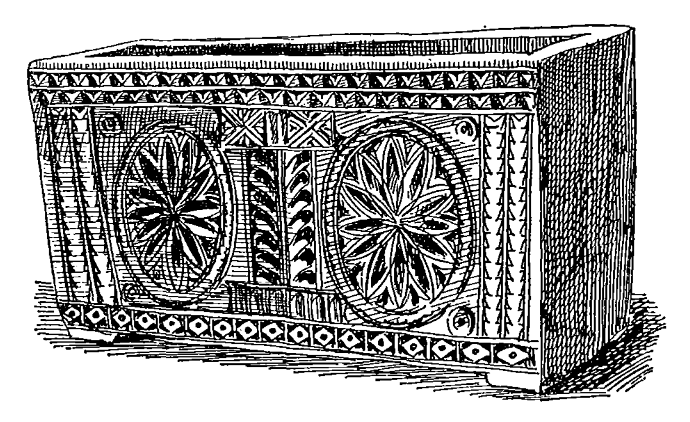


FIG. 24. Osario judío de una tumba del Monte Scopus

A los judíos, que no habían aceptado esta costumbre, fatalmente debió de presentárseles alguna ocasión en que todos los *kōkīm* del hipogeo estaban ocupados, y trataron de ganar sitio desembarazando ciertos *loculi* de las osamentas descarnadas, colocándolas en estos cofres que permanecían igualmente en el hipogeo familiar.

A menudo los osarios están adornados (fig. 24), y en ellos aparecen algunos de los temas de los sarcófagos (especialmente los rosetones) así como aquellos de los frontones de ciertos hipogeos (los acantos, por ejemplo). Puede observarse una inspiración a base de geometrismo y de naturalismo, y evidentemente si estos elementos aparecen reproducidos con tanta frecuencia, es debido a que en ellos se aprecia un valor simbólico. También son numerosos los osarios donde el nombre

del o de los difuntos figura inscrito en hebreo cuadrado, arameo o griego.

No se trata aquí de dar una relación exhaustiva de esta serie monumental [1], pero sí de facilitar algunos ejemplos teniendo en cuenta su decoración y los nombres grabados, ya que muchas de las veces esta onomástica está completamente de acuerdo con la que nos ha sido facilitada por las fuentes bíblicas.

La decoración más corriente es la que utiliza un rosetón más o menos detallado, encerrado dentro de un círculo (fig. 24). El costado más largo del cofre acostumbra a llevar dos de ellos, separados muchas veces por una faja vertical adornada a su vez con una o dos cintas onduladas, o una palma más o menos estilizada. Este adorno acostumbra a hacerse simplemente con un punzón o a base de un ligero relieve, pero muchas veces aparece hecho simplemente con algunas pinceladas de pintura. En ciertos casos se combinan la pintura y las incisiones.

Estos temas más corrientes se repiten hasta la saciedad con ligeras variaciones: el rosetón es más o menos complicado, y en lugar de haber dos, pueden alinearse tres e incluso cuatro; en el recuadro alternan las ondulaciones, la cuadrícula, rombos, zigzag, cálices encajados, etc.; en uno un acanto que se abre (fig. 25) constituyendo el tema central [2]; en otro, es una palma simplemente estilizada, la que ocupa el mismo lugar [3].

[1] Bibliografía de conjunto en Dussaud, *Les monuments palestiniens et judaïques*, pág. 35; C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas*, II, pág. 74, nota 2. Para los trabajos de Clermont-Ganneau, cf. *Syria*, IV (1923), pág. 158, nota 6. También hay una pequeña referencia de H. Leclercq, en *DACL*, XIII, col. 22-27. Sería de desear poder poseer algún día un *corpus* de estos monumentos, muchos de los cuales son inéditos, en tanto que los demás han sido publicados en forma muy incompleta.

[2] Osario del hipogeo de los hijos de Nicanor, Watzinger, *op. cit.*, lám. 30, fig. 70.

[3] Osario del monte de los Olivos, *RB*, 1907, pág. 412, n.º 4 de la lámina; hipogeo de Betfage, *RB*, 1923, pág. 256.

De una manera especial nos llaman la atención ciertos cofres adornados con composiciones más complicadas, donde la imaginación sobrepasa ampliamente a la realidad, como base de inspiración: una enorme columna

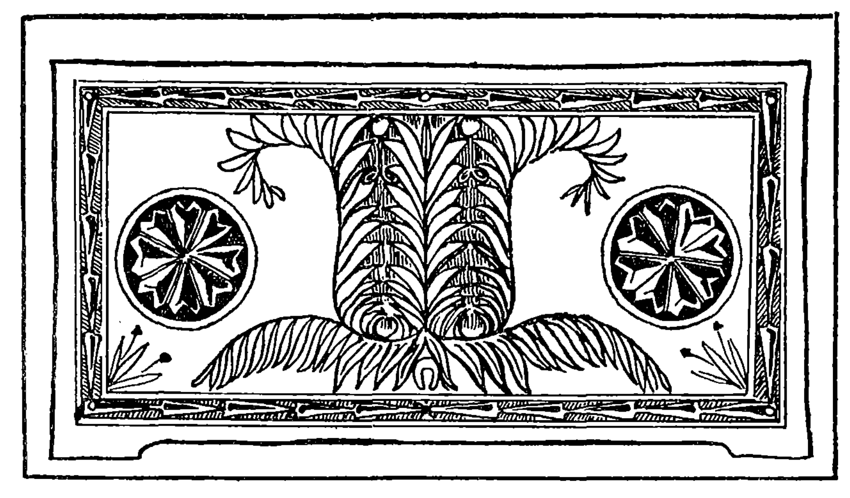


FIG. 25. Osario judío de la tumba de los hijos de Nicanor

estríada, apoyada en un amplio basamento con escalones, sostiene una cornisa con torreones [1]. No obstante, consideramos que en este género difícilmente habrá podido imaginarse algo más complicado que este osario (fig. 26) que podía verse reinstalado en una pared de la Vía Dolorosa de Jerusalén: tres columnas estríadas que se elevan sobre unos basamentos con escalones sostienen, la del centro, una palma y las otras dos, un rosetón encerrado dentro de un círculo encuadrado por cuatro pequeñas

[1] *RB*, 1907, pág. 411, n.º 1 de la lámina. En *RB*, 1929, pág. 236 figura otro ejemplar cuya columna maciza y acanalada, descansa sobre un zócalo con tres grados, rematada por una especie de capitel con volutas completado con una hilera de esvásticas. En *BASOR*, 88 (1942), pág. 38, figuran otros, pero sin una descripción detallada.

rosetas, todo ello sobre un fondo ocupado por dos grandes figuras segmentadas, encerradas a su vez en un círculo, y cuatro medias esferas[1]. Sería interesante poder saber qué clase de oculto simbolismo se escondía tras semejante acumulación.

Otros osarios reproducían en forma más sencilla, sobre sus cuatro costados, una trabazón de mampostería[2], evocando probablemente la *domus aeterna* (fig. 27), esta omrada eterna, último asilo del hombre mortal.

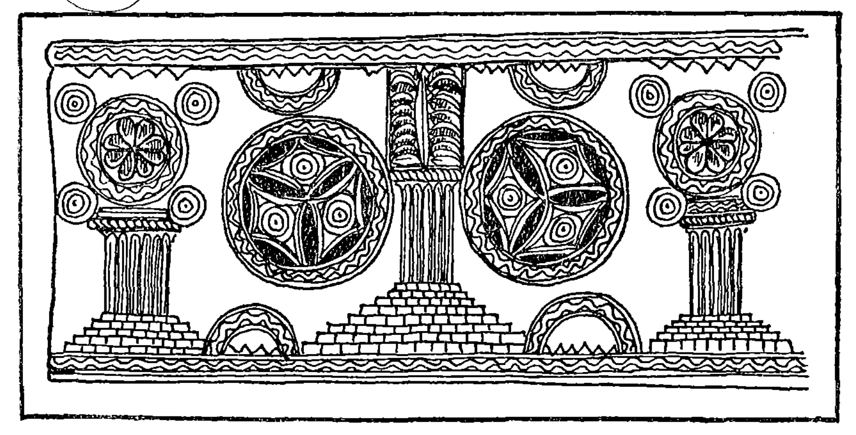


Fig. 26. Osario judío

Estos difuntos no siempre resultan para nosotros unos seres anónimos. Efectivamente, muy a menudo aparecen grabados o pintados unos nombres, que con toda probabilidad son los de aquellos cuyos huesos así recogidos recibían de hecho una segunda sepultura. Es así como han reaparecido ciertos personajes atestiguados en otras partes, mientras que por error algunas veces se ha creído localizar a otros, provocando con ello la sensación co-

[1] B. Maisler, *Art in Herodian Palestine: Tomb Decoration at Jerusalem*, en *ILN* 29 de octubre de 1938, pág. 779.

[2] *ILN*, *ibid.*, pág. 779; *RB*, 1923, pág. 255; K. Galling, *BRL*, col. 406.

rrespondiente, como fue el caso que más adelante citaremos.

Una de las más famosas colecciones de osarios fue la que se descubrió en el flanco oriental del monte de los

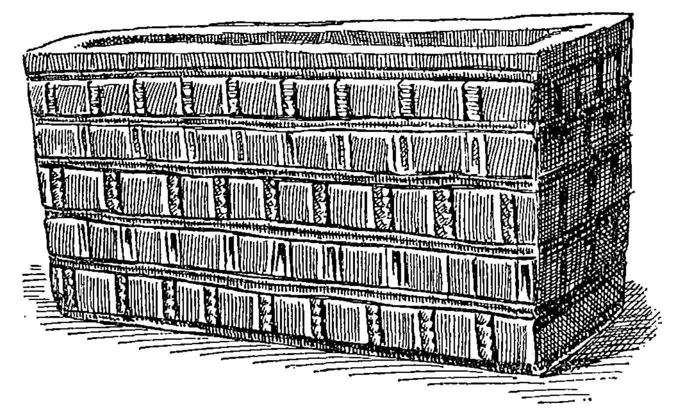


Fig. 27. Osario judío

Olivos, en Betfage, que había pertenecido a los hijos de Nicanor,[1] ese judío alejandrino que se hizo célebre por haber hecho donación de una de las más hermosas puertas de bronce del Templo de Jerusalén [2].

[1] *RB*, 1900, págs. 106-112. Un osario inscrito con los mismos nombres fue estudiado algunos años más tarde por Clermont-Ganneau, *La «Porte de Nicanor» du Temple de Jérusalem*, en *RAO*, V (1903), págs. 334-340. El texto bilingüe decía: «Huesos de (la familia) de Nicanor el Alejandrino, quien hizo las puertas» (griego). «Niqanor Alacsa» (hebreo). La posición exacta del sepulcro no fue concretada por Miss Dickson que era quien poseía las pruebas. K. Galling, *Biblisches Reallexicon*, col. 405, propone otra interpretación, considerando que existió un lapsus del grabador. Según él debería leerse: «Huesos de Nicanor el Alejandrino (no Οστα των, sino Οστατον).

[2] La «puerta de Nicanor» facilitaba la comunicación entre el patio de las Mujeres y el patio de Israel. Según la tradición tenía una altura de 50 codos (25 m) y una anchura de 40 codos (20 m) y eran necesarios por los menos veinte hombres para hacerla girar sobre sus goznes. Sus batientes de bronce corintio estaban recubiertos de oro y plata. Para mayores detalles, cf. Cuaderno de Arqueología Bíblica n.º 5, *El Templo de Jerusalén*, pág. 71.

En 1873, un hipogeo descombrado en el monte del Escándalo, en el sudeste de Jerusalén, había proporcionado cierta cantidad de osarios con inscripciones en hebreo y en griego, con lo cual se obtuvo una importante documentación onomástica [1]. En hebreo: Salomé, Judá el escriba, Simeón, hijo de Jesús, Marta, Eleazar (= Lázaro), Šalamsion, hija de Simeón el sacerdote; en griego, Jesús, Nataniel, Hedee, Kythras, Moschas y María. El nombre de Jesús, citado por tres veces, en dos ocasiones va seguido por una cruz [2]. Resultaba muy arriesgado, para no decir otra cosa, pretender llegar con ello a la conclusión de que se había hallado la tumba familiar de María, Marta y Lázaro de Betania, y todavía lo resultaba más si se trataba de asociarles a Jesús, debido a que eran tres los personajes que con este nombre aparecían en una misma sepultura.

Otra apreciación, asimismo negativa, es la que debe establecerse a propósito de otro osario alrededor del cual se hizo mucho ruido hace cosa un cuarto de siglo. Había sido señalado y comentado por Sukenik en ocasión de una comunicación que presentó el día 6 de febrero de 1931 ante la *Deutsche Archaeologische Gesellschaft* de Berlín [3]. El cofre en cuestión llevaba sobre uno de sus costados más largos, una inscripción aramea con el siguiente texto: «Jesús, hijo de José». Es fácil suponer a qué pasmosa conclusión se hubiera podido llegar, lo cual dio lugar a una rápida y pertinente réplica del P. Vincent [4], quien no tuvo grandes dificultades en demostrar que sólo se trataba de una coincidencia fortuita debida

[1] CLERMONT-GANNEAU, en *PEFQS*, 1874, págs. 7-10.

[2] La señal de la cruz, que también aparecía junto al nombre de Judá, ¿debía significar que se trataba de cristianos? La pregunta debe formularse y más adelante le daremos la debida contestación.

[3] E. L. SUKENIK, *Jüdische Gräber Jerusalems um Christi Geburt.*

[4] VINCENT, *Jésus, fils de Joseph*, en *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archaeologia*, VII (1932), págs. 215-239.

a la extraordinaria frecuencia que se daba en Palestina, de los nombres de José y Jesús.

Ha quedado demostrado que los osarios podían contener los huesos de un solo individuo o de varios de ellos. También se han hallado, por ejemplo, los de algunos matrimonios (Eleazar y su mujer [1]; María y Johanán [2]), una madre y su hijo (Šalom y Matías su hijo) [3], un padre y su hijo (Simeón el viejo y José su hijo) [4], criaturas (los hijos de Nicanor, los de Eleazar, y los de Hanán) [5]. En algunas ocasiones es toda una familia la que aparece reagrupada en el mismo cofre, pues son seis los nombres que aparecen inscritos: femeninos (Salomé y María) y masculinos (Lázaro y José) en el osario de un hipogeo de Siloé [6].

En el caso de las reinhumaciones individuales, se trata indistintamente de hombres o mujeres, de los cuales, algunas veces se indica el «nombre» solamente, o la ascendencia «hijo de...», «hija de...» o la pertenencia «mujer de...» Algunas veces se indica además el país de origen o de residencia: «Judá, hijo de Judá, de Betel»; «María, mujer de Alejandro de Capua» [7]. Los hijos pueden evocar en forma implícita su adhesión filial: «Šalamsion, nuestra madre», [8] «Dositeo, nuestro padre» y en este último caso agregar la indicación «No abrirlo» [9].

[1] *RB*, 1904, pág. 263; CL. GANNEAU, *RAO*, VI, 211.

[2] *RB*, 1907, pág. 412. No se excluye que María sea la hija — y no la mujer — de Johanán.

[3] *RB* 1929, pág. 234.

[4] *RB*, 1925, pág. 259. Es necesario evitar sugerir la identificación de «Simeón el viejo», con el anciano Simeón de Lc 2,26.

[5] *RB*, 1929, pág. 235.

[6] SUKENIK en *BASOR*, 88 (1942), pág. 38. Sólo se concretan cuatro nombres.

[7] *RB*, 1902 págs. 104-106.

[8] *RB*, 1929 pág. 233.

[9] *RB*, 1929, pág. 231. La misma frase aparece en la losa con el nombre de Ozías, rey de Judá (781-740 A. C.), cuyo cuerpo evidentemente fue reenterrado varios cientos de años después de su muerte, y en la cual se lee: «Aquí están depositados los huesos de Ozías, rey de Judá. ¡No abrirlo!» Una excelente foto de la losa aparece reproducida en E. L. SUKENIK, *Mĕgil·lôt Gĕnûzôt*, lám. IV. Esta losa por des-

Es conveniente terminar este rápido desfile [1] con un descubrimiento más reciente, que en su tiempo causó cierta sensación. En septiembre de 1945, en el barrio de Ṭalpiyyōt, no lejos del camino de Jerusalén a Belén, fue puesta al descubierto una tumba tallada en plena roca. Excavada en el talud (fig. 28) se componía de cinco *loculi* de tipo *kōkīm*, dispuestos en varios niveles. Gracias a los cuidados de los profesores Sukenik [2] y Avigad fueron recogidos once osarios. Algunos de ellos estaban decorados con temas grabados (rosetones y plantas más o menos estilizadas) y están directamente emparentados con los que antes hemos descrito. Cinco de los osarios llevan inscripciones, tres de ellas en arameo y dos en griego. Las tres primeras no ofrecen dificultad alguna. Fácilmente puede leerse: Simeón Barsaba, Miriam, hija de Simeón y Matʾ (forma abreviada de Matías). Los dos textos griegos (fig. 29) no ofrecían una interpretación tan fácil. Indudablemente figura en ellos el nombre de Jesús *(Iesous)* y en una ocasión va seguido del término *iou*, y en la otra de la palabra *alōth*. Después de haber reconocido muy objetivamente lo nebuloso de estas fra-

gracia no *in situ*, fue hallada por Sukenik entre las colecciones del convento ruso del monte de los Olivos y fue publicada en *PEFQS*, 1931, págs. 217-221; 1932, págs. 106-107. La grafía del texto grabado en los cilindros de cobre de Qumrăn es parecida a la de las letras de la losa de Ozías, cf. *RB*, 1954, pág. 196.

[1] Creemos necesario repetir que en esta sección sólo hemos querido dar una visión de conjunto de esta serie monumental, estudiada únicamente desde el punto de vista de su alcance bíblico. Hemos evitado hablar de las dos tapaderas procedentes de Betfage, que incluso en el caso de que fueran auténticas (el P. Vincent ha objetado de su autenticidad, *RB*, 1924, pág. 473), facilitan cuentas de obreros sin relación directa alguna con nuestro tema. Caso de desear mayor información, véase R. DUSSAUD, en *Syria*, IV (1923), págs. 241-249; V (1924), págs. 388-389; P. G. ORFALI, en *RB*, 1924, págs. 253-260.

[2] E. L. SUKENIK, *The Earliest Records of Christianity*, en *AJA*, LI (1947), páginas 351-365. A estos once osarios deberán añadirse otros tres, que fueron encontrados antes de las excavaciones oficiales.

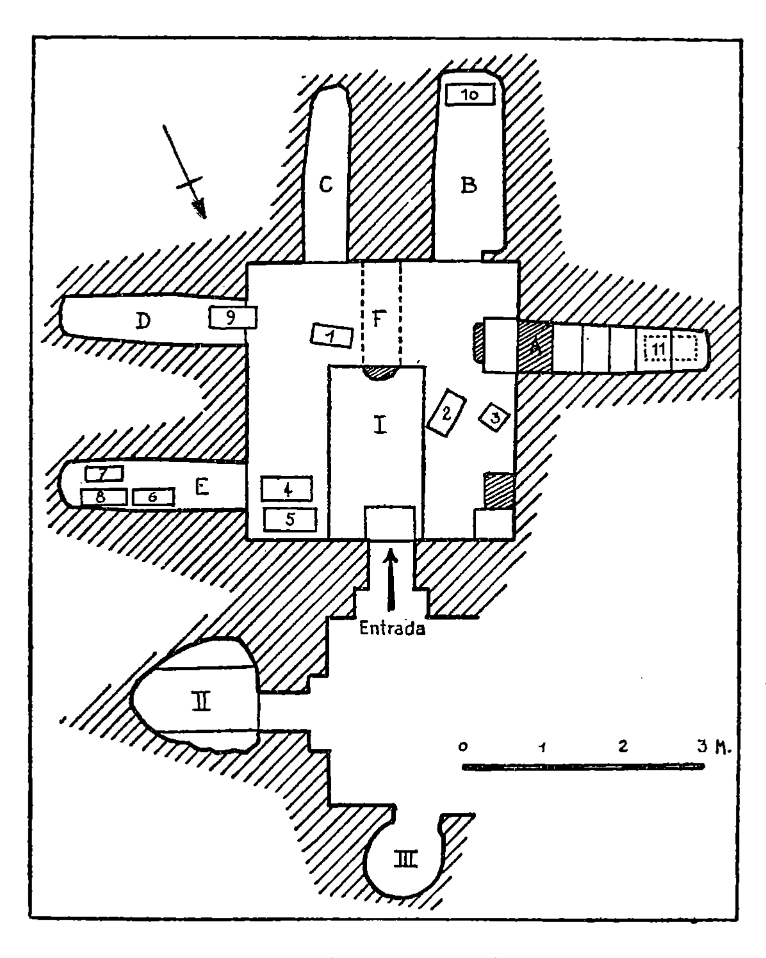


FIG. 28. Hipogeo judío de Ṭalpiyyōt

ses, Sukenik considera, no obstante, que existe la mención de Jesús, y que su nombre que aparece en dos ocasiones, debería ir seguido de una exclamación, que de acuerdo con los epitafios funerarios griegos, evocara la idea de una desgracia o una lamentación.

Conviene asimismo señalar que cierto número de osarios llevan ya sea grabado en la piedra, escrito al carbón o pintado, cierto signo que sin discusión alguna es una cruz. Lo mismo se había podido apreciar, como anteriormente hemos dicho, en algunos de los osarios procedentes de un hipogeo del monte del Escándalo.

¿Qué conclusiones podemos sacar? Como ocurre a menudo, los grandes periódicos [1] han convertido en afirmaciones categóricas aquello que en el pensamiento, por no decir, en los labios del investigador, se expresaba en forma mucho más atenuada. Sea como sea, resulta evidente que no es posible admitir que los osarios de Ṭalpiyyōt aporten el testimonio de la aflicción de los discípulos de Jesús [2]. Por otra parte la traducción de los dos textos griegos [3] no ha quedado confirmada, y resultaría de una imprudencia absoluta pretender que toda la teoría de la desolación se apoye sobre dos frases que han permanecido oscuras y dudosas [4].

[1] *New York Times*, 3 de octubre de 1945; *Daily Herald*, 3 de octubre de 1945; *France-Soir*, 11 de octubre de 1945.

[2] Una noticia de una agencia, estaba redactada como sigue: «Según las primeras comprobaciones de los arqueólogos, estos textos se refieren al drama del Calvario y debieron ser escritos por un testigo ocular al siguiente día de la Crucifixión, pues, se trataba efectivamente de lamentaciones de los discípulos judíos sobre la muerte de Cristo». La Escuela Arqueológica Francesa de Jerusalén se apresuró a protestar contra la «irrazonable publicidad» que se daba a este descubrimiento, después de lo cual M. Hamilton, director de las Antigüedades de Palestina, como asimismo el Dr. Sukenik coincidieron en declarar que antes de proceder a un estudio científico de la tumba y de su contenido «resulta prematuro atribuir cualquier relación entre esta tumba y cualquier acontecimiento o personaje conocidos de la historia sagrada» *CRA*, 1945, 30 de octubre, págs. 518-519.

[3] «'Ιησοῦς ἰού» y «'Ιησοῦς ἀλώθ». Cf. el estudio que nos da SUKENIK en *AJA*, LI, pág. 362.

[4] Cabe admitir que *Iesous iou* debería traducirse por «Jesús (hijo de) Jehú».

En cambio, somos menos escépticos en lo que se refiere al signo de la cruz, grabado, pintado o carbonizado que se ha encontrado en Ṭalpiyyōt al igual que en otras partes. Siempre se había creído y se había escrito

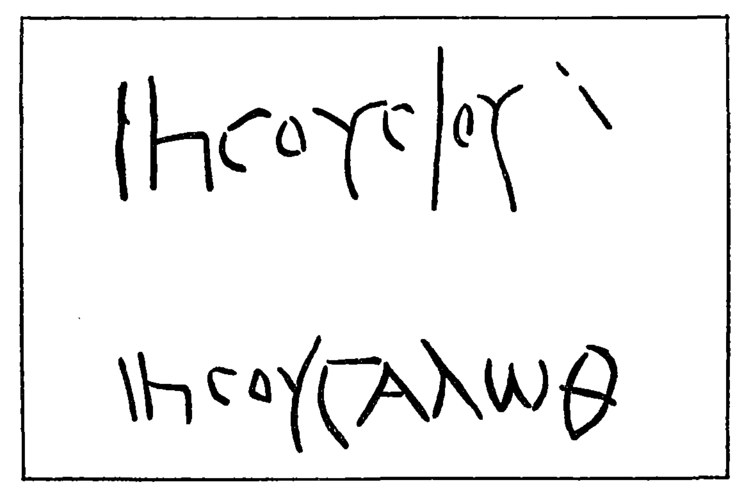


FIG. 29. Grafitos del hipogeo de Ṭalpiyyōt

que la cruz (que por otra parte aparece con frecuencia como tema ornamental desde los orígenes de la humanidad, tanto en Mesopotamia como en Irán) no se había convertido en un símbolo cristiano hasta una fecha muy reciente y jamás antes del siglo II de nuestra era. Una cruz dibujada en relieve sobre la pared de una casa de Pompeya fue objeto de reiteradas discusiones, pero después de *haber contemplado* en Herculano, en la Casa del Bicentenario y acompañado por el profesor A. Maiuri, los vestigios, a nuestro parecer indudables, dejados por

En cambio, si *alōth* transcribe la palabra hebrea que indica el aloe (comunicado de HAMILTON, *CRA*, *loc. cit.*, pág. 519), cabe preguntarse entonces, ¿qué es lo que viene a significar aquí?

una cruz clavada en un oratorio particular [1], consideramos que la demostración queda plenamente asegurada: la cruz fue en Occidente un emblema cristiano a partir del último cuarto del siglo I D. C., como máximo [2]. Evidentemente esto no nos demuestra que ocurriera lo mismo en Oriente, y de una manera especial en Jerusalén, pero si se pretende negar este simbolismo, quedaríamos completamente incapacitados [3] para explicar el significado de estos signos inequívocos [4].

También hemos podido comprobar que el nombre de *Barsaba*, grabado en uno de los osarios, sólo aparece aquí y en el Nuevo Testamento (Act 1,23; 15,22); asimismo se ha recogido en la tumba una moneda del rey Agripa I [5], con la marca del sexto año de su reinado, es decir, el 42-43 D. C.

Es bien sabido que en la Iglesia primitiva se establecieron enseguida dos tendencias: los judeo cristianos y los paganocristianos, los primeros mostrándose partidarios de Santiago, Pedro y Juan (Gál 2,9) y los segundos considerándose los hijos espirituales de Pablo. Los cristianos de Jerusalén conservaron del judaísmo todo aquello que era compatible con la nueva fe. Y, ¿quién puede negarnos que lo que aparece en el hipogeo de Ṭalpiyyōt no sea una

[1] Nos inclinamos, pues, por la interpretación de A. MAIURI, *La croce di Ercolano*, en *Rendiconti dell'Accademia di Archeologia Romana*, 1939, págs. 193-218, a pesar de ser recusada por J. CARCOPINO, *Etudes d'histoire chrétienne*, pág. 49. Puede verse una reproducción de la huella de la cruz de Herculano, en *AJA*, LI, lám. LXXXVIII

[2] Como se recordará, Herculano fue destruido por una erupción del Vesubio en el año 79 D. C.

[3] Véase, por ejemplo, lo que escribió C. H. KRAELING, en *BA*, IX (1946), pág. 20.

[4] Sukenik no deja de recordar la opinión de Clermont-Ganneau relativa a los osarios marcados con una cruz, recogidos en 1873 en el hipogeo del monte del Escándalo (supra pág. 86). De acuerdo con el orientalista francés, cuya seguridad en el diagnóstico fue siempre considerada como extraordinaria, la significación en el sentido del simbolismo cristiano no podía quedar al margen. Añadía a continuación: «De una manera u otra, la nueva doctrina debió de abrirse camino en el interior del sistema judío». Cf. CLERMONT-GANNEAU, *Archeological Researches in Palestine*, I (1899), pág. 381 y sig.

[5] Se trata del rey Herodes de Act 12,1.

parte de aquello, en lo que se refiere a los ritos funerarios? En efecto, es posible que estos nuevos conversos hubiesen seguido las costumbres judías en cuanto a sepultar se refiere. Seguramente conservaban los osarios de sus antepasados y de sus compatriotas, cuya decoración no les preocupaba ni debía preocuparles, a pesar de lo cual le habían añadido en ciertos casos un signo: la cruz que establecía la diferencia capital entre la ley de Moisés y la nueva Alianza [1]. Después de todo, cabe en lo posible, bajo nuestro punto de vista, que la arqueología nos haya proporcionado no precisamente la glosa desolada del drama del Viernes Santo, pero quizás el testimonio más antiguo de la presencia en Jerusalén de la primera comunidad cristiana.

Esta interpretación que habíamos propuesto hace ya muchos años [2] y que seguíamos sosteniendo al redactar este *Cuaderno* [3], parece haber alcanzado una brillante confirmación con motivo de los más recientes descubrimientos [4].

En la propiedad franciscana del *Dominus flevit*, en una de las laderas del monte de los Olivos, se ha puesto al descubierto una necrópolis cuya importancia no puede

[1] A propósito de un descubrimiento similar pero más reciente, del cual trataremos más adelante, hallamos una apreciación redactada en términos casi idénticos a los nuestros, que nos parece vale la pena citar. «Ciertamente existía una comunidad cristiana en Jerusalén en el siglo I, y nada tiene de particular que se encuentren sus sepulturas, como asimismo es natural que estos primeros hermanos hayan querido evidenciar su nueva fe con algún signo que les distinguiese de los demás judíos» (*RB,* 1954, pág. 569). Desconocíamos este texto mientras escribíamos. Véase a continuación.

[2] *Le Christianisme au XX[e] siècle*, 2 de junio de 1949.

[3] En julio de 1954.

[4] Vienen reseñadas en una «Crónica Arqueológica» aparecida en *RB,* 1954, págs. 568-570, de la cual no tuvimos noticias hasta febrero 1955, a nuestro regreso de Mari, cuando lo que anteriormente habíamos escrito se hallaba en curso de impresión.

pasar inadvertida. Aun cuando muchas de sus tumbas procedan de la época bizantina, y, por lo tanto, presentan un interés muy relativo para nuestra investigación, existen otras que pueden datarse, sin duda posible, como de la época «herodiana», es decir, del primer siglo D. C. No solamente existen sepulturas de tipo *kōkīm,* sino también, lo que es mucho más importante, numerosos osarios muchos de ellos con inscripciones.

El P. Bagatti, hermano franciscano, que fue quien exploró este cementerio ha dado a conocer el resultado de su investigación [1], así como sus observaciones más importantes. Entre los nombres, escritos en arameo o en griego, que ha podido reproducir, y que habían sido grabados o dibujados con carbón, destaca un onomástico plenamente evangélico: Jairo (Mc 5,22; Lc 8,41), Salomé (Mc 15,40; 16,1), Marta, María, Simón hijo de Jona (Mt 16,17).

Se hace imposible saber, dada la situación actual de nuestros conocimientos y la documentación disponible, si las gentes que llevaron estos nombres fueron los personajes citados en los Evangelios. Como puede comprenderse nos encontramos ante un escollo difícil de franquear, pero tales coincidencias no dejan de ser muy sorprendentes.

Aun cuando no podamos demostrar que los huesos hallados correspondan a los restos de personajes bíblicos, en cambio, resulta casi seguro que los difuntos en cuestión eran cristianos, y he aquí la razón: Se ha encontrado en el osario de un cierto «Judá, prosélito de Tiro», un «monograma constantiniano». Hasta ahora nunca se había considerado que este «signo» fuese tan antiguo. Otra combinación de tres letras, I, X, B, difícilmente puede

[1] P. Bellarmino Bagatti, *Scoperta di un cimitero giudeo-cristiano al «Dominus flevit»: Studii Biblici Franciscani Liber Annuus III* (1952-1953), págs. 149-184, Jerusalén. Poseemos esta referencia y estos informes gracias a *RB,* 1954, pág. 568, nota I, toda vez que la publicación italiana no se hallaba a nuestro alcance.

leerse y significar algo que no sea *Iesous, Christos, Basileus* (es decir, Jesús, Cristo y Rey). Y para terminar, en otro de los cofres aparecía también una cruz perfectamente dibujada, y esta cruz nos recuerda las de Ṭalpiyyōt del monte del Escándalo que anteriormente hemos estudiado.

Asimismo, al estudiar la necrópolis judía de *Sanhedriyyāh,* en el norte de Jerusalén, M. J.-J. Rotschild ha observado la existencia de cruces sobre tres tumbas. Las atribuye también a los judeo cristianos que debieron grabarlas entre mediados del siglo II y mediados del siglo III D. C., como enseña de su nueva religión [1].

Esta masa de documentación difícilmente puede tener otro significado [2]. Por todas partes acuden testimonios que no hacen sino ilustrar la presencia en Jerusalén de la comunidad cristiana, sobre la cual la tradición del libro de los Hechos da cuenta de su rápido crecimiento a partir de la primera Pentecostés.

Epílogo del drama del Gólgota, pero también y de una manera particular, del Sepulcro vacío de la mañana de Pascua.

[1] *PEQ,* LXXXVI, 1954, págs. 17-20, referencia que también procede de *RB,* 1954, pág. 570, nota I.

[2] «Nadie podrá negar la extraordinaria importancia de este descubrimiento, si la interpretación prudente, pero al mismo tiempo segura y bien documentada del R. P. Bagatti, se confirma como exacta» *RB,* 1954, págs. 569-570.

Bibliografía sumaria

No pretendemos dar aquí ni una bibliografía exhaustiva de un tema y de un monumento que han dado lugar a innumerables estudios, ni tampoco hacer una relación de los títulos de las obras o de los artículos que hemos utilizado y que aparecen citados en las notas de este *Cuaderno.* Nuestro propósito es el de limitarnos a indicar aquellos trabajos básicos y hasta cierto punto definitivos sobre los cuales nos hemos apoyado, y que facilitarán junto con todas las referencias que puedan desearse, una documentación considerable, mucho más amplia, y particularmente destinada a los especialistas.

Obras generales

Las dos obras básicas son las pertenecientes a la serie enciclopédica redactada por los R. P. Dominicos de Jerusalén:

R. P. L.-H. VINCENT y F. M. ABEL, *Jérusalem, Recherches de topographie, d'archéologie et d'histoire.* Tomo segundo: *Jérusalem nouvelle,* fascículos I y II (1914), Aelia Capitolina, El Santo Sepulcro, págs. 1-300.

R. P. L.-H. VINCENT, con la colaboración gráfica del R. P. A.-M STÈVE, *Jérusalem de l'Ancien Testament,* I (1954).

Sobre el problema del Santo Sepulcro recomendamos la monografía muy importante de J. JEREMIAS, *Golgotha* (1926), y el extraordinario capítulo de G. DALMAN, en *Les itinéraires de Jésus,* págs. 449-496 (1930). Asimismo es conveniente confrontar las antiguas teorías con las nuevas interpretaciones propuestas por ANDRÉ GRABAR, en *Martyrium. Recherches sur le culte des reliques et l'art chrétien antique* (1946). Destaquemos también la tesis del bachillerato en teología de la Facultad de Teología protestante de París, de ALBERT FINET, *L'emplacement du Calvaire et du Saint-Sépulcre* (1928).

Así mismo figuran indicaciones más concisas, en los manuales o diccionarios siguientes:

BARROIS (A.-G.), *Manuel d'archéologie biblique*, II (1953), págs. 299-312, 314-317 (sepulturas, hipogeos, osarios, tumba de Jesús).

GALLING (K.), *Biblisches Reallexikon* (1937), artículo *Grab, Ossuar, Sarkophag.*

WATZINGER (C.), *Denkmäler Palästinas*, II (1935), págs. 59-76 (sepulturas); págs. 117-120 (Santo Sepulcro constantiniano).

Para el ambiente histórico:

ABEL (F.-M.), *Histoire de la Palestine,* II (1952), págs. 102-104 (política de Adriano); págs. 267-270 (construcciones de Constantino).

También resulta conveniente consultar algunas de las *Guías* de Palestina, que estando redactadas por especialistas, ofrecen autoridad. Entre ellas.

Palestine et Syrie (Baedeker) (Revisión de BENZINGER).

Syrie-Palestine (Guides Bleus) (Texto del PADRE ABEL).

Aun cuando haya poco que aprender, en cuanto a la historia de los antiguos lugares, de los innumerables relatos de los viajeros contemporáneos, en cambio, se pueden encontrar muchos datos interesantes en los relatos de los antiguos viajeros que en la mayoría de los casos han podido contemplar unos monumentos mucho mejor conservados.

Aparecen textos de antiguos peregrinos en VINCENT-ABEL, *Jérusalem:* Peregrino de Burdeos, siglo IV D. C. (pág. 208); Eteria, final del siglo IV D. C. (págs. 210-214); Anónimo de Piacenza, hacia 570 D. C. (pág. 216); Arculfo, 670 D. C. (páginas 233-234); Willibaldo, 724 D. C. (pág. 234), que también aparecen agrupados con muchos otros en el resumen inapreciable de GEYER, *Itinera Hierosolymitana saeculi,* IIII-VIII (1898). Después de ellos, los diferentes relatos se copian mutuamente.

Entre las obras aparecidas en el siglo pasado, citemos de una manera especial:

VOGUÉ (MAUQUÉS DE), *Les Eglises de Terre Sainte* (1860).

SAULCY (F. DE), *Voyage en Terre Sainte* (1864); *Jérusalem* (1882), (a pesar de las exageraciones y los evidentes errores de diagnóstico, como es el caso de las «Tumbas de los Reyes» que identifica como las de los reyes de Judá, págs. 224-241).

GUÉRIN (V.), *La Terre Sainte*, I (1882) (págs. 96-112), con notables ilustraciones, redactado para el gran público, pero basado en un conocimiento perfecto del país, como lo demuestra la otra

obra del mismo autor: *Description géographique, historique et archéologique de la Palestine*, en 7 volúmenes (1868-1880).

ROBINSON (ED.), *Biblical Researches in Palestina* (1956).

La colección *Die Palästina-Literatur*, editada bajo la dirección de PETER THOMSON, facilita una relación exhaustiva de *todos* los estudios aparecidos sobre Palestina, aunque por desgracia no hace distinción alguna sobre el mérito de los trabajos. En cuanto a las publicaciones editadas a partir de 1925, podemos indicar que figura un repertorio especialmente relacionado con este Cuaderno en:

Saint-Sépulcre (V, 2, págs. 365-366; 3, págs. 547, 550-551; VI' 2, págs. 384-385, 529).
Reliques de la Passion (V, 2, págs. 251-252; VI, I, págs. 273-275).
Traditions légendaires, Adam, Melchisedec (V, 3, págs. 549).
Plus anciens pèlerins a Jérusalem (V, 3, pág, 553).
Le «troisième mur» (V, 3, pág. 495).
Fouilles à la «tombe de Josaphat» (V, 3, pág. 498).
Ossuaires (V, 6, págs. 398-400; 414-415, 419; 3, págs. 469, 497-498).
Ossuaire de «Jésus, fils de Joseph», con abundante bibliografía motivada por la controversia (V, 2, pág. 419)
Ossuaire de Nicanor (V, 2, pág. 438).
Dalle du roi Uzzia (V, 2, pág. 414).

Revistas especializadas

Continuamente es necesario referirse a las revistas palestinenses y orientalistas que, de año en año han ido dando cuenta de los descubrimientos. Entre otras, y en primer lugar:

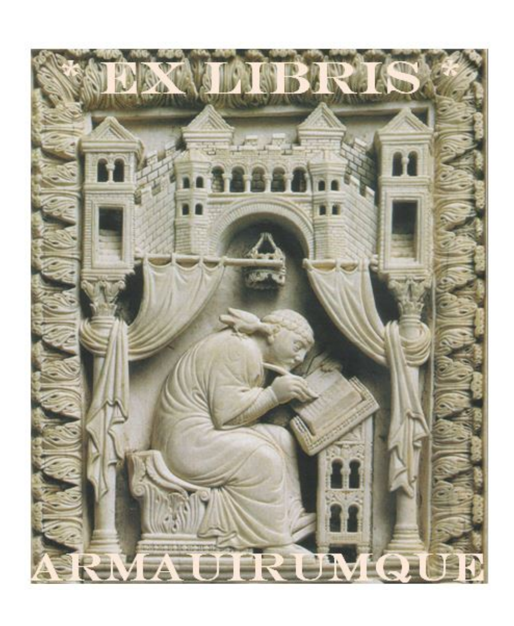
RB = *Revue Biblique.*
JPOS = *Journal of the Palestine Oriental Society.*
PEFQS = *Palestine Exploration Fund, Quarterly Statement.*
QDAP = *Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine.*
BASOR = *Bulletin of the American Schools of Oriental Research.*
BA = *The Biblical Archaeologist.*
ILN = *Illustrated London News.*
IEJ = *Israel Exploration Journal.*
JJPES = *Journal of the Jewish Palestine Exploration Society.*
PJB = *Palästina Jahrbuch.*
ZDPV = *Zeitschrift des Deutschen Palästina Vereins.*
ZDMG = *Zeitsthrift der Morgenländischen Gesellschäft.*

Indice de ilustraciones

A. Láminas

B. Dibujos

(Todas estas ilustraciones han sido reproducidas de dibujos originales o inéditos.)



Indice de materias